

PARTE IV

NATALIE CONVERS
MARIPOSAS
EN TU
ESTÓMAGO

Lectulandia

No hay nadie más experta en los trabajos de media jornada que Beca: a sus 18 años no solo es la mayor de cuatro hermanos, también es la compañera de combate junto a su madre para sacar a la familia adelante al la vez que estudia muy duro para las clases. Después de que su padre se marchase sin ninguna explicación cuando ella tenía solo 16 años, aprendió una gran lección: no te fíes de ningún tipo con sonrisa arrolladora y un imán natural para las nenas. A pesar de ello, pronto conoce a Alex, un enigmático y atractivo estudiante de Bellas Artes que puede hacer aparecer mágicamente mariposas en su estómago y que irremediabilmente cambiará su vida para siempre mediante un giro inesperado del destino.

Lectulandia

Natalie Convers

Mariposas en tu estómago (Parte IV)

Mariposas en tu estómago - 4

ePub r1.0

Titivillus 09.12.15

Título original: *Mariposas en tu estómago (Parte IV)*

Natalie Convers, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para mis padres Ángela y Fidel.
Con vuestro cariño me habéis hecho ascender
en este cielo infinito de letras.*

Para mi corazón basta tu pecho,
para tu libertad bastan mis alas.

PABLO NERUDA



Prólogo



Hace unas semanas...

Alex me mira de reajo y se acerca con un trozo de salchicha.

—Abre la boca —me ordena y lo pone en mi lengua—. Y ahora descansa.

Unos minutos después he cerrado los ojos y estoy encogida como un ovillo sobre mí misma. Poco a poco me sumerjo en un sueño raro, una secuencia de imágenes que empiezan con mi hermana pequeña riéndose en el parque y acaban con mi padre llevándosela lejos. Echo a correr tras ellos, pero siento que no corro lo suficiente, llevo mucho tiempo sin entrenar y las piernas no me responden tan rápido como quisiera. Antes de desaparecer, Natalia se despide de mí con su manita. «La he perdido —me digo destrozada—. ¿Qué voy a decirle ahora a mi madre?» Papá se la ha llevado igual que se llevó todo nuestro dinero. Cuando me giro, Elisa está allí, burlándose de mí sentada en el regazo de Alex, quien bebe del vaso de plástico que ella le tiende y luego se pone a besarla sin dejar de mirarme. De repente, cae una tormenta sobre nosotros y la tierra se mueve bajo nuestros pies. Alguien me está zarandeando...

Capítulo 1

BECA



—Rebeca...

Mi nombre muere en sus labios como si nunca se hubiera pronunciado. Alguien, Alex o Eduardo, me observa unos instantes con los ojos muy abiertos, sorprendido de que me encuentre frente a ellos en aquel oscuro lugar.

No puedo responderle. No puedo moverme y no sé qué decir o qué pensar. Noto que la sangre me recorre el cuerpo. Una extraña sensación de frío sube desde mis pantorrillas y me hiela la piel a medida que avanza, hasta que muere en mi garganta. Esto no es bueno: tal vez no debería haber escuchado esa conversación.

Pestañeo rápido y me llevo una mano a la cabeza. Veo que el gesto de la boca de Alex se endurece, y él avanza hacia mí, como si quisiera decir algo. De pronto, cuando está a un solo paso de donde me encuentro, oigo el ruido inconfundible de alguien que se desploma como un peso muerto.

A cámara lenta, desvío toda mi atención hacia el lugar donde ha caído el bulto, que es el cuerpo de Elisa. Parece una muñeca rota y mueve sin control las extremidades en todas direcciones. Apenas unas décimas de segundo después, noto que Alex se vuelve para mirar hacia donde yo miro.

Elisa está convulsionándose de manera muy preocupante. Es la primera vez que presencio un ataque epiléptico y me siento impresionada. Lo identifico porque la madre de Miguel ya ha tenido algún episodio similar y me ha hablado de ellos.

No puede ser que esté sucediendo precisamente ahora...

—Mierda —murmura Alex al mismo tiempo que se quita de prisa y con brusquedad su camisa y la convierte en un almohadón provisional. A continuación, se las arregla para acercarse lo suficiente a Elisa y colocárselo bajo la cabeza, aunque se enreda con sus brazos y piernas. Angustiada, descubro que por una de las sienas de Elisa discurre un hilillo de sangre debido al golpe que ha recibido al perder la conciencia—. Quédate donde estás, Beca —me ordena Alex con dureza al notar que intento acercarme—. Puede ser peligroso —agrega con suavidad al ver mi cara asustada.

No parece importarle que él también pueda salir herido.

Asiento a lo que dice con un movimiento de la barbilla, pero mantengo los labios entreabiertos por la inquietud: no puedo evitar estar preocupada por él y por Elisa.

Con los dedos temblorosos, abro mi bolso y busco algo que pueda servirle: encuentro un lápiz y un pañuelo y se los doy de inmediato a Alex. Este los coge sin decir nada, prepara hábilmente con ambos un mordedor casero y se lo introduce a Elisa entre los dientes.

En el primer intento, Alex falla por muy poco y ella casi lo muerde. «¡Dios mío!», pienso.

Desde donde estoy, a un par de metros de él, le oigo murmurar una palabra en lo que supongo que debe de ser ruso: no parece significar nada bueno.

—¿No debería llamar a una ambulancia? —sugiero, y comienzo a sacar mi móvil.

Elisa suelta varios gemidos que logran acelerarme el corazón. A pesar de la mala relación que tenemos, ahora mismo solo puedo pensar en que su seguridad es lo primero.

—Espera. —Alex me detiene con firmeza—. No llames todavía.

Aparentemente calmado, Alex mira la hora en su reloj de muñeca y tensa la mandíbula, como si no fuera la primera vez que pasa por algo así. Está esperando algo, pero... ¿qué es?

De nuevo, Alex se aproxima con cautela a Elisa. Sus estudiados movimientos se acompañan de un susurro tranquilizador y tierno. En su mirada no observo ni un ápice de temor, repugnancia o lástima. Ruborizada por la intensidad de las emociones que siento al mirarlos, me fijo en el cuidado que Alex pone para no herir a Elisa cuando la toca.

Al final, Alex consigue colocar con gran paciencia el mordedor en la boca de Elisa mientras ella continúa sacudiéndose con fuerza y agresividad.

Me siento agotada y descorazonada porque no puedo hacer nada mientras espero para que el ataque cese pronto. Sin embargo, Alex debe de sentirse peor que yo, al tratarse de una amiga tan cercana.

De repente, algo se desliza de uno de los bolsillos de Elisa durante una fuerte convulsión y cae al asfalto: es un móvil. Esquivando un manotazo, Alex salta a recogerlo al instante. Tras situarse a una distancia prudencial de ella, se acerca a mí y me lo pasa. Con la expresión concentrada, frunce aún más el ceño al mirar de nuevo la hora en su reloj.

—Tres minutos —comenta Alex en voz baja para sí mismo. Luego levanta la cabeza y me observa fijamente—. Ve a buscar a Sara y cuéntale de mi parte lo que ha sucedido. Dile que regresaré al trabajo en cuanto la situación mejore.

—No puedo dejarte solo con ella —digo—. ¿Y si luego necesitas mi ayuda para moverla o...? —Me quedo callada por la frustración que me quema dentro.

Alex apoya una de sus manos sobre mi hombro con expresión grave. Su presión hace desaparecer parte del frío que se ha introducido por el cuello de mi abrigo negro de paño. Hay mucha humedad en el aire; casi puedo oler la lluvia que seguramente comenzará a caer dentro de poco.

Sintiéndome impotente, le devuelvo la mirada a Alex: sus ojos azules parecen

más oscuros por la poca luz que hay, pero aun así puedo percibir que él será capaz arreglárselas mientras yo no esté.

—Voy a llamar a una ambulancia. Entre tanto, alguien tiene que avisar a los demás. Solo puedo confiar en ti, Rebeca. Te necesito, y Elisa también —dice al mismo tiempo que teclea el número de urgencias en su teléfono.

Me muerdo el labio inferior mientras me debato entre hacer lo que me pide o insistir en que quiero quedarme con él.

—Rebeca... —me llama de nuevo, con más severidad.

Aprieto con fuerza el puño de la mano derecha: mi faceta responsable ha ganado la batalla.

—De acuerdo, avisaré a los demás, pero luego regresaré de inmediato —le advierto.

—Está bien, Rebeca —me responde mientras dirige su mano hacia mi nuca y me atrae hacia él hasta que su frente queda apoyada sobre la mía. Ese pequeño roce de despedida de apenas unos segundos provoca que mi corazón salte—. Sé que lo harás —murmura antes de soltarme, y se aleja para contestar a la teleoperadora que hay al otro lado de la línea del teléfono.

—Ten cuidado —vocalizo silenciosamente. Él me responde con un gesto de asentimiento.

Me quito el abrigo y, mientras señalo a Elisa, se lo doy a Alex para que la cubra con él. Por ahora es todo lo que puedo hacer por ella.

A continuación, echo a correr de nuevo hacia la discoteca. Durante el camino, he de empujar y esquivar a varias personas que están haciendo cola. Algunas tratan de frenarme agarrándome de la ropa, pero logro desembarazarme de ellas. Oigo muchas protestas a mi alrededor, pero eso ahora no importa. Tengo que encontrar a Sara y volver deprisa.

Voy tan rápido que a uno de los dos gorilas que hay en la entrada le cuesta detenerme. En cuanto su enorme brazo se interpone a la altura de mi cintura y me rodea, siento que algo explota dentro de mí.

—¡Quieta, nena! ¿Tanta prisa tienes por entrar? —dice el gorila en tono burlón—. El sello —exige en un tono grave, pero sin perder la arrogancia en su voz, como si hubiera visto muchos casos similares de gente que intentaba colarse echándose a correr hacia el portero.

«¡Fantástico!», pienso. De golpe tengo el corazón en la boca. No me han sellado la mano porque he entrado acompañada de Alex. «¿Qué hago ahora?», me pregunto nerviosa.

Al alzar la vista para mirar al tipo, me encuentro con una persona de constitución robusta y con la cabeza rapada al cero.

Resoplo y levanto aún más el mentón. Con la postura todavía firme, considero mi situación.

Los anteriores «puertas» que me han dejado pasar cuando he llegado con Alex

han debido de acabar su turno hace unos minutos, y ahora hay dos personas nuevas. El que me ha parado me mira y exhibe una dura media sonrisa. Me fijo en sus extremidades superiores: tiene varios tatuajes en color de serpientes que me resultan tenebrosamente familiares.

Pestaño y, olvidándome del viento helado que acaba de pasar como una ola y me ha revuelto el pelo, le devuelvo al engreído tipo una mirada confiada. «De algún modo me va a dejar entrar —juro—, aunque él todavía no lo sabe.»

La persona que tengo ante mí resulta ser el mismo portero que estaba cuando vine con Alex por primera vez al Florida Night, el día de mi cumpleaños... Tal vez eso me dé una oportunidad. Me observa curioso y yo le devuelvo la mirada sin amilanarme.

Satisfecha, imagino que el hombre también me ha debido de reconocer: su expresión se ha vuelto más amigable. No obstante, noto que parece más interesado en hacer un análisis exhaustivo de mi pecho que en mantener cualquier tipo de conversación seria conmigo.

Empiezo a dudar: tal vez su sonrisa no se deba a que sabe quién soy..., ¿o quizá sí que lo recuerda?

—Necesito encontrarme con tu jefa Sara —digo—. Tengo un mensaje urgente para ella. —Noto que el gorila vuelve a observarme desconfiado. Me aclaro la garganta para ocultar mi impaciencia. Soy consciente de que he empezado mal y vuelvo a intentarlo—. Una chica ha sufrido un ataque epiléptico en el aparcamiento y tu compañero, Alex Kirov, se está haciendo cargo de ella ahora mismo —explico tan rápido que me quedo sin aliento—. Dentro de poco llegará una ambulancia —agrego, y aliviada observo que el hombre, aún sin responderme, toma su móvil entre sus grandes manos y marca un número de su agenda.

—¿Cómo te llamas? —pregunta ásperamente.

—Rebeca —contesto de inmediato.

Al instante, se gira un poco y, sin perderme de vista, intercambia algunas palabras con la que supongo que debe de ser Sara. Observo que asiente de manera casi imperceptible a todo lo que ella le dice.

En cuanto termina de hablar, el gorila avisa con un ligero gesto de la cabeza a su compañero. Este, que ha estado prestando atención sin intervenir, no necesita palabras para entender al momento el mensaje, y se marcha hacia el aparcamiento para comprobar lo ocurrido.

—Has tenido suerte. Ahora mismo, Sara está en su despacho —me confirma el tipo con una amabilidad desbordante que no pega con sus rudas facciones—. Ve por el área de servicio y, si tienes algún problema, di que vas de parte de Iván. Sara te estará esperando —me dice. Después me deja pasar y pierde todo el interés en mí.

—Gracias —le respondo a pesar de todo, y salgo disparada hacia el interior de la discoteca, en dirección a la oficina de Sara. Sigo las indicaciones que Iván me ha dado e ignoro las quejas de la gente que hace cola.

Por suerte, no tardo mucho en encontrar el camino, en medio del ruido y la

apabullante multitud de personas que bailan. Todas parecen estar felices celebrando su amor: sostienen en alto los corazones fosforescentes que una chica disfrazada de conejita regala a todas las parejas que encuentra a su alrededor.

Apenas me doy cuenta de que ella se me acerca y me ofrece un corazón. Pero entonces una persona se mete en medio y yo me largo acelerando el paso con verdadera urgencia.

«Yo iba a ser una de esas felices chicas que se agarran al cuello de su novio mientras este les rodea la cintura con la mano y les susurra intimidades al oído», pienso afligida.

Con más facilidad de la que me esperaba, consigo pasar desapercibida el resto del camino y accedo al pasillo que conduce a las puertas del personal.

No obstante, mi suerte acaba pronto: un atractivo chico de piel oscura y un magnífico cabello lleno de rizos negros se interpone en mi camino. Lleva una bandeja repleta de vasos vacíos y, tras echarme un vistazo rápido, frunce el ceño.

Es obvio que aquí no soy bienvenida.

—Vengo de parte de Iván —le advierto antes de que él diga nada—. Por favor, ¿puedes decirme dónde está el despacho de tu jefa?

Él se hace a un lado de inmediato, como si el nombre de Iván fuera un código secreto que permitiera abrir cualquier caja fuerte del mundo, y me mira con curiosidad.

—Es la puerta que está justo al fondo —responde sin dejar de observarme.

—Gracias —me despido, sin perder ni un minuto más de lo necesario.

De manera inesperada, un instante antes de llamar a la puerta de la oficina de Sara, noto vibrar el móvil de Elisa. Casi me había olvidado de que lo llevaba. Molesta por la distracción, echo un vistazo impaciente a la pantalla.

—«Zorra astuta» —leo en voz baja, y siento un mal sabor en la boca al hacerlo.

Incómoda, hago caso omiso de la llamada y me vuelvo, decidida a llamar a la puerta otra vez, pero la persona a la que Elisa ha puesto el nombre de «zorra astuta» en su agenda insiste de nuevo.

«Tal vez sea algo importante», pienso. Inquieta, me vuelvo de espaldas y me tapo la oreja para atender la llamada con más calma.

—Por fin contestas, hija. Se supone que esta mañana teníamos cita en el médico. ¿Por qué no te has presentado? ¿Qué ha ocurrido esta vez?

«¿Hija?» Me quedo paralizada al oír esa voz inconfundible e intuir el significado de sus palabras.

—¿Eres la tía de Alex? ¿Eres Sofía? —pregunto, y me noto la saliva pastosa en el paladar.

Capítulo 2

BECA



—¿Acabas de decir Sofía?

Me giro y me encuentro con Sara delante, mirándome muy fijamente: tiene todavía una mano puesta en el pomo de la puerta y está con un pie fuera del despacho. Impresionada por la preocupación y urgencia que reflejan sus ojos, observo que su melena rubia está más despeinada que cuando la he visto hace un rato. Sostiene con fuerza un teléfono a la altura de la oreja, que baja hasta que queda al nivel del muslo mientras avanza un paso.

Me quedo paralizada por su repentina aparición.

—¿Sara? —escucho de repente decir a Sofía por el otro lado de la línea—. ¿Está Sara por ahí? Dile que se ponga, por favor —me manda, sin molestarse siquiera en preguntar quién soy o esperar a que responda.

La misma aludida me arrebató el móvil de Elisa de las manos antes de que pueda reaccionar, como si hubiera escuchado la orden.

—¿Qué demonios estabas haciendo? Te he llamado al menos seis veces, cariño. No has parado de comunicar en los últimos minutos. ¿Dónde estás? No, eso no es importante ahora. Escucha, tienes que venir rápido. Tu hija ha sufrido un ataque epiléptico en mi aparcamiento —dice Sara con brusquedad mientras se alisa una y otra vez el pelo, con lo que solo consigue despeinárselo aún más—. ¿Cómo?... Sí, ya he mandado a uno de mis chicos y me lo ha confirmado: es Elisa. No lo sé... ¿Estaba sola? —Sara se vuelve hacia mí para preguntármelo, y yo me remuevo sorprendida por su repentina atención. Respondo que no de inmediato—. No, no estaba sola cuando ocurrió, tranquila. Alex... —De nuevo, Sara busca mi mirada de asentimiento antes de responder a la pregunta de la tía de Alex—... sigue con ella.

Sara se queda en silencio, escuchando; luego hace un gesto afirmativo varias veces y me da la espalda. Sin parar de hablar, se mete otra vez en su despacho y cierra bien la puerta para que yo no pueda oír el resto de la conversación. Cuando regresa al pasillo, ya ha colgado el teléfono. Lleva un recargado bolso de lentejuelas brillantes, un fular oscuro y un abultado abrigo cuyo color apenas logro distinguir debido a la mala iluminación. No veo el móvil de Elisa por ningún lado; se lo debe de haber quedado.

—Vamos, chiquilla —me apremia, y me pasa una mano por detrás para cogerme

por el brazo—. Acompáñame hasta donde están.

—Espera —le digo mientras la retengo, abrumada por las últimas noticias. No puedo seguir con esta incertidumbre que me reconcome por dentro—. ¿Es posible que Elisa sea la hija de la tía de Alex?

Sara me observa como si no supiera de qué le estoy hablando. Resulta evidente que se está haciendo la tonta. Pero... ¿por qué?

—Acabo de oírtelo decir mientras hablabas con Sofía por el móvil —sigo diciendo.

De pronto, Sara sonrío. «Demasiado rápido y superficial», pienso.

—¿Eso he dicho?

—Sí —insisto, y, asintiendo con la cabeza, abro mucho los ojos.

Da un paso hacia atrás y observo que infla sus carrillos y desvía la vista hacia el fondo, varios metros por detrás de mí. A continuación, los desinfla y vuelve a mirarme con cara de tristeza.

—Sí, es su hija —revela con un pesar extraño que me intranquiliza aún más.

—No puede ser —murmuro. Me llevo una mano a la boca y alzo las cejas asombrada.

Sara asiente una vez más para confirmármelo.

Sin apenas poder creérmelo, agacho la mirada tratando de asimilar toda la información. «¡Dios mío! ¿Cómo es posible?»

—No puede ser —repito cada vez más confusa—. Alex y ella no pueden ser primos. Hace poco vi cómo Elisa coqueteaba con él de forma descarada. Incluso tú misma has observado antes cómo se me ha abalanzado por un arrebato de celos.

«Tú no sabes nada, novata»: las palabras de Elisa acuden a mi mente con fuerza. «¿Era a esto a lo que se refería? Pero, entonces, ¿a qué viene toda esa historia de que Alex está fingiendo ser su hermano?»

Mi respiración se acelera y me cuesta pensar.

Sara muestra una expresión temerosa al escucharme.

—Espera, espera, chiquilla. Estás pensando demasiado rápido. Alex y Elisa no son primos biológicos. Elisa es adoptada.

Trago saliva. «¿Elisa... adoptada?», pienso.

Me empieza a doler la cabeza.

—Y Alex... ¿sabe todo esto, que no son primos carnales? —pregunto despacio, con el ceño arrugado por la inquietud y un sentimiento casi de enfado.

—No lo sé —reconoce Sara tras una breve pero intensa pausa llena de emociones—. Durante mucho tiempo Sofía lo ha mantenido en secreto y no ha dicho nada a su familia, aunque es posible que Alex sospeche algo...

Me gustaría preguntarle por qué Sofía oculta un hecho tan importante o por qué Elisa ha estado callada al respecto, pero ahora no es un buen momento para hablar de ello: le he prometido a Alex que no tardaría en regresar junto a él.

—Está bien. Gracias por responderme, Sara —le digo, y empiezo a andar.

Sara me agarra del codo para detenerme.

—Por favor, Beca, no comentes nada de esto con Alex —me ruega con ojos brillantes—. Hacía años que no lo veía tan feliz. Estoy segura de que nadie quiere que pierda esa sonrisa, y menos tú.

Incómoda, trago saliva. Me está pidiendo algo que no sé si podré cumplir.

De repente, siento que algo dentro de mi estómago se revuelve.

—Por favor —repite angustiada, tras lo que me aprieta ligeramente el codo.

Cierro los párpados un momento y luego vuelvo a abrirlos.

—Tengo que pensármelo. ¿Puedes concederme al menos eso, Sara? Ahora creo que debería marcharme. Alex solo quería que te dijera que no te preocuparas y que él regresaría a su puesto de trabajo en cuanto se asegurase de que Elisa estaba bien.

—De acuerdo —acepta—, pero voy contigo. Debo comprobar con mis propios ojos que no haya ningún problema hasta que Sofía llegue.

En cuanto termina de hablar, pasa por delante de mí. A continuación, a una velocidad de vértigo para alguien que se mueve con tacones de aguja extremadamente altos, se abre camino. De hecho, es ella la que me conduce al exterior sin darme tiempo a pensar en nada más que en poner un pie delante de otro para poder seguir su ritmo.

Mientras, el corazón me late veloz y muchas más preguntas se acumulan en mi cerebro...

Tomo aire y echo un vistazo alrededor. El ambiente se ha vuelto más agobiante dentro del bar, y me es imposible localizar, entre todas las cabezas que veo, a Laura, Marta o Carlos. Cuando quiero darme cuenta, ya estamos en la salida.

Ha comenzado a caer una fina y punzante lluvia que intuyo que no tardará en ser más abundante. Por suerte, la cola parece haberse reducido bastante; solo quedan algunos chicos borrachos entre las farolas del aparcamiento que parecen hacer una versión con sus paraguas de «Cantando bajo la lluvia», de Gene Kelly.

De pronto, veo que una ambulancia recorre los espacios libres del aparcamiento en dirección a uno de los lados menos iluminados de la discoteca, justo donde he dejado a Alex y Elisa. No puedo seguir esperando.

Sara nota mi inquietud y va directa hacia Iván, con el que comienza a hablar. Al mismo tiempo, se abrocha de prisa algunos botones de su abrigo de piel, pero sin llegar a cubrir su generoso escote, que Iván tiene la delicadeza de no mirar. No hace falta ser muy observador para darse cuenta de lo respetuoso que el gorila se muestra con ella.

—Tengo que ausentarme un par de horas. Quizá más... —Sara suelta un suspiro tenso y yo lanzo varias miradas de reojo hacia el vehículo de urgencias—. Iván, cariño, necesito que te ocupes de todo mientras yo no esté. ¿Crees que podrás hacerlo? —Se queda en silencio como si estuviese meditando algo—. ¡Ah! También habrá que pedirle al nuevo DJ que se encargue de sustituir a Alex. Se me olvidaba decirte que hoy le he dado la noche libre.

Me aparto un poco para dejarles algo más de espacio para hablar y luego salgo a la calle: no me importa mojarme. Al instante, empiezo a temblar y me froto los brazos. El cambio de temperatura me golpea en el pecho.

—Puede quedarse tranquila. Yo me haré cargo, jefa —promete Iván en voz alta con varios gestos contundentes. Hace una pausa mientras se rasca la nuca con timidez—. Me he tomado el atrevimiento de enviar a uno de nuestros hombres para que ayude al chico Kirov. Espero no haberme metido demasiado.

Sara le da dos palmaditas en el antebrazo, por encima de las serpientes tatuadas, a modo de agradecimiento.

—Gracias, Iván. Por favor, avísame si ocurre algo en la discoteca.

Tras despedirse de él, Sara pasa junto a mí y me desliza su fular por los hombros.

—¡Cúbrete con esto, chiquilla! No te quitará todo el frío, pero es mejor que nada.

Me tapo cuanto puedo y corro hacia el lugar por donde se ha desviado la ambulancia. En cuanto llego, veo que están subiendo a Elisa a una camilla. Parece desmayada. A su lado está Alex, completamente empapado.

A pesar de conocer su inhumana resistencia al frío, me resulta sorprendente comprobar que ni siquiera el agua y viento juntos son capaces de hacer que tire un poco. En su pálido rostro tiene una expresión dura cuando se sube a la ambulancia, mientras responde a las preguntas de uno de los enfermeros.

—¡Alex! —lo llamo.

Él se vuelve despacio y me examina de arriba abajo; algo de lo que ve en mí parece enfurecerle. Desconcertada, bajo la vista y observo que cierra con fuerza un puño. Cuando le miro de nuevo a la cara, Alex está otra vez atendiendo al camillero.

Voy hasta él sin soltar el pañuelo. La lluvia ha aumentado de manera alarmante, lo que ha provocado que se me pegue la ropa como una segunda piel.

—Alex, voy contigo —digo al ver que van a cerrar las puertas del vehículo.

—Lo siento, señorita. Pero solo puede ir una persona además del enfermo —interviene con amabilidad uno de los camilleros.

—Está bien —acepto mientras echo un último vistazo al cuerpo inconsciente de Elisa.

Justo en ese instante, Alex se sienta a su lado, le coge una mano y entrelaza sus dedos con los de ella. Pero no es eso lo que en verdad me preocupa, sino que siento como si me estuviera evitando deliberadamente.

Algo doloroso nace en mi interior y se extiende como una raíz por mis venas, a las que presiona y ahoga; me corta la circulación.

De repente, las puertas de la ambulancia se cierran y ya no puedo ver lo que sucede en el interior.

—Esto no me gusta —murmura Sara, que se pone a mi derecha en cuanto el vehículo arranca—. Algo va mal.

Me quedo callada. El hombre al que Iván ha enviado antes para comprobar lo que ocurría se aproxima hacia nosotras y saluda formal a Sara. Hasta ahora ni siquiera me

había fijado en que él estaba allí, con nosotros. De algún modo, camina como un ninja: silencioso y elegante.

—¿Por qué tenéis tan mala cara los dos? —le pregunta Sara, que va directa al grano.

—La chica se ha debido de golpear la cabeza al perder la conciencia. Pero no estamos seguros todavía de si ese es el origen del problema o hay algo más. Van a trasladarla ahora mismo al hospital más cercano. Su estado no es bueno en estos momentos: aún no ha recuperado la conciencia —explica con delicadeza.

Me fijo en la rigidez de su delgado cuerpo; casi podría imaginármelo con un *walkie-talkie* en la mano, terminando todas sus frases con «cambio y corto».

—Gracias, Fran —contesta Sara despacio. Aprieta los labios y sigue hablando—. Siento molestarte de nuevo, pero necesito que nos lleves al hospital adonde se dirigen ellos. Me temo que hoy he bebido un poco.

Nadie añade nada más. Ninguno de nosotros quiere decir lo que piensa..., que es posible que Elisa no vuelva a despertar.

Capítulo 3

BECA



Alex está sentado en un banco de un moderno y rebuscado estilo. Este se encuentra en medio de un largo pasillo de baldosas grises, adosado a una pared de una brillante pulcritud que resalta al estar pintada con un blanco impoluto. Supongo que hace poco que deben de haberle dado una nueva capa de color.

Al cambiar la posición de los pies, frunzo la boca con un gesto de dolor. Estoy comenzando a sentir calambres en las piernas debido a lo entumecidas que las tengo por haber estado en la misma postura tanto rato.

Apenas hemos llegado, Sara se ha ido a esperar abajo a que viniera Sofía, y aún no ha regresado. Mientras tanto, solo me he movido una vez para ir a secarme un poco la ropa en los servicios. Alex, por su parte, ha permanecido todo este tiempo en silencio y en el mismo lugar, y no da señales de que desee que alguien se le acerque. Hasta el momento he respetado esa distancia, pero...

Tiene los labios morados y su pálida piel me recuerda a la de un fantasma, aunque lo peor es esa mirada salvaje que me hiela la sangre.

—Alex... —murmuro. Sé que él no me responderá; no importa lo alto que vuelva a llamarlo.

Respiro despacio mientras lo observo desde donde estoy, a unos seis metros, junto a un carro azul de la limpieza que permanece allí desde mi llegada, como si alguien lo hubiera olvidado, y tal vez sea así.

Los pulmones se me hinchan con el aire que entra por mis fosas nasales; huele a hospital: una inquietante mezcla a alcohol, cloro, desinfectante y a algo más que prefiero no identificar.

En el ambiente también percibo las emociones apagadas de las personas que recorren los pasillos con la cabeza gacha; algunos terminan apoyándose en la primera superficie que encuentran, como la joven pareja que descansa contra el marco de la tercera habitación que tengo delante; otros se detienen y, al cabo de un rato, vuelven a caminar. Incluso, una mujer de unos cuarenta años, que lleva las ropas y el cabello bastante desaliñados, llora en silencio en una esquina, a mis espaldas. No obstante, la persona que realmente me importa no ha hecho ningún movimiento en dos horas. Alex sigue ausente.

Estoy muy preocupada.

Por el momento, no me he atrevido a decirle nada porque la mirada que me ha dirigido antes de subir a la ambulancia ha sido muy cortante, pero sé que él es consciente de que estoy cerca, tanto como yo noto su presencia.

—¿Todavía no vas a sentarte? —dice de pronto la voz de Alex. Lo ha dicho tan bajo y ha sonado tan desinteresado que al principio me parece haberlo oído mal.

No me está mirando, pero supongo que es a mí a quien se dirige; en cualquier caso, nadie más ha prestado atención a la pregunta, salvo yo.

—¿Perdón? —digo acercándome hacia donde está sentado, pero manteniendo una prudencial distancia. «Todavía no sé a qué atenerme con él», pienso—. ¿Has dicho algo, Alex?

De pronto, él vuelve la cabeza y me clava una mirada algo torcida. Tiene las manos cruzadas entre sus rodillas. El profundo color azul eléctrico de sus pupilas es como un disparo directo y muy intenso a mi corazón. El disparo me atraviesa de lado a lado y me deja inmovilizada y sin cerebro; no puedo pensar racionalmente durante unos segundos.

Estoy sin aire.

La presión y la duda aumentan de tamaño dentro de mí hasta crear revoltosas burbujas en mi estómago que me ponen nerviosa. Me llevo una mano temblorosa hacia la zona donde una vez Alex me pintó aquella bonita mariposa en tonalidades rosa y azul que alzaba el vuelo. Él sigue el movimiento de mis dedos con sus penetrantes ojos, sin perderse ningún detalle. Es como si ambos intercambiáramos un mensaje silencioso y el recuerdo de las caricias que hemos compartido hace unas horas regresara a nosotros.

Aún puedo sentir su boca en todas las partes de mi cuerpo y el delicioso sabor de sus besos. Me pregunto si él también...

Todo lo que no somos él y yo deja de existir a nuestro alrededor por unos instantes, como si estuviéramos detenidos en medio del tiempo y lo demás fuese demasiado irreal y superfluo. Un escalofrío cruza mi espina dorsal y me devuelve al presente con fuerza.

—¿Vas a seguir ahí de pie? —me pregunta Alex mientras entrecierra los ojos. Recupera de este modo parte de su pícaro brillo, con el que es capaz de sacudirme por dentro y provocarme el tartamudeo.

Salgo del trance.

Me pongo roja y, sin contestarle, doy unos pasos, algo rígida, y tomo asiento con timidez en la otra punta del banco, donde inconscientemente mantengo el cuerpo en tensión. Al instante, él tuerce su sonrisa con ironía a un lado y su mirada se oscurece.

No sé leer sus pensamientos en esos momentos, aunque me gustaría poder hacerlo, pero en cierta manera me tranquiliza ver que al menos reacciona. Por un instante, cuando me ha ignorado en el aparcamiento del Florida Night, me he sentido asustada: parecía como si fuera otra persona distinta a la que yo quiero. Pero... ¿y si lo es? ¿Y si no es el Alex que yo conozco y Elisa hablaba en serio?

Borro enseguida este pensamiento.

—Pareces cansada —dice Alex despacio—, y hasta puede que... un poco enfadada —comenta lentamente.

Ofendida, le devuelvo la mirada con igual intensidad.

—No, no tengo sueño, y por supuesto que no estoy enfadada —afirmo con contundencia a pesar de que no paro de pestañear. De hecho, sí que estoy molesta por todas las preguntas que me gustaría hacerle y no me atrevo a plantearle. El silencio que nos rodea es como una tentadora nana.

Bostezo.

De repente, Alex se inclina hacia mí y me pasa una mano por detrás. Luego tira de mi cuerpo hacia él sin ningún esfuerzo.

—¡Espera, este no es un momen...! —empiezo a decir muy nerviosa mientras miro hacia todas partes, menos a él, temiendo que alguien nos haya visto.

De repente, siento un inesperado peso sobre mi hombro que me deja paralizada al instante. Miro despacio y descubro que la cabeza de Alex descansa sobre mi hombro y que él ha cerrado los párpados como si se hubiera quedado dormido.

Pero no está dormido... Apenas le escucho respirar.

—Yo sí que tengo sueño —dice al fin con un susurro que me sobresalta de nuevo. Ni siquiera ha abierto los ojos.

Estoy a punto de separarme, pero entonces Alex vuelve a hablar, y con ello logra que me quede quieta en el sitio.

—Por favor, solo serán unos minutos, Rebeca —suplica con una fragilidad y, al mismo tiempo, con una virilidad en su semblante que me desconciertan.

Siento que no voy a poder resistirme y mucho menos negarme a su petición.

Trago saliva mientras oigo que mis latidos cambian de ritmo y triplican su velocidad de forma curiosamente extraña, a trompicones, al igual que un motor estropeado.

Al cabo de unos segundos, suelto un suspiro. Todo el estrés desaparece por entre mis labios y poco a poco dejo caer mi sien sobre la nuca de Alex.

—Todo va a salir bien —le prometo.

Dicho esto, beso el cabello de Alex e inhalo el suave aroma a champú mentolado que desprende. Él no dice nada, pero aprieta más su frente contra mi cuello, y luego, después de aspirar profundamente mi piel, vuelve a quedarse tranquilo.

Por el bien de Alex y de todos, espero que Elisa despierte pronto.

Estoy quedándome dormida cuando, de pronto, aparece un médico vestido con una bata blanca mal abotonada. Sus enormes gafas redondas me recuerdan a las que lleva el actor que hace de Harry Potter en las películas que he visto con mis hermanos unos días atrás.

—Disculpen, ¿son familiares o amigos de Elisa Baleztena? —pregunta con una voz grave y profunda.

—Somos amigos suyos —contesto enseguida, y me retoco de inmediato el pelo y

la ropa.

Al oír al doctor, Alex se reincorpora a mi lado en décimas de segundo. Tiene un aspecto soñoliento y las ojeras muy marcadas, pero eso le da un aire aún más atractivo y juvenil.

—Hola, doctor...

—Doctor Ojeda —se presenta el hombre.

—Gracias, doctor Ojeda. Nosotros nos hacemos cargo de ella —continúa Alex mientras intercambia un saludo rápido y contundente con él—. ¿Cuál es el estado de Elisa en estos momentos?

Me pongo de pie y agarro a Alex del brazo. Enseguida, él me aparta la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Mientras esperamos la respuesta del doctor, me da un ligero y comprensivo apretón.

—Está fuera de peligro, aunque tendrá que pasar la noche en observación —contesta el médico con una sonrisa amable, que se refleja en sus pequeños ojos de color aceituna.

Alex y yo nos miramos con alivio.

—¿Podemos entrar a verla? —intervengo mucho más relajada.

—Sí, podéis entrar —responde—. Ahora mismo, Elisa está un poco desorientada, y la irá bien que haya a su lado una persona que conozca —explica con claridad. De pronto se pone serio, lo que hace que nos preocupemos—. No obstante, sería importante que alguien la acompañase durante unos días. Su estado puede empeorar si vuelve a saltarse la medicación durante un periodo largo, si no controla el estrés o bebe alcohol de forma seguida y en exceso, como hoy. Una persona epiléptica debe ser todavía más cuidadosa con su salud que el resto de la gente, mantener una dieta sana y evitar situaciones que la pongan al límite —nos advierte. Hace una pausa y nos mira, primero a uno y luego a otro—. ¿Tiene Elisa algún familiar que pueda ocuparse durante un tiempo de ella? —pregunta el doctor.

Estoy a punto de responderle cuando me doy cuenta de que esa es una información que no me pertenece. Miro de reojo por encima de mi hombro, pero no veo por ningún lado a Sara o a Sofía. Se están retrasando demasiado. ¿A qué se deberá el retraso?, me pregunto inquieta.

Tengo un mal presentimiento.

—Sus padres murieron en un accidente —explica Alex, que se hace cargo de la pregunta con una expresión de preocupación que ya he visto antes en Héctor por causa de Marta—. Ahora vive en un cuarto de nuestra residencia con otra compañera de habitación.

El doctor asiente y se recoloca las gafas.

—Bien, es bueno que no esté sola —comenta.

Después de despedirse de nosotros y darnos algunas indicaciones, Alex y yo volvemos a quedarnos solos.

—¿Estás bien? —pregunto a Alex, a quien noto pensativo.

Él levanta nuestras manos entrelazadas y besa los nudillos de ambas con delicadeza. Sobre mi piel deja una marca caliente que tarda en desaparecer.

—Lo estoy —me tranquiliza, y vuelve a quedarse callado.

Aprieto los labios y luego los separo. No podemos retrasar más el momento.

—¿Quieres que vayamos a ver a Elisa? Como ha dicho el doctor, será bueno que vea a alguien conocido, y tú eres un amigo importante para ella —agrego persuasivamente al notar su reticencia.

Alex no responde. Se ha puesto su infranqueable máscara de nuevo.

—¿Alex?

—Todavía tienes el cabello húmedo —comenta con voz grave, haciendo caso omiso de mis palabras, mientras acerca su mano libre hasta mi mejilla. Cuando parece que va a detenerse, coge uno de mis mechones ondulados por la lluvia y lo estira—. Lo siento —dice en voz baja.

Me retiro hacia atrás y él impide que suelte su mano.

—Alex...

—Todavía hay algo que no he podido decirte esta noche, mi musa —comienza a hablar muy serio.

Dentro de mí, el corazón me late con fuerza y trato de hacer oídos sordos a la advertencia. Rápidamente, le tapo la boca a Alex.

—Primero vayamos a ver a Elisa. Después hablaremos —le interrumpo muy alterada.

Alex frunce el ceño, pero no añade nada más, y juntos nos dirigimos a la habitación donde Elisa descansa. En cuanto nos arrimamos a la cama, Elisa salta con los brazos abiertos sobre Alex y se echa a llorar en su pecho.

—No puedo seguir manteniéndome alejada de ti, Alex. Sé que no voy a poder soportar yo sola todo lo que me está pasando. Te necesito mucho ahora. Por favor —suplica—, no me rechaces de nuevo —solloza agarrada a la camiseta de él igual que si fuese su salvavidas en medio del océano. Un océano que ahora mismo solo les pertenece a ellos dos.

Alex le devuelve el abrazo y le frota la espalda.

—Tranquila, Elisa. No vas a estar sola —le promete con una expresión dulce que hasta ahora no había visto en él.

Desde mi pequeña isla desierta, observo la escena y un sentimiento amargo y confuso brota en un rinconcito de mi mente.

Capítulo 4

BECA



«Café.»

«Huele deliciosamente bien.»

«Tan bien que...»

Trago saliva mientras siento que la boca se me hace agua.

«¿Eso que acabo de oír ha sido el rugido de mis tripas?»

Todavía con los ojos cerrados, acerco la nariz y me dejo guiar por el intenso aroma de la bebida humeante. El vapor me hace cosquillas en la punta de la nariz y no puedo evitar sentir un ramalazo de felicidad, que empieza a extenderse por las comisuras de mis labios.

—¿Alex? —murmuro con pereza, esbozando ya una sonrisa completa.

—Casi. Solo que con tetas, el pelo largo y tacones —dice la voz de Marta sin renunciar ni a una pizca de ironía.

—¿Marta? —digo despertándome de golpe.

—Correcto... ¿Decepcionada? Me rompes el corazón, tía —continúa bromeando mientras observa divertida cómo reacciono.

Por un instante, me parece ver una chispa de ansiedad en sus pupilas marrones, pero la camufla enseguida con una mueca burlona.

—Sabes que no me siento decepcionada, Marta. ¿Me he quedado dormida? —digo cambiando de tema y haciendo caso omiso de su escéptico gesto, al tiempo que me estiro con un gran bostezo para esconder mi desilusión porque no es la persona que esperaba.

Me froto los brazos y descubro que el abrigo que le presté a Alex para que tapara a Elisa ahora está cubriéndome parte del cuerpo. En algún momento de la noche ha debido de venir a buscarme a la sala de espera. ¿Por qué no me despertó?

—Eso parece. Estás hecha un desastre, Beca —comenta Marta estudiándome con esa mirada de «eres un desastre en todos los sentidos».

En cuanto me recoloco para estar más cómoda, el abrigo resbala y Marta lo atrapa justo antes de llegar al suelo. A continuación, me ofrece un café y se deja caer a mi lado, con la prenda entre nosotras.

No veo por ninguna parte a Laura ni a Carlos. ¿Habrán regresado ya a sus casas?

—¡Oh, qué bien! Necesitaba un sitio donde sentar mi precioso culo —murmura

en ese instante Marta con alivio y con la cabeza hacia atrás, apoyada en la pared.

Aprovecho que cierra los ojos para estudiar más detenidamente su rostro cansado. Por las sombras grises de máscara de pestañas que se le forman encima de sus mejillas y lo hinchados que tiene los labios, intuyo que debe de haber estado de fiesta hasta no hace mucho.

Distraída, echo un vistazo al contenido del vaso de plástico que me ha traído Marta mientras me tomo mi tiempo para pensar. Parece que es un cremoso capuchino de avellana. Intuyo que debe de haberlo comprado en alguna de las máquinas que he visto de camino a la sala de espera.

Marta me guiña un ojo cuando me pilla observándola por segunda vez, y yo le dedico una sonrisa de agradecimiento para tranquilizarla. Luego doy un sorbo a la bebida, que hace magia en mi interior al calentarme el cuerpo de manera reconfortante e incluso encender mis mejillas.

Oigo a mi amiga soltar un socarrón suspiro. Ahora que la tengo junto a mí, intuyo que pronto comenzaremos a plantearnos algunas preguntas de verdad, y no sé si alguna de las dos estará dispuesta a contestar a todas.

Entrecierro los ojos debido a la intensa luz de los alógenos del techo y hago un gesto de dolor: noto a lo largo de toda la espalda la misma sensación que si hubiera estado tendida durante horas sobre rocas puntiagudas, pero no puedo quejarme. «Aquí en Urgencias cada cual tiene su propia historia», pienso al ver que enfrente de nosotras hay otras personas que conversan en voz muy baja o duermen. En sus caras también se refleja el peso del agotamiento.

No sé qué hora será, pero posiblemente ya esté a punto de hacerse de día, si mis cálculos no fallan.

Echo un vistazo alrededor. No hay ninguna ventana, pero sí algunos cuadros de diferentes estilos, casi todos con un toque alegre. Al igual que el pasillo donde he estado esperando con Alex, la sala de espera está pintada en blanco.

Me lleno los pulmones de aire.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —pregunto al fin, rompiendo el silencio.

—Bueno... —dice Marta. Con un leve temblor en las manos, que no me pasa desapercibido, saca un batido de fresa de su bolso e inserta una pajita. Antes de contestarme, sorbe de forma ruidosa—. Laura y yo estuvimos llamándote bastantes veces al móvil después de que te marcharas, ¿sabes? —señala evidentemente molesta.

Al instante, lo compruebo en mi teléfono. En efecto, tengo unas quince llamadas perdidas entre las de ella y Laura, y eso sin contar los mensajes.

Avergonzada, hundo la nariz en el vaso para esconder la cara.

—Lo siento, en algún momento de la noche debí de silenciar el móvil —me disculpo mientras muerdo el borde del recipiente de plástico.

Marta respira profundo y expulsa el aire igual de despacio.

—Carlos desapareció de repente —continúa explicando más bajo. En cierto modo, tengo el presentimiento de que en esa revelación hay más de lo que dice.

Frunzo el ceño—. Ha sido una noche horrible. Me faltó muy poco para llamar a tu casa —añade con una sonrisa angustiada que no le pega nada.

Arrugo el ceño, resistiéndome a interrumpirla.

«Esto huele muy mal», pienso.

No puedo evitar recordar la noche en la que llamé a Elisa para que me hablara sobre la foto quemada en la que ella y Alex aparecían mucho más jóvenes; entonces escuché de fondo la voz borracha de Carlos, que se reía con aquella chica cuya vocecita aguda me dejó bastante inquieta. Me parece que la he oído hablar en algún otro lugar, pero ¿dónde?

Me aclaro la garganta y trato de concentrarme en la conversación.

—Lo siento —repito en voz queda, sin saber cómo expresar con más sinceridad todo lo mal que me siento por ella.

—No te disculpes. Reconozco que últimamente yo he sido mucho más perra, así que en eso estamos en paz —dice, y me saca la lengua—. Lo que pasa es que me cuesta verte actuando un poco como yo y menos como tú. Creo que estás cambiando, y aún no sé si es para bien o para mal. Sueno raro, ¿verdad? —concluye casi divertida. Suelta una carcajada en cuanto ve mi cara y se sienta de lado para ofrecerme una mano.

—¿Me das un abrazo? No me preguntes por qué, pero creo que ahora mismo lo necesito —me pide con ojos llorosos.

«¡Oh, no! Está claro que algo ha ocurrido mientras yo no estaba, y puedo adivinar que tiene que ver con Carlos. ¿Qué le ha hecho a mi amiga?»

Cierro mi mano en un puño, estrecho la de Marta con fuerza y tiro de ella hasta que las dos acabamos unidas en un abrazo profundo. Aunque mi amiga no emite ningún sollozo, siento sus pequeñas sacudidas sobre el hombro.

«Tengo que hablar con ella», me digo mientras le masajeo la espalda como si fuera uno de mis hermanos pequeños.

—Fue Alex —me dice de pronto Marta a la oreja, en un susurro casi inaudible. Mi cuerpo se queda rígido y espero a que continúe hablando—: él me llamó para pedirme que fuera a recogerte. Parece bastante preocupado por ti —aclara, y suelta una pequeña carcajada—. Al final, ese *playboy* tiene sentimientos gracias a ti. Beca, él te quiere. No me cabe duda alguna.

Me muerdo el labio inferior. ¿Alex llamó a Marta porque estaba preocupado por mí? De nuevo, pienso en el abrigo, en el instante en que apoyó su cabeza sobre mi hombro y cuando cogió uno de los mechones de mi pelo, como si estuviera a punto de contarme algo con aquella expresión de tormento en su rostro... ¿Por qué tengo tanto miedo a escuchar lo que Alex quiere decirme?

—¿Dónde está él ahora? —pregunto. Me aparto de Marta con cuidado y me pongo de pie mientras una emoción extraña florece en mi pecho.

—Sigue con Elisa. Espera, deja que te acompañe y...

No me quedo a escuchar el resto de lo que va a decir. Empiezo a caminar muy

rápido y cada vez acelero más el paso hacia la habitación donde ayer estuvimos visitando a Elisa. El último lugar donde vi a Alex antes de que me marchara, hace unas horas, para concederles algo de intimidad. Si voy a irme a casa, primero necesitaré solucionar un tema pendiente con él, uno que no puede esperar más tiempo.

Para mi sorpresa, cuando entro en el cuarto me lo encuentro profundamente dormido con la parte superior del cuerpo sobre un lado de la cama de Elisa, mientras ella le está retirando el pelo de la frente, a punto de darle un beso en los labios.

«¡La mato!»: el pensamiento me viene con tal intensidad a la cabeza que temo arder en llamas en cualquier momento.

Solo intuir sus intenciones, me aclaro ruidosamente la garganta. Gracias a Dios, el sonido despierta a Alex y espanta a Elisa al mismo tiempo. Ella me dedica una mirada de puro odio y fastidio antes de retirarse por completo con una sonrisa inocente. No obstante, deja una de sus manos reposando sobre el brazo de Alex. El mensaje es claro: Elisa sabe la relación que mantengo con él, pero eso no le importa lo más mínimo y tampoco va a impedir que siga intentando tener algo con él.

Marta aparece justo en ese momento, a mis espaldas.

—Te dije que me esperaras, tía. Casi me da un infarto por tener que correr con tacones para seguirte hasta aquí. ¿Cómo puedes ir tan rápido? ¿Tienes propulsores en los pies?

Sin apenas prestar atención a lo que ella dice, aguardo a que Alex acabe de despertarse. En cuanto me ve, Alex pestañea varias veces. Luego mira su reloj y finalmente se pasa una mano por la cara y el pelo, alborotándolo aún más. Se separa de Elisa como si no la hubiera notado todavía. No sonrío al verme, pero tampoco parece enfadado; tiene más bien la expresión de alguien que está esperando a que algo suceda.

Nerviosa, siento que todas las palabras que había preparado en mi cabeza hace tan solo un momento comienzan desaparecer una tras otra, lo que me complica la tarea de hilvanar una frase coherente.

—Tengo que irme a casa; entro en unas horas a trabajar —le explico sin dejar de mirarlo.

Alex asiente despacio y en silencio. No para de observarme con una calma que me resulta alarmante.

—Comprendo. Iré a recogerte después, cuando termines —dice, y se pone de pie.

Estoy a punto de contestar cuando de pronto alguien gime con dolor.

—Alex..., no me siento muy bien —lo interrumpe Elisa, al tiempo que se cubre una de las sienes con la mano y se aprieta los ojos como si tuviera una fuerte jaqueca.

La actuación es tan buena que empiezo a dudar si es cierto lo que dice o si únicamente quiere llamar la atención, ahora que ha encontrado una nueva manera de manipular a Alex.

Como es de prever, él se inclina enseguida hacia ella y la ayuda a acomodarse

sobre las almohadas.

—¿Quieres que llame al médico, Elisa? —pregunta Alex, solícito.

Marta se ríe sin disimulo.

—¡Oh, por Dios! —se burla a mi lado—. He visto actrices mejores.

Enseguida le doy un pequeño codazo a mi amiga y le advierto con un gesto que se mantenga callada. Al instante, ella se muestra descontenta ante mi manera de actuar, pero no dice nada más.

A mí también me está hirviendo la sangre, pero, después de todo, el ataque epiléptico que presencié ayer no fue una broma: Elisa tiene un problema, «y no es el único», me digo recordando que Sofía y Sara todavía no han aparecido.

—No es necesario que vayas a buscarme, Alex. Hoy tengo que solucionar algunas cosas y estudiar para los exámenes —contesto, y al mismo tiempo pienso que debo rellenar el impreso de la matrícula para sacarme el carné de conducir, el que me dieron en una academia que hay próxima a mi trabajo. Esbozo una sonrisa que espero que sea lo suficientemente convincente y añado—: Creo que hoy Elisa te necesita más que yo. ¿Por qué no te quedas con ella? —Mientras hablo, las palabras del doctor me vienen a la mente.

Alex tensa la mandíbula, y, cuando creo que no va a decir nada, responde con frialdad:

—Lo que prefieras. Llámame cuando llegues a casa.

A continuación, se encierra en el baño de la habitación y no vuelve a salir. Noto la mirada victoriosa de Elisa como un puñetazo en el estómago. No obstante, me pongo una máscara, igual que si fuera el gran Houdini, y me despido en voz alta para que él también pueda oírme.

Esta vez, Alex no me contesta.

Lo he vuelto a hacer: he vuelto a evitar que encontremos un momento para estar a solas y poder hablar.

Elisa pone una mueca inocente en su boca y encoge los hombros con satisfacción mal disimulada.

Marta comienza a toser.

—¡Vámonos, Beca! Aquí el aire está demasiado contaminado y rancio. De ninguna manera voy a permitir que nuestros preciosos pulmones sigan respirando esta basura más tiempo. Cuídate —dice Marta en alto, y luego, bajando el volumen, añade—, arpía.

De nuevo, empieza a toser al mismo tiempo que me empuja hacia el pasillo. Casi me habría reído si no hubiera sido por este remordimiento que me está reconcomiendo por dentro desde hace un rato.

Cuando llegamos al recibidor del edificio y ya estamos cruzando la puerta de salida, alguien tira de mi brazo para hacer que entre de nuevo. Al girar la cabeza, descubro sorprendida que es Alex.

—Tenemos que hablar, Rebeca.

Abro los ojos como platos. Por un instante, me ha asustado de verdad.

—¿No podemos hablar más tarde? Marta me está esperando afuera y aquí hay demasiada gente, Alex —me resisto mientras lanzo miradas nerviosas hacia la puerta.

Los ojos azules de Alex son electrizantes, como para consumirme de pies a cabeza y convertirme en ceniza en medio de aquellos dos pozos sin fondo.

Está muy enfadado y no va a aceptar ninguna otra excusa más.

—Ven conmigo —ordena.

Mi corazón explota justo en ese momento, con esas dos palabras, incapaz de detener el acelerado latido que bombea por todas mis venas distribuyendo sangre enérgicamente y sin freno.

Alex toma mi silencio como una aceptación y comienza a dar una larga zancada tras otra, lo que me obliga a seguirle con torpeza.

Todo puede ocurrir a partir de ahora.

Capítulo 5

BECA



A medida que avanzamos por diferentes pasillos, cada vez más rápido y hacia algún lugar que desconozco, me invade una profunda inquietud.

Un escalofrío premonitorio me recorre el cuerpo cuando desvío la vista hasta sus dedos, que se agarran de los míos firmemente para evitar que escape.

Giramos por una esquina a la derecha y veo una puerta con un cartel que indica que es un baño para hombres. Alex empuja la puerta. Instintivamente clavo los tacones en el suelo y pongo una mano en el marco: me resisto a dar un paso más y seguirle.

Echo un vistazo y descubro que hay un par de chicos dentro que deben de rondar nuestra edad. En ese momento, están terminando de abrocharse los pantalones.

Por suerte, ellos todavía no me han visto, en parte gracias a mi posición privilegiada justo delante de Alex, quien, situado en medio de la entrada, todavía me mantiene oculta.

Alex se muestra impasible y me reta con una gélida mirada que no puedo evitar ni ignorar.

—¡Oh, Dios mío! ¡Basta ya, Alex! Sabes muy bien que aquí no puedo entrar —mascullo entre dientes, muy nerviosa, mientras giro la cabeza de un lado a otro lado para no mirar. De nuevo, él vuelve a intentar meterme dentro.

Señalo la puerta con un dedo tembloroso e intento no pensar en lo cómico y surrealista de la situación.

—¿No has visto el dibujito? Este es un baño de tíos —afirmo más alterada, si cabe.

—¡Eh! ¿Qué hacéis ahí? —oigo que dice uno de los chicos. Acaba de percatarse de mi presencia y parece molesto. El otro está demasiado dormido como para añadir nada.

«¡Fantástico! Por si las cosas no podían empeorar...», pienso.

—Alex —le pido mientras tiro de él hacia fuera con una mirada asesina. Una curva llena de ironía se le forma a un lado de la boca—. Aquí no, por favor. Hay gente dentro —suplico con un tono más suave, dulcificando mi voz.

«¿Es que pretende castigarme por haber estado esquivándolo desde anoche?», me planteo.

—¿Dónde? —pregunta al final Alex moviendo los labios sin hacer ningún sonido. «¿Está jugando conmigo?» No, casi puedo sentir el peligro como un aura oscura que le rodea. Habla en serio.

Me estremezco.

Pero ¿es que no le importa que aquel tipo pueda empezar una pelea? O lo que es peor, ¿no será él quien busca pelea? Es obvio que me ha traído aquí de forma deliberada.

Me fijo muy alarmada en que Alex tiene un gesto terco y amenazante en la mirada que no me deja lugar a dudas.

«Dónde», pregunta; está exigiendo un «ahora mismo» o...

—Está bien, Alex. Tú ganas. Sígueme —contesto con resignación, y tiro de él en dirección a las primeras escaleras que encuentro.

Todavía es muy temprano para que haya más personas en esta zona, así que al menos espero que podamos tener algo de intimidad durante un rato.

Abro una de las puertas con brusquedad y él la sostiene para que ambos pasemos. Su amabilidad no me engaña: está disfrutando por haberse salido con la suya.

Como si anunciaran nuestra presencia, se oye un chasquido automático y las luces se encienden. Conduzco a Alex hasta una fila de escalones grises y le obligo a subir detrás de mí. A continuación, compruebo que ahora sí que estamos completamente solos y que podemos hablar.

Más tranquila, pero no lo suficiente, suelto su mano y me cruzo de brazos para enfrentarme a él.

Alex ni siquiera parece un poco afectado.

—¿A qué ha venido eso? —pregunto furiosa, y ni me molesto en pronunciar su nombre. Todavía estoy bastante avergonzada por el modo humillante como me ha coaccionado para poder hablar.

Alex sonrío con una mueca peligrosa y luego se me acerca hasta quedarse a muy pocos centímetros de mí.

—No me intimidas —me defiendo.

No obstante, pongo distancia entre ambos y me pego contra la pared del fondo. Mi gesto no parece suponer ningún problema para Alex, que me mira mientras se mete las manos en los bolsillos con calma.

—Contesta a mi pregunta, por favor —insisto.

—Esa no es realmente la pregunta que quieres hacerme, Rebeca, ¿o sí lo es? —dice con un provocador acento que saca a relucir su parte rusa más sensual y rebelde.

Aprieto los labios con fuerza. Entonces, Alex vuelve a sorprenderme cuando, inesperadamente, alarga un brazo y recorre con la yema del dedo índice mi tensa boca.

Desearía mordérselo para que parase de jugar conmigo y con mis sentimientos, pero no lo hago. Tal vez no quiera realmente que se detenga.

Los ojos de Alex brillan de manera especial al contemplarme; parecen tener

hambre, un deseo casi sediento y animal.

—¿Tengo que besarte de nuevo para que me digas la verdad, Rebeca, como hice aquella vez? —continúa incitándose, al mismo tiempo que desliza toda la palma de la mano por mi mejilla.

El calor de su piel me traspasa como fuego.

Una turbadora llamarada roja cubre mi rostro mientras recuerdo nuestro viaje a la nieve y lo que ocurrió entre nosotros en aquella habitación llena de trastos olvidados: Alex comenzó a besarme sin ningún control, liberando todas las emociones que los dos habíamos contenido con desesperación.

Me falta el aliento.

—La has oído, ¿verdad? —insiste Alex con gravedad, y con ello me hace regresar al presente.

Me fijo en su camisa de cuadros, arrugada por los últimos acontecimientos, y en cómo sube y baja su pecho, pausado pero firme.

—Perdón, Alex... Pero ¿qué se supone que he oído para que reacciones de este modo tan inapropiado? —respondo con cautela, eludiendo la parte importante que a él le interesa.

Los focos iluminan muy tenuemente; ensombrecen los rasgos de ambos y producen un ambiente casi místico.

Alex desliza su dedo hacia abajo, sobre mi labio inferior, y lo presiona un instante antes de soltarlo.

—Toda la conversación que mantuve con Elisa anoche —dice sin ningún disimulo, directo al grano.

El aire se me escapa de los pulmones y me quedo paralizada.

—¿No quieres preguntarme nada o es que tienes miedo de saber la verdad? —continúa Alex, casi hasta enfadado.

Nunca lo he visto tan molesto, excepto aquella vez que le dio un golpe a Miguel.

Sin duda, esto es muy importante para él.

Me quedo callada, pero no evito el contacto visual con él y tampoco impido que siga tocándose con la mano. También Alex se ha quedado quieto y en silencio, lo que no me deja mucho tiempo para pensar mi respuesta.

Al final, suelto lo único que puedo decir:

—¿Quién eres realmente, Alex?

Justo cuando va a responder, me pongo de puntillas y lo beso, llevada por un impulso del corazón. Así devuelvo las palabras que iba a pronunciar a su sitio, y estas quedan encerradas dentro de él.

A los pocos segundos, me echo hacia atrás, pero todavía mantengo mis manos sobre su pecho. Siento a través de ellas lo desconcertado que está por mi reacción.

—Con independencia de tu nombre, solo necesito que seas sincero en una cosa. —Hago una pausa para captar toda su atención—. Dime: ¿el Alex auténtico es el que yo he conocido estas semanas? ¿El que estuvo a mi lado cuando me rompieron el

corazón? ¿El que me ha dicho que yo le gustaba sin importarle mis sudaderas o lo que llevara? ¿El que anoche me pintó aquella preciosa mariposa en el estómago? —le pregunto hasta quedarme sin aire.

Estoy mareada y sorprendida por lo que acabo de decir.

Alex no responde todavía. Está enjugando mi cara. Es entonces cuando descubro que me caen lágrimas por la barbilla, que serpentean por mi cuello hasta desaparecer.

Ni siquiera me había percatado de que estaba llorando, pero él sí.

—Alex —susurro.

De pronto, me estrecha entre sus brazos con pasión, hundiéndome en él como algo necesario para respirar.

—Contigo siempre he sido yo, Rebeca —me dice, y me planta un beso en la nuca—. Tú representas las alas que me liberan. Esa es toda y mi única verdad.

Me agarro de su camisa con fuerza.

—Gracias —murmuro sobre la tela blanca que le cubre el pecho. El aroma de Alex está impreso en ella como un sedante tranquilizador—. Gracias por ser sincero conmigo al menos en esto —repito.

Alex me separa despacio los brazos y después alza mi rostro hacia él, de modo que me quedo mirándolo atentamente. A continuación, se inclina sobre mí.

Cierro los párpados y siento con un estremecimiento que primero me besa uno de ellos y luego el otro con suma delicadeza. Después traza una curva bajo mis ojos con los pulgares para eliminar el maquillaje que se me ha corrido; termina de limpiarme con su camisa, sin preocuparse por si quedan manchas en ella.

—Quiero contártelo todo, Beca —murmura justo antes de fundir su boca con la mía y dejar que el deseo contenido de ambos se libere como una descarga eléctrica que nos envuelve y nos aproxima hasta que ni tan siquiera queda espacio para un suspiro entre los dos.

Me alzo sobre los pies y le rodeo el cuello con los brazos tanto como puedo, sintiendo cómo su lengua juega con la mía ardientemente. Un emocionante cosquilleo recorre mi paladar al notar su frío *piercing* y eleva mis sentimientos hacia lo más alto: hacia el cielo, las estrellas y las nubes.

Alex me abraza de nuevo. Luego comienza a separarse, lo que me da tiempo para tomar aire y tranquilizar el intenso latido de mi corazón, que amenaza con desbocarse.

—Ve al trabajo y estudia todo lo que necesites para los exámenes, mi musa, pero no olvides que no puedes seguir retrasando nuestra conversación —dice Alex suavemente, pero con firmeza. Es una advertencia.

Me remuevo inquieta.

—No creo que ahora mismo me quede aliento para concentrarme en algo —bromeo, riéndome por el agotamiento que siento.

Alex, a diferencia de lo que hubiera hecho otras veces, no se ríe. En cambio, me coge la cara entre las manos y me da un leve apretón con ellas.

Poco a poco, me relajo.

—Tómate tu tiempo. Pero no tardes, Rebeca. —Hace una pausa y se humedece el labio inferior. Yo pestañeo rápido—. No vuelvas a esconderte más de mí. Dime todo lo que sientes y juntos encontraremos la mejor solución. ¿De acuerdo? —continúa, y busca con sus ojos mi asentimiento.

—De acuerdo —acepto al fin.

Esta vez Alex sonrío, y luego cierra nuestro pacto con un tierno beso sobre mi boca.

Unos minutos más tarde, regresamos juntos a la entrada del edificio, donde Marta me está esperando con una expresión de zombi.

—¿Marta? —digo para captar su atención. Al verme, se pone de pie enseguida y da un largo bostezo.

—Y bien, ¿ya habéis hecho marranadas y habéis firmado la paz? —pregunta entrecomillando la frase y dando una connotación descaradamente sexual a sus palabras.

Avergonzada, me aclaro la garganta. A mi lado, Alex suelta una carcajada y se muestra encantado. Presiona mi cintura y no me suelta.

—¡Marta! —exclamo llamándole la atención en un tono cariñoso, y también me echo a reír.

Para evitar que mi amiga siga escarbando más en lo que hemos hecho o no, trato de despedirme rápidamente de Alex. Antes de separarnos, ambos compartimos una profunda mirada que difumina todo nuestro entorno.

Poco después, Marta y yo salimos afuera y nos enfrentamos con el frío aire matutino, pero no hablamos. Estoy ensimismada y sigo dándole vueltas a mi conversación con Alex.

Antes de alcanzar la acera opuesta para entrar en la boca del metro, vuelvo la vista hacia atrás llevada por un presentimiento y descubro a Sara y Sofía, que salen juntas de uno de los accesos del hospital.

Aturdida por lo que todo ello significa, me quedo parada en medio del cruce y hago oídos sordos a la advertencia del pitido que emite el semáforo.

Capítulo 6

BECA



Después de descubrir a Sara y Sofía saliendo del hospital, la mañana ha pasado más rápida de lo que esperaba. Ahora ya son las siete de la tarde, y he estado estudiando sin parar prácticamente hasta la llamada de Marta.

Por suerte, no he tenido mucho tiempo para pensar en mi relación con Alex o en lo que Sofía y Sara están tramando con tanto cuidado.

—Tía, te digo que esa arpía va a aprovechar la más mínima oportunidad para meterlo en la habitación roja —asegura Marta con vehemencia—. Tienes que librarte de ella. Los tíos no tienen amigas, créeme.

Me imagino a Alex atado a una cama, y subida encima de él, a Elisa, que viste un escandaloso traje de enfermera y sostiene un látigo en el aire. Esta imagen llena todos mis pensamientos.

Horrorizada, sacudo la cabeza y la hundo en la almohada como un avestruz haría bajo tierra.

—¡Oh, déjalo ya, Marta! —la regaño.

—No hablo en broma, tía. Mira lo que intentó hacer esa lagartona en el hospital en cuanto tú no estabas presente. A saber lo que...

—¡Marta! —le advierto más alto de lo que pretendo. Me quedo callada un momento, escuchando los ruidos de fondo. Cuando ha pasado un tiempo relativamente seguro, continúo—: Tía, ¿qué película acabas de ver? ¿*Cincuenta Sombras de Grey*? —exclamo nerviosa, y paso la página de mi libro de filosofía. Echo un vistazo inquieto a la puerta y me río un poco para calmar los ánimos—. Lo siento, no quería gritarte... Dentro de poco voy a tener que dejarte —digo bajando de nuevo la vista hasta el libro; me queda poco más de un párrafo para memorizar.

—¿Está tu madre cerca? ¿Por eso no puedes hablar más? —pregunta de pronto Marta en tono cómplice.

—Marta..., estoy en casa estudiando, y tú también deberías hacer lo mismo. ¿No suspendiste los últimos exámenes?

—Bah, ¡tonterías! Al monje ese le contaré un cuento y listo.

—Eso no va a ser suficiente —le advierto.

—La filosofía es vida, y yo tengo mucho de eso —dice Marta tan seria que casi creo que está pensándolo de verdad.

La puerta se abre y me veo obligada a colgar abruptamente el teléfono.

Mi madre y mi hermano Diego se asoman.

—¿Cómo vas?

—Bien —contesto de forma automática, y dejo el móvil a buen recaudo, bajo los apuntes.

Mi madre me estudia la cara con intención y frunce el ceño, preocupada.

—Haz un descanso, hija —sugiere.

«No sospecha nada», pienso aliviada.

—Claro, en un rato —respondo dando un bostezo, y luego los miro a ambos con curiosidad—. Creí que ya os habíais ido.

Mi madre se vuelve hacia Diego y le aprieta cariñosamente del hombro. Él me mira a mí, pero no dice nada.

—Tu hermano se ha olvidado otra vez del abrigo, pero ahora lo cogeremos y nos marcharemos de nuevo. Te dejamos completamente sola en casa. —Se queda callada unos instantes y observa de manera reprobatoria el desorden que he provocado en mi habitación mientras estudiaba—. Te he dejado un trozo de pastel de zanahoria en la mesa de la cocina —me avisa—. Cómelo y después sigue estudiando, ¿vale, Beca?

—Vale. Gracias, mamá —contesto—. Pasadlo bien.

La puerta se cierra. Con un suspiro de resignación, termino por darme por vencida y rezo con todas mis fuerzas para que mañana, en el examen, me toque Marx y no santo Tomás.

Distraída, me llevo el lápiz hasta la nariz mientras mi diabólica mente vuelve a imaginar algunas situaciones escandalosas que pueden darse entre Alex y Elisa: él está disfrazado de atractivo doctor y ella, de frágil paciente, y lo abraza con lágrimas en los ojos, expresando todo su agradecimiento por cuidarla. Cuando me quiero dar cuenta, descubro que he mordisqueado demasiado el lápiz y tengo la boca llena de astillas de color negro y amarillo.

Gimo con repelús y empiezo a escupir los restos sobre la palma de mi mano antes de que me los trague. Parezco un bebé que vomita puré de verduras.

Asqueada, cojo un pañuelo y acabo de limpiarme.

De fondo, oigo que mi madre se despide justo en ese momento; está anunciando que se va al cine con mis tres hermanos más pequeños para ver una nueva película de animación que ha estrenado Disney.

Aprovecho que me he quedado sola para recoger un poco las cosas de clase que he dejado esparcidas en el dormitorio. Luego decido ir a lavarme los dientes y tomar una ducha.

Apresuradamente, descarto ponerme el pijama y selecciono un sencillo conjunto de lencería suave y de color claro del cajón inferior del armario. Al mismo tiempo, bailo «EIO», de Lucy Paradise.

Sin dejar de moverme al ritmo de la música, cojo el móvil y busco la canción para que siga sonando en el baño. Luego me enjuago la boca.

Con calma, empiezo a ducharme, pero cuando voy a lavarme el pelo descubro que el champú se ha acabado y que nadie lo ha repuesto.

Cierro el agua y salgo de la ducha para coger otro bote de los armarios. El suelo está resbaladizo y tengo que sujetarme dos veces a la primera superficie que encuentro. Con cuidado, tiro el envase vacío en una papelera de plástico verde que hay en una esquina.

Justo cuando estoy regresando a la ducha, me quedo completamente paralizada porque me parece haber oído que alguien llamaba a la puerta de casa.

Deprisa, escurro como mejor puedo mi cabello y me envuelvo con una toalla blanca a la altura de mi pecho.

—¡Ya voy! —grito, y resoplo por la inoportunidad de la visita—. ¿Qué se te ha olvidado esta vez, Diego? —pregunto mientras abro la puerta con una media sonrisa, pensando divertida en lo olvidadizo que es siempre mi hermano.

Me quedo congelada en el umbral de la puerta. Un intenso escalofrío me recorre la columna vertebral y me pone la piel de gallina.

No, no es Diego.

Alex da un largo silbido de aprobación al verme y me hace enrojecer.

—¿Es mi cumpleaños? —dice fanfarrón mientras me estudia de arriba abajo con una mirada socarrona. Cuando vuelve a dirigir toda su atención a mis ojos, los suyos le brillan enigmáticos—. ¿Puedo entrar? —pregunta al mismo tiempo que mira por detrás de mí con un ligero movimiento de cabeza.

Mi cerebro recibe una sacudida mental al darme cuenta de dos cosas: la primera, que no sé cuándo es el cumpleaños de Alex, y la segunda, que él no es Diego, yo estoy sola en casa y llevo únicamente una toalla por encima para cubrirme de toda la desnudez.

Al ver que no respondo, Alex pasa por la abertura que he dejado entre la puerta y el marco con una expresión divertida.

Automáticamente, cierro la puerta tras él y me quedo observándolo, ensimismada.

—Hola, Alex. No te esperaba —murmuro—. Estaba... Voy a... y... espera... ahora vuelvo —concluyo con torpeza. Aunque no tiene sentido, voy de nuevo hacia el baño, todavía en estado de *shock* por su repentina aparición.

Antes de que pueda dar un paso más, Alex me atrae y rodea mi cintura con sus amplios brazos. Estoy de espaldas a él y mi pecho sobresale algo por encima de la toalla, pero sin llegar a quedar al descubierto. La barbilla de Alex acaba en mi cuello, donde me produce un ardiente hormigueo en la piel que me deja neutralizada unos segundos.

—Hola, mi musa —me susurra con ternura en la oreja.

—Estoy sola —le informo temblorosa cuando noto que su lengua, endurecida por el frío *piercing* de acero, traza una línea sinuosa en la curva que hay entre mi hombro y donde empieza mi cara.

—Lo sé —responde con voz ronca Alex—. Me he cruzado con tu familia abajo

—explica sin mucho interés mientras eróticamente me suelta el aliento detrás de mi oreja—. Te he echado de menos.

Solo han pasado unas veinticuatro horas desde que nos hemos visto por última vez y, en cierta manera, sé lo que quiere decir con esas cinco simples palabras. Llevo todo el día pensando lo mismo.

Siento que por la nariz se me escapa más aire del que logro recuperar y me pongo en tensión a medida que el inconfundible olor de Alex impregna todos mis sentidos. Me resisto a ceder con tanta facilidad a esta sensación de desvanecimiento, a estas burbujas que me hacen flotar en nubes de algodón.

De fondo se oye la música de mi móvil: el estribillo de la canción de Disney que está sonando ahora en la lista de reproducción no ayuda en absoluto a controlar mis emociones disparadas: «bésala», repite.

—Rebeca —canturrea Alex de modo persuasivo a mi oreja.

—Dime —respondo medio hipnotizada por su respiración, mientras me estremezco.

—Creo que no voy a poder cumplir la promesa que le he hecho a tu madre hace unos minutos —dice demasiado rápido y en un tono bajo; no estoy segura de si le he oído bien.

Giro la cabeza.

—¿Qué has di...?

Antes de que pueda terminar mi pregunta, él ya me está alzando sobre su pecho pese a mi pequeño chillido de sorpresa. Luego me conduce hacia mi habitación sin ninguna dificultad, aunque solo ha estado unas pocas veces en casa.

—¡Alex! ¡Que acabo de salir de la ducha! Te voy a empapar —le advierto muy nerviosa para que me baje al suelo, cubierto con una sencilla alfombra gris de pelo corto que perteneció a mi tía abuela y que ahora está demasiado desgastada por el paso de los años.

No consigo que me haga caso.

Los rasgados ojos de Alex centellean con regocijo al verme tan inquieta.

—Podré superarlo —responde burlón. Se ríe en voz baja y me aprieta más contra él cuando me remuevo para que me suelte.

Varias gotas de agua saltan de mi pelo y caen sobre su rostro. Eso no parece importarle ni un ápice. Nada en realidad.

—Estoy muy mojada —insisto con un tono mucho más débil, ensordecida por los enérgicos latidos de mi corazón, que traicionan mis palabras.

—Te aseguro que yo lo estoy más, pero me encanta saber que tú no te quedas atrás, mi musa —dice excitado, y me hace callar con un largo beso que me aniquila por completo.

Álex me retiene con firmeza, pero también con suavidad, e impide que me suelte. Al final, mis manos cobran vida propia y acaban hundiéndose en su suave cabello oscuro, que revuelven aún más.

Todo el pudor que pueda sentir, ha desaparecido. De pronto, estoy dándolo todo, expulsando todas mis dudas e inquietantes sospechas con cada roce.

Alex recibe mi entusiasmo con agrado, casi con desesperación.

Yo también me siento desesperada por acercarme más a él. Me falta el aliento, pero eso no me detiene ni un segundo. A medida que el calor aumenta al sumergirnos en un torbellino de puro instinto salvaje, yo me siento borracha y enloquecida con cada fricción de nuestras manos, nuestros labios, nuestras lenguas.

Me cosquillea todo el cuerpo y la cabeza me da vueltas. Tanto Alex como yo tenemos un pasado, y lo desconocemos todo el uno del otro. Nos queda tanto camino por recorrer... «¿Quién es él? ¿Y quién soy yo?»

En el pasillo, nuestros cuerpos colisionan repetidas veces y con dureza contra las paredes de gotelé, pintadas con un suave color que recuerda a la crema pastelera. En cada uno de esos choques, Alex amortigua los golpes al recibirlos por los dos. Nada parece ser lo bastante fuerte para hacerle daño, y eso me gusta, me gusta mucho.

Marta tiene razón: estoy cambiando, pero no puedo dejar que esto me asuste, todavía no.

A lo lejos, oigo que algo se rompe.

«¡Que no sea la foto de familia colgada de la pared!», ruego. Mi madre me mata, pero... «¡Dios mío, esto es adictivo! No puedo parar», pienso eufórica.

Cuando Alex va apartarse para comprobar lo que ha sucedido, atrapo de nuevo su cara entre mis manos y atraigo toda su atención; con una sonrisa, capturo su labio inferior entre mis dientes.

No, está claro que esto no es lo que haría la antigua Rebeca.

—No importa —murmuro, y vuelvo a besarlo: sabe a regaliz y a lo que más me gusta de todo, a él. La mezcla es excitante.

Alex me dedica una caprichosa sonrisa que muestra la perfecta cascada de sus dientes. Me enloquezco todavía más y mis rebeldes hormonas sobrepasan los límites de la razón.

Estoy tan acelerada que siento que podría volar y tocar las estrellas que iluminan la noche desde lo alto.

Sin darme cuenta, sonrío; apenas soy consciente del momento exacto en el que entramos en mi habitación y Alex me tumba sobre la cama. Entonces comienza a quitarse la camisa y la camiseta juntas, sin dejar de devorarme con los ojos.

Yo también lo devoro.

—¿Vas al gimnasio a menudo? —pregunto al observar, muy acalorada, en su terso abdomen, distribuido en deliciosas chokolatinas. Alex tiene la constitución de alguien que disfruta practicando deporte; la reconozco porque hace tiempo yo también solía salir a correr con otros chicos y chicas.

Alex se inclina sobre mí como un tiburón que evalúa a su presa y tira de la punta de la toalla, que ha estado cubriendo mínimamente mis pechos hasta ahora. Muevo deprisa las manos hasta la tela y la agarro para que no siga apartándola.

Él hace un puchero infantil. Al ver que no funciona conmigo, se retira un poco.

—Hace mucho que no piso un gimnasio —contesta Alex con voz grave.

A continuación dirige una de las manos hacia mi muslo y traza en él formas aparentemente sin sentido, como siempre que está ausente. No obstante, poco a poco me doy cuenta de que, en realidad, lo que dibuja tiene la forma de una «A» mayúscula.

«Esta no es la primera vez que lo hace», recuerdo, y evito fruncir el ceño. Por alguna razón que todavía desconozco, tengo el presentimiento de que esa letra tiene un significado más especial para él de lo que parece.

—Sin embargo, Carlos sí que va bastante, ¿no? —digo haciendo memoria de mis conversaciones con Marta—. ¿Os conocisteis cuando ibas al gimnasio?

Alex entrecierra los ojos al notar mi repentino interés por su amigo. No parece hacerle mucha gracia.

—Sí —contesta escuetamente después de una leve pausa.

A continuación, Alex borra su gesto de desconcierto y vuelve a sonreír. La palma de su mano sube de forma peligrosa por mi pierna y levanta parte de la toalla a medida que se acerca más a mí.

Mi piel hierve bajo su contacto juguetón.

—¿Cómo llegasteis a ser amigos los dos? —pregunto, y él se detiene a medio camino.

Molesto por la interrupción, Alex arruga el puente de la nariz y hace un chasquido con la lengua. Luego se rasca la cabeza y se echa hacia atrás, colocándose de modo que su espalda desnuda y su cabeza quedan apoyadas en la pared.

—¿De verdad tenemos que hablar de esto ahora, Rebeca? —profiere mirándome con desaprobación.

—Solo tenía curiosidad. ¿Estás enfadado? —pregunto con timidez.

—No, no lo estoy —responde Alex de inmediato.

Me pongo de rodillas a su lado; sus palabras no han sonado nada creíbles.

—¿Seguro? —insisto.

—Sí —contesta, pero esta vez no me devuelve la mirada.

Me quedo callada y lo observo preocupada. Entonces, de pronto, Alex se vuelve hacia mí y me roba un beso rápido que me pilla por sorpresa, seguido de otro mucho más lento y exigente. Al principio no reacciono, pero cuando pasa una mano por detrás de mi cintura, provocándome un escalofrío, y otra por mi nuca para hacer que me incline hacia atrás, muy despacio, solo pienso en seguirlo y en sumergirme en sus profundas caricias.

Al final, dejo de preocuparme por la toalla. La boca de Alex está por todas partes: por mi barbilla, por mi cuello, rodeando uno de mis pechos y lanzando llamas a su alrededor hasta que se endurece.

Una de sus manos está entre mis muslos; gimo de placer con solo imaginar lo que va a pasar a continuación. Estoy disfrutando mucho.

Y disfruto... hasta que oigo cerrarse una puerta de golpe y los gritos de mis hermanos llenan la casa.

—¡Mierda! —suelto, y siento como si estuviera a punto de vomitar mi propia alma por el susto.

—Joder... —murmura Alex al unísono.

Esto no puede estar pasando.

—Escóndete —le digo al tiempo que lo empujo hacia un lado y corro a echar el cerrojo dorado de la puerta antes de que Natalia venga.

—Tu madre ya sabe que estoy aquí —comenta Alex, mucho más tranquilo que yo, mientras con una excesiva calma se pasa la camiseta negra por la cabeza.

—Es verdad. Tienes razón —admito, y me dirijo hacia el armario perseguida por una desagradable sensación—. Entonces, quédate aquí. ¿Dónde he metido mi sujetador? ¡Oh, no! Lo he dejado todo en el baño.

«¡Mi madre...!», grita mi subconsciente.

—¿Beca? Esto está... cerrado —dice mi hermana Natalia mientras intenta abrir la puerta—. ¡Déjame entrar! Tengo que contarte algo que ha pasado. Víctor se ha peleado con un señor que me quería dar un osito de peluche. Dijo que era mi papá, pero luego...

En ese momento, me estoy poniendo los vaqueros y me quedo paralizada.

Capítulo 7

BECA



El aire revolotea furioso y cargado en mi pecho. Un sentimiento de intranquilidad me revuelve el estómago y abre las cicatrices que creía cerradas en mi corazón.

Duele...

De pronto, siento muy próxima la presencia de Alex: se encuentra a mi espalda como una sombra, paciente y atento a cada uno de mis torpes movimientos. Él también ha oído a mi hermana y conoce parte de mi agridulce historia familiar por lo que le conté poco después de reencontrarnos.

«¡Dios mío! Esto es bastante duro, más que cuando vi a mi padre en la cocina de casa discutiendo con mi madre», pienso.

Ahora se ha aparecido ante Natalia como en mi pesadilla; ha cumplido con la promesa de regresar, a pesar de que le dejamos muy claro nuestro desinterés por volver a tenerlo cerca.

Y lo que es peor, Víctor lo ha reconocido y se ha peleado con él.

Me paro un momento para atarme el pelo en una coleta alta con una de las gomas de mi muñeca. No quiero ni imaginar lo conmocionado que debe de estar Víctor después de dos años sin tener noticias de nuestro padre.

La sangre se me sube a la cabeza y me llena de un sentimiento nada bueno.

Lo veo todo rojo.

Un mechón de cabello se me sale de la cola y me tapa un lado de mi frente y parte de mi mejilla.

En ese momento, Natalia le da una patadita a la puerta e insiste en que abra, lo que enseguida me saca de mi ensimismamiento.

De lejos oigo también los gritos de mi hermano Víctor, que discute con mi madre. «¡Oh, no, no!» Él nunca le lleva la contraria a ella, y mucho menos le alza la voz.

Trago saliva para tranquilizarme y termino, tan rápido como puedo, de abotonarme el pantalón con los dedos temblorosos. No he contestado aún a mi hermana pequeña.

—¡Voy! —digo en alto para que se calme. Sin embargo, solo consigo que comience a recitar una clara lista de quejas aún más extensa para hacerme saber lo molesta que está conmigo y con los demás de la casa.

«Tengo que afrontar esto cuanto antes», me digo.

Mientras tanto, Alex sigue en silencio, sin hacer ningún comentario burlón acerca de mis intentos de atrasar el enfrentamiento con mi familia ni de la pelea entre Víctor y mi madre. La única prueba de que está detrás de mí procede de sus confiados pasos: Alex se mueve con completa naturalidad por el parqué claro del cuarto, que cruje un poco y recuerda el sonido familiar de una vieja casa llena de vida.

Cuando voy a darme la vuelta para coger una de las camisetas azules que esta mañana he dejado sobre la silla que hay delante del ordenador, Alex aparece dentro de mi campo de visión con ella.

—Levanta los brazos —me ordena con sutileza y con una expresión neutra que no me deja leer sus pensamientos. Me los oculta a propósito para que no me preocupe, pero por dentro sé que todo es apariencia.

Su voz se desliza con una cadencia sedante que afloja en parte la tensión de mi cuerpo, mientras que sus azulados ojos de gato se posan comprensivos y con una enorme intensidad sobre los míos.

Aturdida por la gran cantidad de emociones que me embargan tras ese simple gesto, hago lo que él dice y dejo que me ayude a acabar de vestirme. Mi atención se desvía hacia uno de los botones de su camisa, situado a la altura del estómago.

Alex me pasa la camiseta por los brazos con delicadeza y acariciando mi piel desnuda, primero una manga y luego la otra; se detiene justo en el instante en que la tela me roza mi nariz y me cubre la cara.

Por fortuna, Natalia parece haberse cansado de golpear la puerta. De nuevo, en mi pequeña habitación todo vuelve a girar alrededor de Alex y de mí.

Con la camiseta tapándome la cara, apenas distingo los matices de su rostro varonil cuando se inclina sobre mis labios y su aliento me hace cosquillas a través del tejido. De forma instintiva, alzo la barbilla.

—Estoy contigo —dice muy serio Alex, pero no llega a besarme—. Siempre.

Dicho esto, se aparta hacia atrás muy despacio y termina de pasarme el resto de la camiseta. Durante unos segundos de más, deja sus manos en mi cintura.

—Gracias —murmuro sincera cuando me suelta.

Alex compone una mueca burlona con su boca mortal e irresistible. Su mirada brilla de manera muy especial al observarme.

No puedo olvidar que hace tan solo unos minutos lo he visto con mucha menos ropa, besándome en sitios y partes que...

—¿Por qué? ¿Por desnudarte primero o por vestirme después? —pregunta juguetonamente, con lo que interrumpe mis pensamientos rebeldes. Hace una pausa deliberada y añade con voz ronca—. ¿O tal vez por las dos cosas?

Pestaño y expulso el aire por la boca con una especie de risita y ladeo la boca al escucharlo hablar tan pagado de sí mismo.

Al final, lo aparto a un lado poniendo una mano sobre sus firmes pectorales, pero no sin antes dedicarle una mirada bastante significativa de lo que he querido decir dándole las gracias. Mis dedos, apoyados en su pecho, suben y bajan al ritmo de su

respiración. Excitada, los retiro como si me quemaran.

Él sonrío con presunción.

—No deberías presumir tanto, guaperas —replico, y me dirijo hacia la puerta mucho más serena. Si vuelvo a rozarlo, aunque sea solo un poco, no querré salir jamás de mi habitación.

Retiro el cerrojo con mucho cuidado.

Alex se coloca a mi espalda cuando levanto la mano del picaporte de la puerta. Su atrayente y limpio aroma acude a mis sentidos con energía, y en mi alma se forma una burbuja indestructible que flota muy lejos de mí.

La garganta se me seca.

Me quedo muy quieta mientras noto que las yemas de los dedos de Alex pasan por mi cadera con mucha delicadeza. Luego siguen subiendo sinuosamente por la cintura, al tiempo que arrastran parte de la tela azul de mi camiseta y crean espirales que se esparcen y estallan alrededor de mi ombligo como cohetes.

Mis pulsaciones golpean la coraza de piel humana que las retiene y me conducen cada vez más rápido al precipicio de mi imaginación.

—De nada, Rebeca —dice Alex con voz grave, y luego se separa para adelantarse a abrir la puerta por mí.

Me queda un vacío allá donde él me ha tocado, que al instante barre un frío inexistente, mientras el resto de mi cuerpo sube varios grados de temperatura.

Ardiendo, paso por delante de él.

De repente oigo el sonido inconfundible de una pieza de cristal que se rompe. Muy preocupada y asustada, corro hacia el salón, pero en el pasillo no me encuentro a Natalia, que supongo que debe de haberse escondido en el cuarto de mamá. Cuando entro en la sala, la escena parece haberse congelado ante mis ojos.

Las grandes persianas del único ventanal que hay al fondo están bajadas. En el techo, una lámpara de cristal con flores grabadas ilumina de manera irreal el centro de la estancia, haciendo más oscuros los tonos apagados de la decoración.

A un metro de la puerta, Víctor permanece con los puños apretados y los hombros alzados frente a mi madre. En el suelo, que es como el de mi cuarto, hay un vaso hecho pedazos.

Eso ha sido, sin lugar a dudas, lo que ha causado todo el alboroto que he oído poco antes.

Me quedo asombrada.

—¡Víctor! —lo llamo enfadada, pero él no me responde.

«¿Lo ha tirado él?» Me cuesta creerlo.

Mamá trata de agacharse y recoger los trozos de cristal, pero mi hermano la detiene.

—Lo hago yo, mamá —dice despacio Víctor.

Mamá comienza a llorar, y yo no puedo aguantar más.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunto, y tomo el mando de la situación—. ¿No

deberíais estar viendo una película?

—No ha pasado nada —contesta mamá, que, al ver a Alex a mi lado, se seca los ojos—. Voy a buscar el recogedor —dice, y tras saludar escuetamente a Alex, se marcha en dirección a la cocina.

Aprieto los labios.

—Hola —dice Diego.

Levanto la vista sorprendida al descubrirlo de pie, a mi izquierda, todavía embutido en su anorak azul marino con capucha. Mira primero a Alex con una mezcla de curiosidad y admiración y luego vuelve a centrarse en mí, aunque de vez en cuando echa pequeñas ojeadas hacia él.

Observo preocupada que mi hermano agarra con fuerza su consola portátil. Tiene una mirada tan triste que me deja muy pensativa. Con cariño, le revuelvo el pelo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Diego? —Sin esperar a que conteste, continúo hablando; la respuesta ya es muy obvia—. ¿Por qué no vas a ponerte el pijama? Tengo que hablar un momento con Víctor —añado lo bastante alto como para que el aludido también me oiga.

—Voy con él, con Diego. Es así como te llamas, ¿verdad? —dice Alex dándome un leve apretón en el hombro, que me infunde fuerza.

—Sí —le responde mi hermano pequeño, fascinado por su presencia—. ¿Eres tú ahora el novio de mi hermana?

Alex exhibe una enorme y pícara sonrisa, encantado con la pregunta.

—Sí —admite—. ¡Eh, tío! ¿Eso que llevas tiene Pokemon ahí? —pregunta señalando la consola que sostiene mi hermano, al que trata de igual a igual.

Diego, que parece más tranquilo y mucho más animado, le contesta afirmativamente.

Asiento agradecida con la cabeza cuando Alex me hace un guiño travieso y espero a que se hayan marchado para cerrar la puerta.

Una vez a solas, suelto un suspiro y me coloco de cuclillas al lado de Víctor. En silencio, empiezo a recoger algunos cristales.

Ninguno de los dos deberíamos estar recogiéndonos con la mano; podríamos hacernos daño. Pero ahora mismo es lo que hay. Sé que es la peculiar forma de Víctor para desahogarse.

—Vas a cortarte —le oigo murmurar rudamente al cabo de unos minutos.

Sonrío; un comienzo es un comienzo.

—¿Y tú no?

Se queda callado, pero veo que se lleva los trozos más pequeños y me deja los más grandes para que no pueda herirme.

Mamá está tardando en regresar con la escoba, y puedo imaginarme la razón.

—Piensas que papá y mamá debieron de hacerte de un material mucho más resistente que el mío, ¿eh? —bromeo.

Después de hacer este comentario, me doy cuenta de mi gran error.

Víctor deja de limpiar.

—¿Víctor? —lo llamo e intento tocarlo con mi mano libre—. Lo siento, no quería...

Él se vuelve furioso y esquiva mi caricia. De repente, suelta todos los pedazos de cristal de forma brusca y se pone de pie.

—No tenemos padre, Beca. Solo somos mamá, tú y nosotros —anuncia fuera de sí.

—¡Víctor! —insisto, aún más apenada con sus palabras, llenas de rencor. Arrugo la nariz—. Tú no eres así. Nunca le hablas de ese modo a mamá. ¿Qué es lo que te ocurre hoy? —Hago una pausa para medir intranquila a mi hermano, físicamente tan parecido a mi padre—. Me ha dicho Natalia que os encontrasteis con él. ¿Es verdad?

No he mencionado la palabra «papá», pero no es necesario.

Víctor agacha la cabeza y desvía la mirada.

Me acerco a él y apoyo con delicadeza la palma de la mano sobre su mejilla. Estamos tan próximos que noto lo mucho que ha crecido; ya no es ningún niño, y siento que no se conforma con permanecer en un segundo plano en los problemas familiares.

—¿Estás escondiéndome algo? Se trata de mamá. Es eso, ¿verdad? —pregunto.

Víctor está a punto de romperse. Lo presiento por la manera como todo él tiembla de rabia.

—Ese tipo es una mala persona, Beca —susurra tensando la mandíbula. Su cara se llena de manchas rojas.

—¿Te refieres a nuestro padre? —inquiero cuidadosamente. Oigo el sonido que hace al contener el aire y me detengo. Le doy un tiempo para relajarse—. Vale, no tenemos padre. Lo capto, ¿eh? ¿Más tranquilo? Ahora, cuéntame, Víctor —exijo.

—No puedo —contesta rápido.

Frunzo el ceño.

—¿No puedes? —repito con mucho tiento para evitar enfadarme, aunque la emoción está ahí, esperándome tentadora.

—No —responde mi hermano, que me mira con los ojos enrojecidos.

La puerta se abre en ese momento y, justo cuando entra Natalia con el rostro enfurruñado, me doy la vuelta.

—Está enfadado porque vio a ese señor con otra chica más joven, que no era mamá. Dijo que era un hijo de...

Antes de que yo pueda impedir que siga hablando, Víctor se adelanta y le da un empujón.

—¡Cállate, entrometida! —le grita furioso.

Natalia cae al suelo con sus manitas por delante y se corta con uno de los cristales esparcidos en el suelo.

Mi hermana pequeña observa la sangre de su mano durante un espantoso segundo y luego, con los ojos muy abiertos, se pone a chillar horrorizada. Víctor comprende

de inmediato su error y trata de enmendarlo disculpándose torpemente con ella para calmarla.

Aunque la herida es muy pequeña, Natalia grita bastante alto.

Solo oírla, mamá viene corriendo desde la cocina; tras intuir enseguida lo ocurrido, abofetea a Víctor, que todavía permanece agachado junto a nuestra hermana.

Despacio, este se cubre la zona enrojecida. Parece conmocionado, como si apenas hubiera sentido el golpe.

—¡Mamá! No tenías por qué hacer eso —replico, y me pongo, protectora, detrás de Víctor, al que agarro por los hombros.

—Desaparece de mi vista, Víctor. Hoy me has decepcionado muchísimo —dice con dureza mi madre. A continuación, se agacha junto a mi hermana y se la lleva en brazos hacia el baño.

Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos; por suerte, Alex se ha quedado con Diego para distraerlo.

—No te preocupes, se le pasará —digo para consolarle.

—Tú no sabes nada, así que no te metas —contesta Víctor con una brusquedad que me sorprende.

Hago una mueca de dolor y me contengo para no caer en su juego y soltar una horrible palabrota.

—Han pasado dos años. Es normal que Daniel haya rehecho su vida con otra mujer, ¿no te parece? —digo más para mí misma que para Víctor.

—No, no me parece. Es asqueroso, es un hijo de...

Esta vez soy yo la que le da una sonora torta en la cara. Cuando me echo hacia atrás, me tiembla la mano.

—No vuelvas a hablar así, y mucho menos de esa persona, Víctor.

—Tú también... —murmura mirándome anonadado. Su expresión se tiñe enseguida de un profundo dolor—. ¡No sabes nada, Beca! —grita muy enfadado.

Unos segundos después, sale corriendo del piso en dirección a la calle.

La puerta retumba tras su marcha, y yo solo puedo pensar en lo tarde que se ha hecho y en que él es demasiado joven para andar solo por el barrio de noche.

Las palabras que me ha dicho son prácticamente las mismas que Elisa utilizó en la discoteca para referirse a Alex.

«No sabes nada...»

Un mal presentimiento se me mete en el pecho como un afiliado puñal.

«Lo siento. Lo siento muchísimo, Víctor», me repito una y otra vez, furiosa conmigo misma por haberme dejado llevar por mis propias emociones.

—¡Víctor! —grito, y salgo en su búsqueda.

No voy a perdonarme haberlo pegado.

Detrás, oigo que Alex me llama en voz no muy alta.

Capítulo 8

BECA



«¡Respira!»

«¡Más rápido!», me digo muy inquieta.

El ascensor ya se ha cerrado cuando salgo al pasillo central de nuestra planta, iluminado por los pequeños focos redondos del techo.

Con una sensación de impotencia que me desciende veloz por la espalda, descargo toda mi rabia y frustración golpeando el ascensor con el puño. Me dirijo a las escaleras de mármol negro, muy desgastadas en el centro, y comienzo a saltar los escalones de dos en dos con las zapatillas de andar por casa aún puestas.

Resbalo peligrosamente en varias ocasiones, pero al final logro llegar abajo.

Cuando casi estoy en el soportal, veo a mi hermano salir a la calle. No hay nadie más alrededor. Sin pensármelo dos veces, voy detrás de él y grito su nombre. Al oírme, se detiene y se da la vuelta. Entonces descubro que está llorando.

Es la primera vez, desde que él tenía cinco años, que le veo llorar. Preocupada, me percató de que tiene el pelo negro desaliñado y las orejas rojas. De su boca sale un vaho en forma de pequeñas nubes que ascienden hacia el cielo nocturno y se pierden en la oscuridad.

El corazón se me achica.

Parada en medio del portal del edificio, noto que el viento helado me acaricia dolorosamente los brazos igual que un manto de hielo me quemaría y me erizaría el vello de la piel. Acabo de darme cuenta de que ni siquiera llevo puesto un abrigo. No he tenido tiempo para pensar en coger uno.

Los ojos me pican a causa del frío, pero también por la angustia que estoy sintiendo, que recorre mi cuerpo y me sacude de dentro a fuera.

—No me sigas —me advierte mi hermano con la mirada desencajada.

—¡Por favor, Víctor! —digo al mismo tiempo que me caen las lágrimas por las mejillas.

Inmóvil, me abrazo a mí misma mientras mi pecho sube y baja muy agitado y yo contengo una necesidad imperiosa de echar a correr de nuevo hacia mi hermano.

Víctor me observa desde la acera. Detrás de él, en la calzada, hay unas gruesas líneas pintadas de blanco que indican el paso de peatones; al otro lado, hay un parque con un columpio y dos toboganes; él suele ir allí con Diego y Natalia después de

clase.

—Por favor, perdóname —me disculpo, y camino hacia él muy despacio, a pesar de que hace un momento me ha advertido que no lo hiciera.

—No lo entiendes —grita Víctor, que me da la espalda y comienza a cruzar el paso de cebra.

—Víctor —lo llamo de nuevo con paciencia, y estiro una mano.

Él me ignora.

Cierro los ojos un instante y dejo caer el brazo, con los dedos agarrotados por la tensión.

—Hace dos años dejé de entender muchas cosas, Víctor. De lo único que estoy segura es de lo mucho que os quiero a ti, a mamá, a Diego y a Natalia. Os amo muchísimo y lo daría todo, hasta mi propia vida, para que vosotros fuerais más felices y olvidarais lo que pasó. —Hago una pausa y me seco la humedad de los ojos—. Para que este sufrimiento solo fuera mío —digo muy seria, vertiendo todas mis emociones en la voz—. Me había prometido que no os haría daño y ahora siento que hoy he roto mi promesa de la peor de las formas. Me siento muy mal, Víctor.

Por fin, mi hermano reacciona y me mira por encima del hombro con una aplastante tristeza que me desborda. Ahora ya no parece enfadado: creo que comprende mis palabras, pero todavía no puedo asegurarlo.

—Lo sé. Siento no ser más mayor para ayudaros más a ti y a mamá, Beca. Lo siento mucho —dice cubriéndose la cara con la palma de una mano y pasándose la muñeca con torpeza por debajo de la nariz—. Mierda —murmura agobiado.

Esta vez no lo corrijo por soltar una palabrota y dejo que se desahogue.

«Lo entiendo, y él no se imagina hasta qué punto.»

De pronto, el ruido inconfundible de un motor me hace volver la cabeza hacia la izquierda. Una moto roja circula a gran velocidad y sin las luces puestas. Va directa hacia mi hermano.

—¡Víctor! Apártate —le advierto muy alarmada, y salgo corriendo con el corazón desbocado.

De algún modo me percató de que algo no está bien: la moto parece tener problemas, como si el conductor condujese borracho.

Víctor me mira distraído. No entiende nada, aunque debería haber oído lo mismo que yo.

—Muévete —grito, al tiempo gesticulo para que comprenda mis palabras, pero ya es demasiado tarde.

Justo cuando está a punto de alcanzar a mi hermano, la moto cambia de dirección y apunta a un nuevo objetivo, a mí.

Veo como los ojos de Víctor se abren desorbitados, teñidos por el horror al darse cuenta de lo que en milésimas de segundo va a pasar. La sorpresa, el dolor y, por último, la culpa se reflejan en ellos.

De repente, se enciende una intensa luz que me ciega por completo y me deja

paralizada.

Me tapo la cara instintivamente con los brazos. Noto entonces que algo o alguien se lanza con fuerza sobre mí y con tan inmensa y arrolladora energía que me arranca del suelo salvajemente y me eleva hacia arriba igual que si tuviera alas.

Mi cuerpo cae y cae a cámara lenta.

El momento es fascinante y al mismo tiempo terrorífico.

Mientras tanto, mi coleta me da en los ojos y las puntas se me clavan como un millar de agujas puntiagudas; luego la coleta rebota con energía hacia atrás.

Miles de imágenes sobre mi vida pasan desordenadamente por mi mente durante ese pequeñísimo instante.

En la última, me veo a mí misma y a Alex en el baño de la casona de la tía de Marta, cuando fuimos a esquiar. Acabamos de hablar sobre su hermano y del momento en el que nos encontramos en el aeropuerto por primera vez.

Alex me está contando la historia al revés. Yo le pregunto: «Te marchaste antes de que pudiera despedirme. ¿Por qué?», y él me responde con total seguridad: «Porque no tenía derecho a hacerlo».

Mi corazón late audiblemente. Pum, pum, pum...

Me está rozando los labios con el pulgar mientras me confiesa con una expresión grave y sin asomo alguno de su particular sonrisa juguetona: «Soy un tipo horrible, Beca. No puedo controlar mis sentimientos, pero tampoco puedo entregarte a otro capullo. Si empezamos a salir juntos, no habrá vuelta atrás. No voy a dejarte marchar de nuevo».

—¡No! —chillo volviendo a la realidad—. ¡Alex!

Ha sido él quien me ha apartado del camino de la moto justo a tiempo.

En el momento en el que aterrizamos en el pavimento, oigo un desagradable sonido que vibra por debajo de mí.

«¡Oh, no! ¡No puede ser!»

Alex, que me ha protegido utilizando todo el cuerpo a modo de escudo para amortiguar la caída de ambos, permanece pegado a mi espalda y me rodea fuertemente con sus largos y firmes brazos por la cintura, procurando no hacerme daño.

Me cuesta respirar, pero estoy viva.

«¡Dios mío! Mis pulmones...»

—Alex —lo llamo bajito, primero, y luego repito su nombre más alto—. ¡Alex!

No me contesta. La sangre me fluye como un tren que, marchando a gran velocidad, pierde el control y está a punto de descarriarse de mis venas. Temo lo peor.

Si algo le sucede a él ahora, no sé cómo podré soportarlo.

Oigo un gruñido seguido de un gemido y, por fin, un suspiro.

—Rebeca, ¿estás bien? —me pregunta Alex con voz forzada.

—Sí, no te preocupes por mí —lo tranquilizo enseguida—. ¿Y tú? —indago con mucho tiento. No puedo olvidar el ruido espantoso que he escuchado.

—Soy un desecho de basura —contesta con esfuerzo, pero sin perder el humor—. Creo que vas a tener que reciclarme.

—¡Oh, gracias a Dios, Alex! Me alegro muchísimo de que estés bien —digo dándome la vuelta para mirarlo a los ojos. Le paso las manos por detrás del cuello y lo beso profundamente en los labios—. ¡Gracias a Dios! —repito muy agradecida.

—Yo diría más bien que gracias a mí y a mi trasero reventado —bromea él con ironía, haciendo un gesto de dolor—. Creo que tengo la espalda rota y varias...

Se queda callado cuando me ve llorando de puro alivio.

De inmediato, me ayuda a apoyar la cabeza sobre su hombro y me aprieta más contra él.

No hace falta que compartamos lo que sentimos con palabras para entender el lío de emociones que atenaza nuestras gargantas. Estamos a salvo y es suficiente.

—¿Estáis bien los dos? —oigo que, detrás de nosotros, pregunta muy preocupado mi hermano.

Suena aterrado.

—Todo bien. Tranquilo, Víctor. ¿Y la moto? —pregunta Alex con rabia contenida. Noto que todo su cuerpo se tensa de nuevo bajo el mío mientras espera la respuesta.

—Ha huido —escupe Víctor cabreado.

—Maldita sea —masculla Alex—. Ese desgraciado... ¡Joder!

Levanto la vista y veo, en ese momento, la mueca de dolor que tuerce su boca.

Antes de que pueda decir nada, Víctor acude a mi lado para ayudarme a ponerme de pie mientras Alex se incorpora con el ceño fruncido y se agarra alarmado la muñeca derecha con la mano libre. Parece pensativo y ausente al mismo tiempo.

Sospecho que todo su despliegue de impotencia y enfado no es solo debido a que está furioso por lo sucedido, sino también a que se ha hecho daño y no quiere que me dé cuenta.

De nuevo, veo cómo me está cerrando la puerta del baúl que contiene todos sus sentimientos y recuerdos.

—Alex —empiezo a decir despacio mientras observo todos los extraños movimientos que está haciendo, sobre todo para alguien que dice estar perfectamente—. Deberíamos ir al hospital para que te miraran la mano. Si no recuerdo mal, es la misma que te golpeaste durante nuestra excursión a la nieve —concluyo para no dar más detalles, delante de mi hermano, sobre la pelea que tuvieron Alex y Miguel.

—No es nada, Rebeca. En un rato ya no me molestará —dice rechazando mi propuesta y sin pensárselo ni dos veces.

—Pero... —insisto.

—Eh..., tranquila, musa. No le des más importancia, ¿vale? Me encuentro genial —dice suavizando como la miel el tono de su voz, al tiempo que adopta una postura más relajada y camina hacia mí con naturalidad. Me pasa un brazo por los hombros y, tras mirar a Víctor en busca de su apoyo, continúa hablando—. Vamos a vuestra casa.

Tu madre debe de estar bastante preocupada por vosotros dos.

Nerviosa, me humedezco los labios y lo observo muy fijamente, todavía reacia a creer en sus palabras. Él lo nota y me devuelve la mirada de igual manera, retándome a contradecirlo con una tranquilizadora sonrisa que no le llega a los ojos.

No voy a perder esta batalla. Alex exhibe una fachada de chico duro con una asombrosa habilidad para evitar causar problemas a las personas que le rodean. Se trata de su salud, de la mano que pinta imágenes maravillosas, de la persona que quiero.

Me niego a ceder con tanta facilidad.

—Mira —dice Alex de pronto en tono imperativo.

Para demostrarme que está mucho mejor, mueve cómicamente los dedos delante de mi cara y, como si estuviera haciendo un truco de magia, atrapa la punta de mi nariz entre ellos. De forma instintiva, empujo su antebrazo hacia atrás para liberarme, lo que él aprovecha para robarme un rápido beso cuando me suelta.

Con la mirada busco a mi hermano y me percató de que, mientras estaba distraída, Alex me ha llevado hacia la entrada de nuestro edificio.

De pronto, suena un móvil.

—Es el mío —comenta Alex, al tiempo que lo saca del bolsillo del pecho, y yo ya no puedo protestar más acerca de lo que deberíamos hacer—. ¿Qué pasa, Elisa? —pregunta contestando a la llamada con una expresión seria—. ¿Ahora? Habla más despacio, por favor.

Me invade un profundo desconcierto a medida que lo oigo hablar con Elisa. Algo similar a la ansiedad se apodera de mi rinconcito racional.

No quiero estar celosa, no quiero ser así. Ella necesita apoyo, y Alex es su amigo. Puedo controlarlo, esta emoción solo es pasajera.

«Entonces, ¿por qué te sientes de esa manera?», dice con burla la niña de mi subconsciente sacándome la lengua.

—Voy. No te muevas de donde estás, Elisa. —Escucho que Alex le promete.

Capítulo 9

BECA



El corazón se me oprime en el pecho cuando recuerdo a Alex en mi habitación, besándome con gran pasión y a punto de...

Se me escapa un silbido y me tapo la boca enseguida. Espero que nadie me haya oído en la cafetería, pero todo sigue igual.

Tomo aire aliviada.

«¡Dios mío! ¡Tranquila, Beca!», me calmo.

Me llevo una mano hacia el cuello de la blusa y tiro bastante de él. Poco a poco mis palpitations recuperan su ritmo normal.

Alex y yo deberemos tener más cuidado la próxima vez si no queremos que Natalia entre y nos pille en un momento demasiado íntimo.

Me muerdo el labio inferior conteniendo una risita.

Primero pestañeo una vez muy despacio y luego cierro los ojos con fuerza. Cuento silenciosamente hasta tres y los abro al tiempo que dejo escapar un suspiro de frustración al recordar mi último encuentro cara a cara con Alex.

«Voy. No te muevas de donde estás, Elisa.»

Esas palabras repiquetean en mi cabeza y no me permiten sentirme tranquila del todo.

Mi humor decae al pensarlo.

Ya ha pasado una semana desde que Alex me salvó de ser atropellada y recibió la llamada de Elisa, y aún no he podido verlo ni tocarlo.

Por supuesto, al día siguiente, preocupada por no tener noticias tuyas, lo llamé y le pregunté qué había ocurrido con Elisa. Alex zanjó el asunto explicándome escuetamente que solo había sido una falsa alarma, y no le dio más importancia. Parecía sincero.

Sin embargo, estas falsas alarmas se han repetido en varias ocasiones durante estos días, cada vez que intentamos quedar.

Inesperadamente, mi móvil suena y me saca de mi ensimismamiento. Echo un breve vistazo a la pantalla mientras con una mano sigo colocando los ingredientes sobre la encimera de mármol gris.

Hoy está siendo un día bastante tranquilo en La Abuelita y tengo más tiempo para pensar de lo que me gustaría.

—¿Alex? —pregunto sorprendida y empiezo a esbozar una pequeña sonrisa.

—Hola, musa —contesta con la voz un poco ronca.

Frunzo el ceño. De algún modo me parece notar algo diferente en su tono.

Al girarme, veo que Rosa me está observando: una pareja acaba de entrar en el establecimiento, como han anunciado las campanitas con forma de ángeles dorados que ella ha colgado recientemente en el techo. No voy a poder seguir hablando.

—Hola, Alex... Ahora mismo estoy trabajando. ¿Te importa si hablamos dentro de unos minutos? —le pregunto mordiéndome el labio inferior. Lo cierto es que no quiero dejar de escuchar el acento grave y profundo que pone en cada palabra, y menos después del mal presentimiento que arrastro desde el día en que Elisa cayó desmayada al suelo frente al Florida Night.

—No —contesta al instante.

—Espera, Alex. No cuelgues todavía —le detengo antes de que lo haga.

—Rebeca, ¿va todo bien? —se interesa Alex mucho más serio, como si quisiera decirme algo más. Es evidente que ha notado mi tensión.

—Todo va bien. Ya me quedan menos exámenes —respondo de prisa para ir directa a lo que de verdad me preocupa—. ¿Y tú? ¿Fuiste al final al médico? —pregunto.

—¿Al médico? —contesta Alex confuso. No sé si lo hace a propósito o si de verdad no se acuerda, a pesar de que ya se lo pregunté el otro día.

Resoplo.

—Tu mano, Alex —especifico, y miro nerviosa al mostrador. Los dos clientes están revisando la carta de batidos en esos momentos. Me quedo sin tiempo—. Creo que deberías pedir cita con el doctor. El ruido que oí la otra noche, cuando caímos al suelo, no me gustó.

Él se queda en silencio.

—Un momento, Alex. Ahora vuelvo —digo, y aprovecho para anotar el pedido de la joven pareja cuando veo que me llaman.

Una vez lo he hecho, tomo el teléfono de nuevo con la intención de despedirme, pero descubro que la línea se ha cortado.

Entonces leo un mensaje de Alex:

«Luego te llamo. Ten un buen día, mi musa.»

«¡Perfecto!», pienso.

Acaba de evitar el tema una vez más. Me paso una mano por las cejas, con disgusto.

Gracias a Alex, por una vez en la vida comienzo a sentirme un poco más tranquila por muchos motivos: él siempre está a mi lado para hacerme reír en los momentos precisos, y me ayuda a resolver mis problemas cuando todo se me viene encima y me veo incapaz de enfrentarme a ellos. Pero ¿qué pasa con sus problemas?

Esto no es sano ni para él ni para mí.

Apenas hemos hablado de su pasado o de su familia, y en parte es por mi culpa.

Si al menos supiera cómo apoyarle y mejorar la relación que tiene con sus padres...

Quiero que me deje dar un paso más dentro de su mundo, pero últimamente es demasiado difícil mantener una conversación sincera con él sobre esto.

Entre la repentina reaparición de mi padre en nuestras vidas y que Elisa está como una sombra al acecho y parece oler el momento exacto en el que Alex y yo estamos a punto de quedar, me siento un poco frustrada y atada de pies y manos.

«Tengo que buscar la manera», pienso con los labios apretados.

Extiendo el brazo y cojo unas cuantas fresas de un intenso y brillante color rojo. Son dulces y parecen realmente apetitosas. El aroma me resulta reconfortante y me devuelve a la realidad: tengo que seguir trabajando.

Distraída, retiro las hojas verdes con el cuchillo y las tiro a la papelera que tengo ubicada estratégicamente en el suelo, a mis pies, calzados hoy con unas Converse negras que me compré en una tienda en liquidación.

A mi lado, Rosa habla con una de nuestras clientas habituales sobre la posible remodelación de La Abuelita. Mi jefa quiere darle un estilo más vanguardista al establecimiento, con colores rojos, negros, grises y blancos, una idea con la que no está muy de acuerdo la clienta. Por lo que poco que he podido escuchar, esta se dedica a la decoración de interiores.

Suelto otro suspiro, esta vez mucho más largo, y noto que mi jefa me echa una mirada de reojo preocupada, que enseguida disimula con una sonrisa. Acto seguido, se sumerge de nuevo en su animada charla con la mujer.

Es obvio que sospecha que algo importante me pasa: estos días he cometido algunos errores que no son habituales en mí, como dejarme alguna tarrina de helado fuera o no cerrar con llave las puertas del almacén después de salir.

Estoy agotada y no consigo dormir lo suficiente.

Apenas he pisado mi casa. De hecho, entre el trabajo en el bar y que he estado quedando con Laura y Marta para estudiar en la biblioteca no he tenido mucho tiempo libre. En realidad, quedar con ellas no ha sido de mucha utilidad: no paran de discutir a la mínima oportunidad que surge.

Me paso la muñeca por la sien.

Todavía me duele la cabeza por haber intentado detener el impacto de un estuche que Marta lanzó ayer a modo de proyectil en dirección a Laura, cuando esta hizo un desagradable comentario sobre su relación con Carlos.

Después de cómo acabó todo, tengo serias dudas de si volverán a dejarnos entrar a las tres en el edificio.

Me retiro un molesto mechón de los ojos y me lo coloco detrás de la oreja intentando no pringarme la cara con los dedos.

«Marta sigue sin decir gran cosa, pero es obvio que algo le sucede con Carlos», deduzco.

Me quedo quieta un instante y trato de concentrarme únicamente en lo que han

pedido los dos clientes que estoy atendiendo. Más calmada, me fijo en que el chico es pecoso y lleva la cabeza rapada, mientras que la chica es algo más alta que él y tiene la melena muy rizada y de color negro. La tez de ella brilla con una agradable tonalidad chocolate que me hace pensar en el primer batido que le preparé a Alex.

Con rapidez, troceo las fresas con demasiada energía y las meto en la batidora. A continuación, vierto el resto de los ingredientes dentro del recipiente para acabar de hacer una de las combinaciones estrella de La Abuelita, que solemos recomendar a todas las parejas de enamorados. Aprieto el botón de la batidora mientras fijo la vista en el movimiento giratorio de las aspas, que trituran todo el contenido hasta transformarlo en un espumoso líquido rosado.

En cuanto termino de servirlo en dos copas, Rosa me toca el hombro izquierdo con delicadeza para llamar mi atención.

Antes de que diga nada, comienzo a hablar.

—Por favor, Rosa, ¿podría irme hoy antes de la hora? —pregunto un poco nerviosa.

En lugar de contestarme, Rosa me observa un momento con una expresión pensativa. Luego se gira y comienza doblar trapos.

—¿Rosa? —pregunto de nuevo con mucho tiento.

Sin mirarme, mi jefa agita una mano en el aire para darme el visto bueno. No se me pasa desapercibida la pequeña sonrisa en sus labios que ella disimula.

Agradecida, la abrazo por un lado y le estampo un sonoro beso en la mejilla que la hace reír.

Cuando regreso de los vestuarios, ya cambiada, me dice:

—Descansa y dale saludos de mi parte a Alex, Beca.

Con firmeza, asiento una vez con la cabeza y me despido de ella prometiéndole que lo haré. A continuación, salgo a la calle para dirigirme al estudio de Alex. Apenas he dado un paso cuando de repente, como una avalancha, alguien cae sobre mí y comienza a tirarme de la coleta salvajemente.

La sorpresa es tan fuerte que al principio me quedo paralizada, hasta que descubro que la persona que me está atacando es Elisa.

Trato de quitármela de encima, pero, igual que aquel día de fiesta en el Florida Night, parece haber perdido el control.

—¡Maldita manipuladora! Has arruinado la vida de Alex —escupe furiosa—. ¡Ojalá nunca hubieras aparecido!

Me quedo anonadada ante esa acusación. No entiendo nada. ¿A qué se refiere esta vez?

De pronto, recibo otro tirón de pelo tan doloroso que me hace ver las estrellas; me veo obligada a agarrar a Elisa por las muñecas para que no siga estirando.

—Suéltame, Elisa —digo todavía más enfadada, pero sin alzar la voz.

La sangre me hierve.

La verdad es que soy más baja que ella, pero no por ello menos fuerte.

—Júrame que te vas a ir de su vida —exige fuera de sí.

—Suéltame, Elisa —repito esta vez muy despacio, con los ojos entornados. Ella parece sorprenderse al ver la expresión de mi cara—. Solo así te responderé —concluyo con firmeza.

Dado todo lo que sé de ella, no quiero hacerle daño, pero tiene que calmarse. Estamos llamando demasiado la atención de los transeúntes. Y lo último que necesito es hacerme famosa en YouTube o que cuelguen nuestra foto en las redes sociales y que mi familia se preocupe aún más.

Al final, Elisa cede y yo aprovecho la oportunidad para tomarla del brazo y hacer que nos apartemos de la entrada de La Abuelita, donde Rosa podría vernos. «Si es que no nos ha visto ya», pienso tensa.

—Dime, Elisa, ¿qué ha ocurrido exactamente con Alex? ¿Por qué dices que he arruinado su vida? —pregunto sin dejar de observarla; todavía no me fío de que no vuelva a lanzar otro repentino ataque.

Ella se echa a reír con malicia ladeando la cabeza hacia un lado, como si acabara de contar un gran chiste, y escupe una palabra por lo bajo que no llego a oír. A pesar de ello, me quedo callada y con paciencia espero su respuesta.

—Se ha retirado de la exposición y, sin dar ninguna explicación a nadie, ni siquiera a Carlos, ha pedido los papeles para darse de baja en Bellas Artes —contesta despacio Elisa, con un gesto acusador—. ¿Qué le has hecho, niñaata?

Por un instante, dejo de respirar.

En ese breve lapso de tiempo en el que ambas nos quedamos en absoluto silencio, en la calle, un chico se despide a voces de su amigo y un par de coches se pitan. No queda mucho para que sea mediodía.

Trago saliva.

—¿Cuándo ha ocurrido eso, Elisa? —pregunto de inmediato, ignorando lo último que ha dicho y el ruido de fondo.

—Deberías saberlo. Eres su novia, ¿no? —replica burlona mientras entrecomilla la palabra novia con los dedos.

—No sé de qué estás hablando —respondo con sinceridad.

Mi confusión parece divertirle a Elisa aún más. Veo que esboza una sonrisa de satisfacción en el rostro y luego me mira de arriba abajo con desprecio.

Suelta el aire por la boca con una especie de risilla.

—Claro, al fin y al cabo tú no sabes nada. —Hace una pausa que me eriza el vello—. Él nunca va a confiar en una niñaata como tú tanto como en mí. Después de todo, es el gatito que yo adopté y alimenté. Siempre vamos a estar más unidos que todas las mosquitas muertas que se le presenten delante.

De algún modo, esas palabras cargadas de celos y envidia logran relajarme.

Provocando su desconcierto, sonrío al recordar lo que Marta me dijo una vez:

«El límite de Elisa nunca sobrepasará el de un buen revolcón. Tal vez pueda cantar el himno nacional alrededor de la banderita alzada de algún idiota con picor en

la entrepierna, pero eso es todo. Y ella lo sabe, por eso te tiene envidia. Tú tienes algo muy especial que atrae a los tíos, Beca.»

—Has venido para preguntarme qué pasa, Elisa. Es evidente que tú tampoco sabes nada —declaro, más serena de lo que he estado en toda mi vida, y empiezo a andar, dejándola plantada con la boca abierta.

En cuanto me he alejado un poco y no puede verme, me ajusto el bolso y acelero el ritmo. Ahora que ella no está cerca, vuelvo a preocuparme por lo que pueda estar sucediéndole a Alex.

Inevitablemente, me veo sumergida en el remolino de dudas que crepita en mi interior como una alta llama que va creciendo a cada paso que doy.

Nada más llegar al estudio de Alex, golpeo con suavidad la puerta y espero a que me abra, pero nadie contesta. Luego me fijo en el timbre: está roto. De nuevo, repito la maniobra de llamar con los nudillos, pero sin resultado alguno.

Angustiada, cojo el teléfono y marco su número; está apagado o fuera de cobertura.

«¿Y si cuando me ha llamado antes era para hablarme de lo que le ha ocurrido?», me pregunto todavía más agobiada.

Cuando estoy a punto de llevar el puño otra vez contra la puerta, esta se abre y mi mano se queda en el aire.

Un Alex muy pálido me recibe con una camiseta gris que, pegada al torso por el sudor, abraza todos sus músculos de una forma endiablada. Me agunto un embelesado suspiro y levanto la vista hasta sus ojos: están enrojecidos e hinchados; se han oscurecido tanto que me cuesta ver su maravilloso color azul eléctrico.

Arrugo la nariz con inquietud.

—Alex... —murmuro despacio, y doy un paso hacia delante para ponerle una mano en la frente—. Estás ardiendo.

Él se queda rígido cuando lo toco, pero no se retira.

—Estoy bien —comenta con voz ronca antes de que le diga nada—. La calefacción está demasiado alta. ¿Qué haces aquí?

Una vez que ha terminado de hablar, sus ojos se clavan en los míos con curiosidad. Seguro que no esperaba que fuera a buscarlo, y menos después de su llamada de antes.

Me pongo nerviosa. Lo cierto es que no he pensado en lo que iba a hacer o decir tras verlo.

—Ahora mismo podría freír un huevo en tu cara, así que es obvio que no te encuentras bien, Alex —afirmo, haciendo caso omiso a su pregunta—. ¿Puedo entrar? —pregunto titubeante.

Alex no contesta, y a mí me cuesta imaginar lo que estará pensando. Sin embargo, deja la puerta entreabierta y, dándome la espalda, va hasta el sofá con movimientos extrañamente lentos y pesados para alguien que por lo general es tan ágil. En cuanto llega al sofá, se echa en él y se cubre con varias de mis sudaderas a modo de manta.

No sé si pensar que es la escena más tierna que he podido ver jamás o la más alarmante.

Capítulo 10

BECA



Tal como él me ha dicho, la calefacción está encendida y dentro hace un calor excesivo. No soy una experta en la materia, pero con las pinturas apoyadas en las paredes y la gran cantidad de productos tóxicos que hay diseminados por el lugar, no creo que sea bueno mantener una temperatura tan alta.

La nuca me suda y comienza a picarme, lo que no augura nada bueno.

—¿Tienes frío? —le pregunto al mismo tiempo que entro, todavía con el ligero temor de que cambie de idea y se arrepienta de haberme dejado pasar.

Por si acaso, cierro la puerta detrás de mí y echo el pestillo de nuevo. Luego dejo mis cosas a un lado.

Después de quitarme el abrigo, lanzo un breve vistazo alrededor del estudio tratando de orientarme en la tenue iluminación amarilla. La única luz que hay procede de una lámpara de pie ubicada entre la mesa de trabajo de Alex y el sofá donde él se ha tumbado.

—No —gruñe Alex, a modo de respuesta, con lo que parece más un gemido que una palabra.

Frunzo el ceño y lo analizo poco a poco.

—El estudio huele mucho a aguarrás y apenas hay luz. Tal vez sería bueno que ventilaras un poco —comento mientras arrugo la nariz, tratando de que mi tono de voz sea suave y alegre, algo bastante difícil después de lo sucedido con Elisa hace unos minutos.

—Tal vez —dice Alex casi con otro gruñido y sin demasiado interés, y se recoge aún más entre las sudaderas, haciéndose un ovillo.

«No puedo creer que todavía se resista a ir al médico, pese al estado en que se encuentra», pienso anonada al verlo reaccionar de un modo tan infantil.

Fingiendo una tranquilidad que no siento en absoluto, sorteo algunos obstáculos del suelo hasta llegar al pequeño frigorífico blanco del fondo, ubicado a la derecha de la mesa.

Todo este desorden no es propio de él.

Me aclaro la garganta y fijo toda mi atención en lo que tengo delante.

Asombrada, descubro que, desde mi última visita, ha pintado la nevera: sobre ella se extienden artísticamente unas ramas negras muy finas que trepan por todos los

lados del electrodoméstico y le dan un elegante toque oriental.

Alex se queda en silencio mientras hurgo dentro de la nevera, aunque por el rabillo del ojo lo pillo un par de veces siguiendo cada uno de mis movimientos con interés.

La forma como me mira me provoca un aleteo constante en el estómago que sacude las mariposas de mi interior y las dota de vida.

Me humedezco muy despacio el labio inferior mientras continúo echando una ojeada al frigorífico y discuto conmigo misma cómo me voy a enfrentar con el problema: aparte de tres refrescos y un bocata duro como una piedra, cuyo aspecto y olor a podrido me hacen desconfiar y tener una pequeña arcada, no hay nada más.

Expulso el aire con resignación.

—¿Dónde tienes las llaves del estudio? —me vuelvo hacia él y le pregunto para distraerme.

Los ojos enrojecidos y nublados de Alex se entrecierran y luego se cruzan unos instantes con los míos antes de responder. Es obvio que está esforzándose al máximo para entender lo que acabo de decirle, pero que no quiere demostrar su debilidad.

«¡Maldita sea, Alex! Ni siquiera puedo enfadarme contigo, y menos si te veo así», pienso frustrada.

Inquieta, me fijo en que su rostro está más macilento, si cabe, que cuando me abrió la puerta. A pesar de todo, desprende un aura magnética y poderosa que me envuelve, haciéndome más costosa la tarea de pensar de manera lógica.

—¿Para qué? —pregunta al final, arrastrando las palabras con un marcado y rudo acento.

—Maldito terco —murmuro entre dientes para que no me oiga.

—¿Qué? —dice.

Es evidente que no lo he dicho tan bajo como pensaba. Me muerdo una uña.

Estoy a punto de acusarlo de tener una personalidad bipolar, harta de todos sus cambios de humor y de su obstinación en no ir al médico. Pero, de repente, una bolsa de plástico gris llena de retales llama mi atención y hace que me olvide de todo.

—Joder... —oigo mascullar a Alex.

Frunzo el ceño todavía más, llevada por un mal presentimiento, y doy un decidido paso hacia delante. A continuación, introduzco una mano en la bolsa y compruebo horrorizada mis sospechas: dentro hay montones de retales de lo que reconozco como mis viejas sudaderas, las que le regalé a Alex hace tan solo unos días.

Cierro el puño sobre los restos de las camisetas y decido mantenerme callada, a pesar de la punzada de rabia que siento al verlas destrozadas y convertidas en simples tiras de tela.

—Creo que tendré que hacer algunas compras —digo remarcando cada palabra para que me oiga alto y claro.

Alex asiente con un ruidito sumiso y señala la pared de la entrada, donde hay un gancho con unas llaves colgadas. Evita mirarme directamente, y lo cierto es que es

mejor que no lo haga en estos momentos...

Me acerco, cojo las llaves y me las meto en el bolsillo. Aprovecho el camino para enviar un mensaje a mi madre y que no se preocupe innecesariamente. A continuación, me llevo varios trapos al servicio, de donde regreso cargada con ellos y con una palangana llena de agua a temperatura ambiente. Deposito la palangana junto al sofá donde Alex permanece echado y con los ojos fuertemente cerrados. Procuro no hacer ruido.

«Cuando todo esto pase —me digo—, ya ajustaremos cuentas.»

Molesta, lo examino de cerca, resistiéndome a revolverle todavía más el pelo, con un puño cerrado unos milímetros por encima de su cara, pero al verlo en tal estado de fragilidad se me encoje el alma en el pecho.

Miro con emociones encontradas la pared con las mariposas pintadas que hay encima de él y, de nuevo, bajo la vista hacia Alex.

En lugar de regañarlo, desvío mi atención hacia el nacimiento del cabello, donde entreveo una pequeña zona de rubio ceniza como oro blanco y líquido.

Suspiro, recordando la única vez que pude ver su pelo con su tonalidad original, en el aeropuerto, y deslizo con cuidado las yemas de los dedos por su rostro de elfo, tenso de dolor. Le aparto varios mechones negros como plumas de cuervo de la cara. Hipnotizada, subo más arriba y acaricio sus largas pestañas.

Al instante, Alex frunce la nariz y gira la cabeza a un lado.

El sudor le perla una de las sienes y recorre su mejilla hasta alcanzar su masculina barbilla en uve. Durante una fracción de segundo, esta visión me roba el aliento y provoca que mi enfado se evapore por completo.

Un aroma suyo y personal, entremezclado con olores a regaliz y pintura, se cuela por mis orificios nasales y los dilata.

«Alex, ¿en qué me estás convirtiendo?», pienso para mis adentros.

Pestañeo rápido, furiosa conmigo misma por dejar volar tan rápido mis sentidos, y escondo las alas de mi imaginación en mi cabeza, relegándolas a un pequeño rincón donde ni siquiera Alex puede entrar.

Tratando de concentrarme en lo que iba a hacer desde el principio, remojo varios de los trapos en agua y se los pongo en la frente.

Alex se remueve al notar que lo toco y gime entre sueños.

—Rebeca —balbucea.

—Estoy aquí contigo, Alex —contesto al momento, lo que parece calmarlo durante un rato.

No obstante, pasado un tiempo vuelve a estar muy inquieto y ya ni siquiera nota mi presencia.

Intuyo que tiene fiebre alta, a pesar de no disponer de un termómetro, y que desde luego necesita medicamentos con urgencia.

Decido ser práctica y comienzo a quitarle las sudaderas de encima, pero él se resiste.

De pronto, oigo a Alex murmurar algo que hace que deje de intentar coger una de las prendas, a la que él se ha abrazado con fuerza como un niño pequeño.

—¿Alex? —lo llamo, y le acerco la oreja a sus labios resecos e inflamados. Al no recibir respuesta, me viene a la cabeza una idea—. Eduardo —susurro.

El rostro de Alex se contrae aún más al escuchar aquel nombre, lo que me produce cierto arrepentimiento.

—No te sueltes —dice Alex con voz ronca y mucho más alta, mientras respira con dificultad. Las palabras me hacen cosquillas sobre la piel, erizándome el vello—. Yo puedo hacerlo. Yo puedo hacerlo en tu lugar —repite con más energía, sumido en su pesadilla.

Le tomo el pulso y noto que su corazón late rápido y con intensidad al tiempo que su pecho sube y baja acelerado. Debe de estar recordando algo fuerte de su pasado, tal vez el momento en que su hermano murió mientras ambos estaban escalando, como Carlos nos contó que había sucedido a Marta y a mí en La Abuelita.

Alarmada, pego mi frente a la suya, pero enseguida me aparto sobresaltada.

—¡Dios mío, Alex! ¡Estás más que ardiendo! —tartamudeo muy nerviosa, y me doy prisa en retirar las restantes sudaderas de su cuerpo.

Esta vez no hace nada por impedirlo.

—No me sueltes la mano —musita Alex con desesperación.

De repente, me agarra del antebrazo con su mano derecha.

Sus dedos están húmedos y vendados con una gasa en mal estado que cubre de forma precaria una fea hinchazón. Pese al estado de sus dedos, Alex no tiene problemas para sujetarme y que no pueda moverme a un lado.

—¡Maldita sea, Alex! ¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil para los dos? —salto, cabreada con él y, sobre todo, conmigo misma por no haber insistido más en que fuese al médico.

Supe que algo no iba bien desde el mismo instante en el que desapareció tras la llamada de alarma de Elisa, haciendo caso omiso de mis palabras. Ahora entiendo que me ha estado evitando toda la semana solo para no preocuparme más.

«¡Tengo que hacer algo, y debo hacerlo ya!», me decido.

—Alex —lo llamo en alto y lo zarandeo, pero no hay manera. Está delirando.

—No quiero ir al hospital —balbucea.

—Tranquilo, no irás —digo solo para que se tranquilice.

En estas condiciones y solo contando con mi fuerza, me va a ser imposible levantarlo y llevarlo al hospital, a no ser que recurra a una ambulancia: Alex es como un peso muerto.

Un escalofrío me recorre la espalda al pensarlo.

Enseguida me sacudo esos dañinos pensamientos de la mente y bajo la vista: «Solo tengo una opción», determino mirando hacia el baño y calculando la distancia aproximada que nos separa de él.

Me levanto y voy a por la silla giratoria y con ruedas que hay frente a la mesa

para que me sirva de transporte. Después, la coloco pegada al sofá.

Ahora toca la parte más difícil...

Tras remangarme, me coloco sobre la cintura de Alex con una rodilla a cada lado de sus caderas, sin dejar caer por entero mi peso sobre él; a continuación, me inclino para introducir mis brazos por debajo de sus axilas.

Al final, haciendo palanca con mi cuerpo, tiro de él hacia mí.

Casi estoy sonriendo aliviada cuando, de pronto, su cabeza choca contra la mía; entonces, me clava el mentón en la nuca y tengo que morderme la lengua para no soltar una palabrota bastante fea, pero eso no es todo: al hacer más fuerza para moverlo, todo su peso me derriba hacia atrás y la boca de Alex acaba sobre uno de mis ojos, mientras que su rodilla me presiona entre las piernas, poniendo todos mis sentidos en alerta.

Todo mi interior se encoje con este contacto que va intensificándose por momentos, según él se mueve como en sueños.

—¡Mierda! ¡Dios mío! —balbuceo, incapaz de resistir por más tiempo la tortura.

Por suerte, los dos estamos solos; no tenemos testigos que más adelante puedan recordarnos este vergonzoso episodio.

Me limpio su saliva del ojo y resoplo.

Al mirarlo, me cuesta creer que de verdad él esté tan enfermo como parece. No obstante, el Alex inconsciente gime justo en ese momento, como reafirmando su mal estado de salud y saliendo en su defensa.

«Después, Beca. Después de que lo haya curado y tenga la oportunidad de matarlo con mis propias manos...», me repito como una nana, y trato de serenarme.

Pero es muy difícil tranquilizarse cuando te encuentras absolutamente atrapada bajo el chico que consigue enloquecer tu sistema neurológico e incrementar cien por cien el rendimiento de tu corazón, cuando estás aplastada bajo su torso empapado de sudor y agua, la que yo misma he estado esparciendo pocos minutos antes.

De repente, mi temperatura corporal sube varios grados más y comienzo a sentirme pegajosa.

No tengo escapatoria. Él es al menos dos cabezas más alto que yo. A pesar de ello, tengo una idea.

Cuento hasta tres y ruedo hacia el borde del sofá, con todas mis reservas de energía agotadas; al fin consigo salir de esa turbadora prisión de huesos y carne.

Después de la maniobra, estoy tan agobiada que me cuesta respirar. Por suerte, solo me lleva unos pocos minutos recomponerme y prepararme para empujar a Alex sobre la silla.

El resultado es que sus piernas sobresalen por un lado, mientras que, por el otro, la cabeza y los brazos le cuelgan y se zarandean, pero es lo que hay.

—Será nuestro pequeño secreto —murmuro mientras junto las palmas frente a él, a modo de disculpa. Luego le coloco un mechón rebelde que de nuevo cae hacia delante, y me incorporo.

A continuación, empujo el improvisado transporte hasta el baño. Antes de cruzar el marco de la puerta, giro la silla para evitar dar otro golpe a Alex. No obstante, un nuevo problema se presenta cuando llego a la ducha y descubro que la única manera de meterlo dentro es encargándome de hacerlo yo misma.

La perspectiva me achica el estómago y hace que las piernas me flojeen.

—Rebeca —musita Alex, y yo me sobresalto.

Enseguida me acuclillo frente a él y le cojo el rostro entre las manos. Parece estar recobrando la conciencia.

Suelto un suspiro aliviada.

—Tienes mucha fiebre. ¿Crees que puedes ponerte en pie para entrar en la ducha? —digo mirándole a los ojos. Estos se cierran y se abren agotados, pero no se apartan de mí.

—Creo que puedo intentarlo —concluye Alex con casi una sonrisa burlona de las suyas que acaba en una mueca tirante.

Siento un nudo en la garganta al verlo así.

—¿Te duele mucho la mano? —le pregunto, pendiente de él mientras se sirve del respaldo de la silla y de mi hombro para incorporarse muy despacio.

—Un poco —comenta quitándole importancia, con un gesto despreocupado que no me engaña en absoluto—. Desde aquí puedo yo solo —dice, y me suelta antes de que pueda intervenir para meterse dentro del plato de la ducha.

—¿No vas a quitarte antes la ropa?

Al oírme, Alex se para y me echa una mirada de reojo cargada de ironía.

Al darme cuenta de lo que parece que acabo de insinuar, muevo las manos nerviosa, en un intento de rectificar mis palabras.

—Quiero decir... No pienses mal, puedo marcharme y quedarme al otro lado de la puerta mientras terminas. Si me necesitas, únicamente... —empiezo a explicar de forma atropellada.

—No —me detiene Alex sin siquiera pensárselo y con una firmeza que me sorprende—. Ahora mismo prefiero que estés cerca, donde pueda verte —añade, y va bajando el volumen de voz a medida que habla, debilitado por todo el esfuerzo que hace para sostenerse de pie.

Su inesperada declaración me tranquiliza y me hace sonreír.

—Está bien —acepto.

Alex gira el grifo de agua fría y el chorro le pega aún más la camiseta gris y los pantalones vaqueros a la piel. Todos sus músculos se le marcan hasta que no quedan misterios por cubrir.

Avergonzada, aparto la mirada hacia un cubo con pinceles situado a un lado del grifo, en el lavamanos.

No puedo creer que ahora esté pensando en besarlo y en recorrer sus abdominales con mis manos.

—Joder —oigo maldecir con un gruñido a Alex por detrás de mí, y el hechizo se

rompe—. El agua está condenadamente helada.

Me humedezco los labios y oigo como gira el otro grifo, supongo que el del agua caliente.

Al cabo de un rato, pregunto con calma:

—¿Por qué no me dijiste nada, Alex?

Pasa tanto tiempo sin que él me responda que temo que haya vuelto a perder la conciencia.

—Puedo ocuparme de mis problemas —dice Alex con dureza antes de que me haya dado la vuelta por completo.

—Tienes una mano hinchada. Tus amigos dicen que te has retirado de la exposición y que pretendes dejar la carrera a la mitad. Y ahora, mientras dormías, murmurabas cosas extrañas. Alex, ¿de verdad piensas que me voy a quedar tranquila sabiendo todo esto? Por favor, deja de preocuparte por mí y date cuenta de una vez por todas de que no estás solo.

La boca se me queda seca al terminar de hablar y la garganta me quema, pero esta vez me enfrento a él cara a cara, haciendo caso omiso del lugar en el que nos encontramos y de la situación.

No obstante, no logro estar demasiado tiempo enfadada, pues de pronto descubro a Alex con la cabeza gacha, apoyándose precariamente con su mano buena sobre los azulejos blancos. Todo él está temblando.

De inmediato voy hacia él.

—Alex, ¿estás bien? —me intereso, e intento no dejarme llevar por mis sentimientos descontrolados.

Me pongo delante de él, con las manos en los hombros, y me convierto en su bastón. Entonces se me moja el pelo y la ropa.

Los dos lanzamos un suspiro al mismo tiempo.

Alex me rodea con los brazos y me aprieta más contra él hasta que ya no siento sus escalofríos.

Le oigo musitar débilmente un gracias.

De forma inesperada, Alex sigue hablando, pero ya no corre el agua. Solo cuando Alex termina la primera frase comienzo a comprender que él la ha cerrado y que está revelándome cómo murió su hermano.

—Fue poco después de conocerte en el aeropuerto. Habían pasado casi cuatro meses desde que habíamos cumplido la mayoría de edad, pero en noviembre nuestro padre había estado demasiado liado con sus negocios para celebrarlo con nosotros, así que más tarde se tomó unas pequeñas vacaciones y decidió que los tres hombres de la casa nos iríamos juntos de excursión a la montaña. Nosotros nos emocionamos mucho. Entonces, mi hermano como yo teníamos una apuesta sobre el cambio de nuestros nombres. Debimos de hacerlo jodidamente bien aquel día, porque en ningún momento fuimos descubiertos... —cuenta Alex con tristeza y pura rabia antes de alzar un poco la cabeza y clavar sus hermosos ojos azules en los míos. En tan íntima

conexión deposita muchas emociones juntas que me desbordan por dentro.

Guardo silencio y resisto las ganas de intervenir; me conformo con aproximarme más a él, hasta que no queda espacio entre ambos: el cuerpo de Alex ya no arde como antes y ha dejado de tiritar, pero sigue agradablemente caliente.

—Mi padre iba en medio de los dos contando chistes malos. Luego se adelantó para demostrar que aún era lo suficiente joven para ser más rápido que nosotros. Pero varios metros más arriba nos percatamos de que la cuerda que nos sujetaba a las rocas había ido deshilachándose. —Alex hace una pausa y yo aprovecho para intentar acomodarme y así escucharlo mejor, pero él vuelve a abrir el grifo, aunque no del todo, y el agua comienza a salir más templada.

De los ojos de Alex caen lágrimas que enseguida se mezclan con el resto de las gotas de agua que nos salpican.

—Esta mano por la que tanto te preocupas no pudo aguantar el peso de mi hermano —dice alzando la derecha, aún inflamada, y echándose hacia atrás—. Yo lo maté, Rebeca. Borré toda su existencia.

Pestañeo con sorpresa al escuchar esta afirmación, pero esta vez no me quedo callada, como la primera vez que me contó lo ocurrido con su hermano, sino que cierro el agua, estiro los brazos y atraigo su rostro hacia el mío.

—Pero tu mano también me salvó a mí —replico.

Me quedo en silencio para que recuerde cómo me rescató de aquel agujero que había oculto en la nieve y también cómo me hizo a un lado antes de que me atropellara la moto. Aun así, el brillo que veo en sus ojos me demuestra que no es suficiente.

Tomo una bocanada de aire, decidida a convencerlo de la verdad que él no es capaz de ver.

—Hiciste todo lo que pudiste hasta el último instante. Pasara lo que pasara, esté donde esté tu hermano, él lo sabe y te ha perdonado. Confía en mí, Alex.

Tras decir esto, lo beso profundamente en los labios, llevándome su sabor desesperado conmigo.

—Te quiero, Alex —digo mientras me alejo de él con lágrimas en los ojos—. Gracias por compartir esta parte de tu pasado conmigo. —Me muerdo un lado del labio inferior y sonrío.

Él me observa muy serio durante unos segundos. Poco a poco, su gesto se transforma hasta convertirse en una expresión de pura atracción que me sonroja y me deja aniquilada.

De repente y sin previo aviso, Alex me atrae hacia él lleno de una energía que no sé de dónde proviene y me provoca un estallido que recorre mi piel al reconocer su presencia.

Un calor familiar me traspasa cuando siento cómo mi instinto despierta al recibir la caricia apasionada de su boca sobre la mía, y luego sobre mi clavícula.

En poco tiempo, la ropa acaba molestándonos e intentamos quitárnosla mientras

nos movemos con torpeza, llevados por el deseo de acabar lo más unidos posible sin caernos, pero eso no supone un problema demasiado grande para Alex, que continúa tocándome por todos los lugares que me hacen ruborizar.

En algún momento, el agua vuelve a caer sobre los dos y atiza nuestra necesidad de encajar más que dos polos opuestos, más que dos piezas de puzle perdidas.

De repente, noto que Alex roza con su lengua uno de mis pechos y que lo muerde por encima de la tela.

Al instante, me estremezco y suelto un gemido por la inmensa sensación que experimento.

Él es como una droga, una adicción que nunca acaba y de la que quiero más. Infinitamente más.

—Te quiero, Rebeca.

Capítulo 11

BECA



Inspiro hondo, y soñolienta busco el contacto de Alex a mi lado, pero al estirar los dedos solo siento un completo vacío en el lugar donde debería estar él.

Se ha ido.

Desorientada, me incorporo un poco y trato de abrir los ojos. La fuerte luz proveniente del techo me hace lloriquear, pero tengo los ojos tan cerrados por el agotamiento que apenas logro ver unas ligeras sombras.

Me enjugo las lágrimas y doy un largo bostezo, que es interrumpido por el súbito ruido de un pequeño chasquido procedente del exterior.

Todos mis pensamientos se evaporan como la brisa que revuelve el pelo y se va, y todas las alarmas de mi cuerpo saltan.

—¿Alex? Alex, ¿eres tú?

La puerta termina de abrirse y un delicioso aroma a sopa invade el ambiente, lo que provoca que mis tripas rujan de manera indiscriminada y que me desvele por completo. De forma instintiva, me toco los labios: todavía siento en ellos la calidez del último beso de Alex.

Me los relamo y respiro hondo.

Tengo hambre.

Me vuelvo por completo hacia donde proviene el ruido y observo el buen aspecto de Alex; no deja de asombrarme su rápida recuperación.

Antes de hablar, él me repasa de arriba abajo con un fuerte deseo; esto hace que me percate de inmediato de que debe de haber algo en mí fuera de lo normal.

Miro hacia abajo y, acalorada, descubro que solo llevo una de mis viejas sudaderas, además de unos calcetines blancos de deporte que no llegan a cubrirme los tobillos.

«El resto de la ropa está colgada en el baño», recuerdo.

Debido a la improvisada ducha, he terminado demasiado mojada para ponérmela de nuevo; únicamente me he quedado con la muda interior puesta.

Sumida en un extraño trance, rememoro el momento en el que Alex y yo estábamos juntos mientras el agua caía como una cascada sobre nuestras cabezas: aún puedo sentir tan real la proximidad de su cuerpo húmedo y todavía vestido que un estallido de fuego tiñe mis mejillas.

Abrumada, tiro de la tela de mi sudadera hacia mis muslos desnudos, buscando el modo de calmarme, mientras deseo que entre todos los secretos que esconde Alex no esté el de poder leerme el pensamiento, como hacía el personaje vampiro de una saga de libros para adolescentes que leí hace unos años.

—Eh..., sí, soy yo —responde Alex despacio y en un tono grave; entre tanto, no deja de analizarme enigmáticamente, con un brillo especial en los ojos que hace que mi corazón palpite más rápido—. Ya estás despierta —comenta más como una afirmación que como una pregunta.

Trato de decir algo inteligente o al menos de moverme para asentir, pero hoy han pasado tantas cosas importantes entre nosotros que no sé cómo reaccionar.

Mi mente vuelve una y otra vez al instante en el que vi cómo sus lágrimas se le deslizaban por la cara. No obstante, como siempre es Alex el que logra abrir esa brecha con enorme facilidad, comportándose con su habitual despreocupación y como si nada hubiera sucedido.

Me guiña un ojo con descaro y me hace enrojecer todavía más.

De forma automática, me cubro las piernas con la manta que él me ha puesto por encima antes de marcharse y me pongo de pie.

Llena de curiosidad, me fijo en que Alex ha regresado cargado. Él nota mi interés y continúa hablando.

—Te has quedado dormida en el sofá, así que he aprovechado para ir a buscar la cena al restaurante chino de al lado —explica Alex con tranquilidad, alzando unas bolsas en lo alto mientras cierra la puerta del estudio con un puntapié rápido—. ¿Te gusta o prefieres...?

—¡Me encanta! —salto de inmediato con una gran sonrisa de placer.

Él me mira complacido, disfrutando de la expresión de mi cara de enorme felicidad.

Me muerdo el interior de un moflete algo cohibida y fijo toda mi atención en él, que avanza con pasos seguros y llenos de vitalidad hacia el centro del estudio.

—Se supone que deberías ser tú quien estuviera descansando —replico al tiempo que estudio preocupada su mano vendada.

Alex sigue la dirección de mi mirada y me sonrío justo en ese instante como un niño travieso que sabe que va a ser perdonado, lo que hace que se le marque el *sexy* hoyuelo de la barbilla que tan pocas veces tengo la oportunidad de apreciar.

Me agunto un suspiro de frustración e intento mantener una postura firme.

—Ya me encuentro mucho mejor —asegura mientras deja las bolsas sobre una mesa plegable que antes no estaba ahí en medio. Intuyo que debe de haberla sacado junto a la otra silla de una sala que siempre mantiene misteriosamente cerrada con candado.

Me paso un mechón tras la oreja y él sigue el movimiento con los ojos, absorbiendo mi gesto con la mirada.

Incómoda, me aclaro la garganta. De pronto me siento totalmente inexperta; no

puedo evitar percibir cada detalle de lo que ocurre entre nosotros como si con él todo sucediera por primera vez.

—De todos modos, deberías tomarte algo para la inflamación, Alex —insisto, y me levanto y voy a buscar un sobre de los que tomo cuando la regla es muy dolorosa.

Abro el bolso y regreso con el medicamento.

Alex observa ceñudo la palma derecha, que mantengo abierta, pero aun así agarra el sobre y se lo toma tras verterlo en un vaso con agua.

Una vez que ha acabado de ingerirlo de un solo trago, me sonrío burlón.

—¿Contenta?

Ignoro su pregunta y echo un vistazo en la primera bolsa que pillo de las que ha traído. Al instante, siento que mi boca se hace agua.

Alex se coloca por detrás de mí y me abraza la cintura; luego me atrae hacia él con ganas de jugar y terminar lo que antes dejamos a medias.

—Rencorosa —musita en mi oreja.

Sus dientes se deslizan por la piel de mi oreja y me producen escalofríos.

Cuando ya me he calmado un poco, ladeo la cabeza y lo miro.

La vista de Alex baja hasta mis labios y se cierne sobre ellos durante unos segundos de más, y yo me veo obligada a apartar la mirada de inmediato para no hundirme en el profundo y vibrante abismo de sus ojos.

Ahora que sé por qué Alex se considera culpable de la muerte de su hermano gemelo, no puedo evitar preguntarme la razón de que haya decidido alejarse tanto de su familia desde entonces.

—¿Qué has comprado? —me intereso, y saco varios recipientes redondos de plástico blanco, que deposito sobre la mesa, junto a dos parejas de palillos chinos.

Alex suelta una risita sarcástica, pero no dice nada sobre mi esquivo comportamiento.

En cambio, la mano buena de Alex se cuela por debajo de mi camiseta y comienza a acariciar mi estómago produciéndome un agradable cosquilleo.

De pronto, la manta que tenía sujeta a la cintura se me desliza por las piernas hasta caer a mis pies. No tengo que pensar mucho para localizar al culpable de lo ocurrido.

—Alex... —comienzo a regañarlo. Él me interrumpe hábilmente respondiendo a mi anterior pregunta.

—Un poco de todo: cerdo agridulce, pan chino... —A medida que enuncia cada plato, la caricia de sus dedos va ascendiendo hasta rozar mi sujetador—. Y también rollitos de primavera... —Me suelta el pecho con delicadeza y desciende de nuevo en una larga S sorteando mi ombligo, hasta alcanzar mi sexo, donde introduce despacio dos dedos a pesar de que trato de impedirselo. Él me hace callar con un susurro en otro idioma y vuelve a acariciarme siguiendo la melodía de mi cuerpo: pone cada acorde en su lugar y hace que me tense y me estire una y otra vez hasta que dejo de resistirme y doy paso al placer. Aprieto los bordes de la mesa y permito que Alex

cargue con casi todo mi peso—. Y *tempura* de verduras, tallarines fritos con... ternera, pollo con... almendras. —La voz de Alex se endurece según se excita, y pronto noto su erección clavada en mi trasero mientras él sigue empujando en el centro de mi deseo. Las palabras dejan de tener sentido y todo se convierte en claros gemidos que hacen que mis piernas tiemblen como flanes—. Ensalada china...

Trago saliva mientras las pulsaciones de mi corazón adoptan un ritmo frenético. Solo por un instante me permito disfrutar de ese maravilloso roce y del delicado camino de besos que Alex traza desde mi sien hasta mi hombro, el cual desnuda tirando del cuello de la sudadera hacia un lado.

No puedo creer que estemos haciendo todo esto de pie.

—¡Oh, Dios mío, Alex! —digo en medio de una exhalación cuando de pronto me siento arquearme por el cúmulo de sensaciones y estoy a punto de perderme.

Un sudor caliente se expande por mis muslos y por todas las articulaciones a medida me va barriando una ola de placer tras otra, hasta que ya no queda nada de mí. Detrás, Alex, que continúa haciéndose cargo de mí, me sujeta con el otro brazo sobre el pecho. Su respiración todavía suena entrecortada.

Al terminar, me quedo unos segundos echada sobre él con los ojos cerrados. Después me retiro con cuidado para mirarlo frente a frente mientras alzo un par de palillos chinos entre nosotros a modo de escudo.

—¿Y cómo se supone que vas a comer con esto? —me burlo, y me echo a reír.

Alex apaga mi última carcajada con sus labios y me impulsa varios centímetros hacia atrás. Los palillos dejan de existir y a lo lejos oigo el ruido que hacen al caer sobre alguna superficie.

Todo mi interior se retuerce para acogerlo en lo más profundo, con más intimidad. Nuestras lenguas chocan incandescentes y se debaten la una con la otra, fundiéndose entre sí como llamas salvajes que arrasan cada hálito de aire hasta dejarme sin resuello.

Para no caerme, paso mis manos por detrás del cuello de Alex y él me aprieta más fuerte hasta que casi noto que me levanta por el trasero y hace que me siente sobre la mesa, que de inmediato empieza a balancearse peligrosamente.

Mis dedos revuelven el suave cabello de Alex y mi pecho se lanza hacia delante para cerrar todos los huecos existentes.

Al final, es Alex el primero en apartarse, aunque solo un poco, lo que me permite llenar de nuevo mis débiles pulmones de oxígeno.

—¿Qué te parece comer con esto? —sugiere con voz ronca y afectada señalando con su boca la mía.

Aunque mantiene una pequeña distancia, su aliento me produce sutilmente un hormigueo por mi piel, que se convierte rápido en expectación.

La carne se me pone de gallina y los hombros se me agarrotan. Tengo que hacer un gran esfuerzo para recordar su pregunta.

Resoplo.

—Aunque la comida me encanta, alimentarte como si fueras un polluelo me parece bastante asqueroso, ¿no crees, chico duro? —digo al fin, mientras entre risas lo empujo hacia atrás; a continuación recojo la manta del suelo para volvérmela a anudar sobre las caderas. Si seguimos así, jamás lograremos ponernos lo suficientemente serios para hablar. Mis tripas vuelven a rugir, así que voy a lavarme las manos y regreso—. ¿Comemos? Tengo mucha hambre —digo con una expresión que espero que sea lo bastante convincente.

—Yo también, pero parece que no de lo mismo que tú —se burla Alex con cierto pesar juguetón, y también va a lavarse las manos.

Me doy la vuelta y escondo una sonrisa antes de abrir uno de los recipientes y picar lo que hay dentro. Luego comienzo a engullir la comida como si no hubiera probado nada en meses.

Alex llama mi atención chasqueando la lengua y riéndose de mi apetito voraz. Ya ha vuelto del baño y puedo notar que todavía no se ha saciado.

—¡Eh, musa! Deja también algo de espacio para el postre... —bromea pasando por detrás—, al menos para mí —añade, y me da un suave azote que casi logra que me atragante.

Luego me pasa un vaso del refresco y se sienta al otro lado de la mesa, sin dejar de observarme con una expresión divertida en la cara mientras come con los dedos un trozo crujiente y dorado de pan chino.

—¿Has vuelto a saber algo de tu padre? —me pregunta de repente.

Dejo de aspirar el tallarín que tengo entre los palillos y mi boca y levanto la vista sorprendida. Hasta ahora Alex nunca se había interesado tan directamente por mi familia.

Mi apetito decae un poco pensando en la respuesta.

—No, desde aquella noche no ha vuelto a intentar acercarse a nosotros, ni tampoco la mujer que iba con él. Pero mi madre apenas habla, y la casa se ha vuelto más silenciosa que de costumbre. Creo que Víctor sabe algo que yo no sé —confieso frustrada—, pero ni él ni mi madre quieren hablar sobre ello. Ni siquiera sé si yo quiero escarbar más en este tema; lo último que deseo es hacerlos sufrir.

Alex asiente despacio y toma un trago de su cerveza. Una gota le cae por una de las comisuras de los labios.

Sin poder resistirme, me levanto de mi asiento y aprovecho la oportunidad para pasar mi índice por sus labios y limpiarlos.

Cuando estoy a punto de regresar a mi sitio, él retiene mi mano y me besa el dorso. El calor de su caricia se me extiende por toda la palma y hace innecesarias las palabras para comprender que Alex me está diciendo que siempre estará a mi lado para apoyarme.

Dejo a un lado las preocupaciones sobre mis hermanos y la amante de mi padre y cómo puede haber afectado a mi madre verlos juntos e intento desviar la conversación hacia él.

—¿Y tú? Desde que vimos a tu padre con Sofía en el centro comercial, ¿has vuelto a hablar con él? Vuestra relación parecía... —trato de buscar la palabra correcta para describirla con delicadeza— complicada —concluyo mirándole de reojo, y me tomo un pequeño trozo de carne acompañado con pimienta.

Alex no me contesta, y eso me impulsa a seguir hablando.

—¿Tiene esto que ver con que en realidad no seas Alex sino...? —digo, y enseguida me detengo como si me hubiera quedado muda.

De repente, noto como todas las facciones de Alex se tensan.

—¡Eh, musa! ¿Por qué tienes miedo a continuar lo que has empezado? —dice con una sonrisa hueca que no le llega a los ojos.

Trago saliva. He hecho algo mal, pero no sé exactamente el qué. Me quedo en silencio.

—Prometiste que no ibas a esconderte conmigo —me recuerda, en referencia a la promesa que le hice más de una semana atrás en las escaleras del hospital—. Sin embargo, vuelves a reprimirte. ¿No sientes curiosidad por saber toda la verdad de mi propia boca? —sigue diciendo.

Sin perderme de vista, da un nuevo trago a su cerveza y deposita con calma la lata sobre la mesa.

Sé que quiere que le pregunte, pero no sé si estoy preparada para afrontar la realidad sobre Alex.

Despacio, dejo los palillos junto a mi plato de plástico y me decido.

Solo hay un camino posible para abrir la puerta que Alex siempre ha dejado cerrada, y ahora mismo él me está lanzando la primera llave. Si no la cojo en estos momentos, no sé si volverá a ofrecérmela de nuevo.

Pestañeo y entreabro la boca; percibo lo importante que es este instante para ambos, en especial para él.

—¿Cuándo dejaste de ser Eduardo y te convertiste en Alex?

Las palabras salen solas a través de mis labios antes de que pueda pensarlas mejor, pero ya no hay vuelta atrás y tampoco existe la posibilidad de tragármelas.

Alex me sonrío satisfecho, y de repente pienso en *Alicia en el País de las Maravillas* y en que cuando Alicia vio la sonrisa del gato no debió de sentirse muy diferente a como yo me siento ahora.

Estoy emocionada, pero también muy nerviosa. Casi puedo oír cómo esa llave imaginaria encaja a la perfección en el cerrojo y comienza a girar.

Expectante, observo que Alex se vuelve un poco hacia atrás para sacarse el móvil del bolsillo y teclear algo que no llego a ver. En cuanto termina, me lo pasa, un gesto que me deja del todo desconcertada: en la pantalla se ve un mensaje de su padre, y Alex me está invitando a que lo lea.

Capítulo 12

ALEX



Los grandes ojos de color avellana de Rebeca me observan reticentes, y luego descienden hasta la pantalla de mi móvil una vez más.

Se encoje de hombros y arruga el ceño. Está perpleja, pero es demasiado correcta para admitirlo.

Todos los gestos que hace tratando de comprender lo que está leyendo resultan tan inocentes y expresivos que sé lo que está pensando sin necesidad de que lo diga con palabras.

No tiene ni puta idea. Es obvio... No me sorprende por que no sepa ruso. Contaba con ello. En cualquier caso, eso no es lo importante.

Rebeca resopla como quien está haciendo tiempo para salir de un gran apuro y no encuentra el modo.

En ese instante, tengo que hacer un gran esfuerzo para no reírme a carcajadas agarrado de la barriga.

¡Cuánto me gustaría tirar de ella hasta sentarla en mi regazo! Y, sobre todo, acabar lo que dejamos a medias mientras le susurro a la oreja algunas nociones básicas de mi idioma paterno, pero sé que no es el momento.

Me humedezco los labios, me quedo muy quieto y decido no hacer el primer movimiento aún. Antes quiero escuchar su suave y comedida voz y ver cómo pierde la vergüenza.

Me gustaría ver cómo se lanza cuando está conmigo: es una parte de ella que sé que muchas veces esconde a los demás, pero desearía que dejase de pensar en mis sentimientos o en los de otras personas y que por fin se abriera por completo al mundo tal como es. No obstante, no es una tarea fácil: con cada segundo que pasa, me impaciento más.

¡Maldita sea! Si supiera lo que deseo hacer con esos labios carnosos y rojos como cerezas, saldría huyendo como alma que lleva el diablo y no querría volver a saber nada más de mí. Quizá esto fuera bastante mejor que dejar que se meta en esta porquería. La estoy poniendo en peligro.

Pero ya es demasiado tarde: en el momento en que me acerqué a ella en el aparcamiento del Florida Night y le hablé, ya la convertí, sin quererlo ni pretenderlo, en cómplice de esta historia.

¡Ojalá mi relación con ella pudiera ser de otro modo! Sin embargo, mi pasado es una bomba de relojería, como también lo es mi presente y tal vez lo sea, hasta mi último día, mi futuro.

Oigo una nueva exhalación de aire. Creo que me he quedado cavilando demasiado tiempo.

Beca comienza a ponerse roja.

—Alex..., perdona, pero, en serio, no entiendo ni una pizca de lo que pone aquí. ¿Está escrito en ruso?

«¡Por fin!», pienso, y sonrío.

—Sí —contesto.

—Entonces, ¿me estás tomando el pelo? Si es así, no le encuentro ninguna gracia.

—Rebeca hace una pausa y me mira molesta—. ¿Por qué te ríes?

—¡Eh! ¿Es eso lo único que ves? ¿Que está escrito en ruso? —la reto achicando los ojos al tiempo que acerco un poco más mi rostro al de ella.

¡Vaya! Huele genial de verdad.

Rebeca se encoje, pero no se aleja y tampoco responde.

Sin darme cuenta, cierro los ojos para sumirme en ese aroma a brisa de mar, a fresas y a algo definitivamente suyo que me vuelve loco e imprevisible.

No poder adelantar el ritmo de todos los acontecimientos hace que me sienta igual que si estuviera a un solo paso de poner mis dedos sobre un arcoíris y, al aproximarme, este huyera de mí. Ella me hace sentir así, como si nunca pudiera alcanzarla del todo.

Esta tortura me está matando.

Quiero tocarla y besarla al mismo tiempo, robarle un gemido tras otro con mi boca y abrazarla hasta convertirme en las raíces de su alma. ¡Mierda! Me siento como un puto acosador y un perverso.

De repente, noto un aguijón de dolor que deja mi cuerpo rígido y sin aire. Despacio, me llevo una mano a la frente sin emitir ningún ruido; todavía estoy un poco mareado por la fiebre, pero estoy seguro de que solo es algo pasajero. Rebeca no tiene por qué saberlo.

—Alex, de verdad que lo intento, pero ¿no me puedes dar alguna pista? —pide mientras deja el móvil en la mesa y cruza los brazos.

—Venga, musa —la animo—. Puedes hacerlo mucho mejor —digo estirando la mano que no tengo hinchada para enrollar un dedo en uno de los mechones sueltos de su cabello.

Algo dentro de mí grita de alivio al hacerlo.

De repente, Rebeca alza la barbilla y aparta con su dedo índice el mío igual que si estuviéramos en un combate de esgrima.

—No me lo pongas más difícil. Así no puedo concentrarme, Alex —me regaña. A pesar de ello, no suena enfadada.

Me río en voz baja y me echo hacia atrás para cederle el espacio que me ha

pedido. Después, agarro la lata de cerveza casi vacía y la hago rodar sobre su base en la mesa sin ninguna intención.

Con la cabeza algo inclinada, Rebeca alza la vista una vez más hacia mí y lanza un suspiro de resignación.

—¿Qué? —pregunto levantando el mentón y sin emitir ningún ruido, solo moviendo los labios.

Rebeca pone los ojos en blanco y pasa de mí, lo que me provoca una carcajada.

Al recolocarse en su asiento, parte de su pelo castaño vuelve a caerle como una brillante cascada sobre uno de los hombros y cubre su perfil izquierdo igual que una cortina.

No creo que todavía sea consciente de lo atrapado que me tiene con cada mirada, palabra, caricia...

Incapaz de resistirme, alzo una mano para apartarle la melena como antes, pero ella es más rápida y, con un gesto instintivo, se la recoloca detrás.

Me río por lo bajo y ella me hace callar con un leve soplido entre dientes.

Está tan concentrada en la pantalla del móvil que toda su cara se arruga casi tanto como la del shar pei de mi madre.

De repente, empiezo a preguntarme si el chucho que mi madre compró en China seguirá vivo y tan ridículamente mimado como siempre. Nunca le tuve demasiado cariño; perdí muchas de mis deportivas favoritas gracias a él, pero... Oigo la voz de Rebeca y de inmediato la imagen familiar se desvanece de mi mente.

—Creo que acaba de llegarte un mensaje de Carlos. ¿Quieres que lo abra? —se ofrece.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral, a la vez que un mal presentimiento viene a mi cabeza.

¡Mierda, no!

Al instante, le arrebató el móvil de las manos y elimino la imagen de una despampanante tía en *topless* que Carlos y yo conocimos el verano pasado, en vacaciones. Voy a cagarme sobre ese idiota en cuanto lo pille.

Ya le he dicho muchas veces que pare de mandarme esta basura.

—Alex, ¿qué era? ¿Ha sucedido algo? Te has puesto todo rojo —se interesa Rebeca, e intenta ver lo que, tan rápido como puedo, estoy haciendo con el teclado.

«Voy a esparcir cucarachas entre las sábanas de este imbécil», pienso acelerado.

—*Spam* —respondo con una sonrisa despreocupada que nada tiene que ver con la adrenalina que me recorre sin control todo el cuerpo.

Pongo cara de póquer y le doy de nuevo el teléfono a Rebeca como si nada hubiese ocurrido.

Ella me observa no muy convencida, pero enseguida vuelve a prestar atención a lo que tiene delante.

«Ha faltado poco», pienso, y me aguanto las ganas de soltar un silbido.

—El mensaje es de tu padre y tiene fecha de hace más de dos años —señala de

pronto Rebeca en ese tono práctico que tanto le gusta utilizar. Luego se queda en silencio y noto que el pulso de la mano le tiembla un poco. Aprieto el labio superior contra el inferior. Quizá ya lo ha descubierto, quizá...—. Es del mismo día que nos vimos por primera vez, ¿cierto? —concluye despacio, estudiando mi rostro.

Asiento y espero a que siga hablando.

«Ese mensaje fue el primero que recibí de mi padre después de cambiarle el móvil a mi hermano», recuerdo con igual rabia y tristeza.

Intento distraerme volcando de nuevo mi interés en Rebeca: parece conmovida y preocupada.

Tengo la sospecha de que está pensando en todo lo que sucedió cuando nos conocimos en el aeropuerto y que lo analiza con detalle.

Yo también lo hago, y no puedo evitar sentirme nostálgico, por mucho que me odie por todo lo que ocurrió después. No creo que ni ella misma sepa hasta qué punto se ha convertido en una pieza esencial de mi vida.

—¿Con esto quieres decirme que fue aquel día cuando tu hermano y tú comenzasteis a intercambiaros los nombres? ¿Por qué? —inquire Beca. Me quedo callado, y eso solo hace incrementar más sus sospechas—. Alex..., dime la verdad: ¿el motivo por el que lo hicisteis tenía algo que ver conmigo y con el tipo aquel al que tiré el café encima?

Una vez que ha acabado de hablar, Rebeca me mira y se muerde el labio inferior con inquietud, dejando una marca blanca alrededor. De pronto se levanta, se inclina hacia delante sobre la mesa, en mi dirección, extiende las manos y tira de las mangas de mi camisa con energía.

No me muevo; no puedo. Estoy paralizado por su sola presencia.

—Por favor, no me mientas, Alex —suplica con toda la cara en tensión—. ¿Fue por mi culpa lo que te sucedió?

Capítulo 13

ALEX



(PARTE 2: desde el punto de vista de Alex)

Rebeca está demasiado cerca. Me cuesta pensar, incluso respirar.

La saliva se me espesa en la boca y comienzo a ponerme furioso por lo que acaba de decir.

¡Maldita sea! Quiero contárselo todo, zarandearla por los brazos hasta que retire lo que ha dicho, pero ni siquiera sé por dónde debería empezar. Me resulta tan frustrante...

En estos momentos estoy muy cabreado conmigo mismo.

—¿Qué dices, Rebeca? ¿Tu culpa? No vuelvas a mencionarlo delante de mí, ¿de acuerdo? —le advierto con más dureza de lo que había pretendido—. Fue solo un estúpido e inmaduro juego entre mi hermano y yo. Nunca debí dejarme llevar. —Hago una pausa—. Tal vez no debería haberte contado nada de esto —murmuro a pesar del dolor que veo en su rostro.

«Estoy siendo muy egoísta», pienso, pero la verdad es el único camino para estar juntos. Antes de ir más lejos, necesito ser sincero con ella.

Retiro poco a poco sus manos y me levanto de la silla. No puedo aguantar más esto. Me siento como un gilipollas.

Le doy la espalda a Rebeca y voy hasta la mesa de trabajo, donde clavo con los puños un contundente golpe.

He hablado demasiado.

Ahora mismo, necesito tener cualquier cosa entre los dedos, algo que calme el temblor que los recorre.

De pronto siento mucho calor y tengo que apoyarme para no tambalearme. No estoy recuperado del todo, pero no puedo dejar que ella me vea así.

—Alex...

Aprieto la mandíbula con fuerza al escuchar este nombre que ahora me suena más vacío y sin sentido que nunca.

—Alex. Aquel día no borraste la existencia de tu hermano, sino la tuya.

Las inesperadas palabras de Rebeca hacen que me vuelva hacia ella.

—Tienes que hablar sobre esto con tus padres. No puedes seguir cargando siempre tú solo con esta responsabilidad tan grande.

—Acabo de contártelo a ti —replico enfadado.

«Y ya me estoy arrepintiendo», pienso.

Me siento como si fuera un toro en mitad de una plaza que se ha de enfrentar a una multitud de toreros con la capa extendida, y lo veo todo rojo. No hay ninguna salida.

—Sabes que no es suficiente, Alex. No para ti.

—Te llevaré a casa —digo, dando por zanjado el asunto.

—Todavía no hemos acabado de hablar —insiste Rebeca, y avanza firme un paso hacia delante.

Le esquivo la mirada.

—Yo sí —respondo cortante, y voy a buscar su ropa al baño. Ella me sigue, decidida a no rendirse todavía.

«No me sigas», suplico para mí mismo.

—Pero yo no, Alex. Mírame, por favor —me pide Rebeca de tal modo que termino girándome para cumplir con su deseo.

Aquel par de ojos brillantes y emocionados son el detonante que no quería llegar a ver.

Rebeca traga saliva y vacila, al notar en mi cara lo que está burbujeando como lava dentro de mí.

—Está bien, Alex. No insistiré más —balbucea nerviosa, y a continuación me quita su ropa de las manos con brusquedad y comienza a vestirse de forma atropellada.

Miro hacia otro lado y, al final, incapaz de decir nada más, me marcho a esperarla sentado en el sofá.

En cuanto nos separan unos metros de distancia, hundo la cabeza en medio de las rodillas y me la aprieto con las manos. La jaqueca que me invade es tan fuerte e intensa que tengo que morderme los labios para acallar cualquier gemido que pueda alertar a Rebeca.

—¡Joder! Ahora no —mascullo con lágrimas en los ojos.

La oigo caminar; me levanto de golpe y voy hacia la puerta.

—Puedo ir yo sola —dice Rebeca—. El metro no está muy lejos de aquí.

No contesto. Cojo las llaves del gancho de la pared y cierro la mano con ellas dentro hasta que noto cómo se me clavan en la piel.

El dolor de cabeza remite un poco, lo suficiente como para que pueda abrir la puerta y salir a la calle sin caer al suelo desfallecido.

Al instante, un golpe de aire frío barre mi cara y todo mi cuerpo se relaja como siempre que el viento helado quema mi piel.

—¿Tienes que ser tan cabezota en todo? —pregunta Rebeca mientras pasa a mi lado, claramente ofendida por mi comportamiento.

Cierro la puerta. Prefiero que me odie a verla sufrir más por mi causa.

Sonrío con una mueca torcida.

—Quiero acompañarte —digo, y persuasivo deslizo mi brazo por su estrecha cintura, de modo que caminamos juntos. Mi corazón se calma con ella al lado.

Rebeca me mira de refilón, con ironía, y al final se ríe.

—Está bien, pero prométeme que irás al médico a que te examine esa mano. Sigue bastante hinchada —dice cogiéndome de los dedos para estudiarlos.

Me agunto un gruñido, pero una nueva punzada de dolor me asalta de forma inesperada en ese momento y me detengo.

—¿Vas a seguir negándote a ir al médico? —dice sorprendida, y vuelve a poner mala cara al no interpretar bien mi reacción.

Para no perder el equilibrio, la abrazo. A pesar de que ella intenta resistirse un poco al principio, termina dejando que la atraiga hacia mi pecho.

«Solo unos segundos», prometo.

—Si esto continúa así, vas a tener un globo por mano —la oigo refunfuñar.

—Si eso ocurre, musa, te dejaré montar en mi globo y te llevaré hasta las estrellas —bromeo.

Mi voz sale tensa y ronca por lo seca que tengo en la garganta. Por suerte, Rebeca no parece haberse percatado de nada.

—No necesitas un globo para hacerme volar, Alex —dice, e inesperadamente se pone de puntillas y me besa a un lado de la barbilla.

Ese gesto tan espontáneo me hace estremecer, pero intento mantener mi rostro impassible. Me inclino sobre ella y acaricio la punta de su nariz con la mía. Cuando estoy a punto de besarla, me lo pienso mejor y me retiro.

No me encuentro en mi mejor momento.

—Debe de ser tarde —comento a regañadientes, y compruebo la hora en el reloj de pulsera que llevo a la muñeca—. Vamos, musa.

Rebeca no me ha presionado más sobre mi decisión de abandonar la exposición y la carrera. Le estoy agradecido por ello, pero no puedo evitar preocuparme. ¿Quién será el imbécil que le ha ido con el cuento? Si ha sido de nuevo Carlos...

—¿Y qué pasa con el médico? —pregunta de repente Rebeca.

—Mañana, lo prometo —le digo para tranquilizarla mientras bajamos las escaleras del metro.

No tardamos mucho en llegar a su casa. Cuando se presenta el momento de despedirnos, nos quedamos en silencio.

—Alex, ¿de verdad no quieres subir un rato? Podemos ver la televisión y...

—¿... y pasar la noche calentitos en tu cama? —bromeo, aunque nada me gustaría más que hacerlo y fundirme con ella hasta el final.

Rebeca se muestra deliciosamente avergonzada y me golpea con suavidad en el pecho. Me echo a reír, pero me detengo al notar otro pinchazo de dolor en la cabeza.

—Sabes que mi madre se volvería loca. Todavía piensa que sigo siendo..., bueno,

ya sabes.

—¿Virgen? —la ayudo.

Ella vuelve a darme otro golpecito en el mismo sitio, pero esta vez lo esquivo a tiempo.

—¡Eh! Solo quería echarte una mano —me quejo.

—Querrás decir meterme mano, Alex —replica ella con burla.

Entre tanto, juego con el *piercing* de mi lengua y disfruto de cada palabra suya.

—¿Cuándo aprendiste a hablar de ese modo tan atrevido, pequeña?

—Desde que tengo un buen maestro. Desde que te conocí a ti —añade, y hunde un dedo en mi abdomen, que se me endurece.

«No me importa sufrir este insoportable dolor de cabeza una y otra vez si con ello puedo seguir sintiendo esta intensa conexión con Rebeca», decido desesperado.

De pronto, algo oscuro y poderoso me sacude. Se adueña de todo mi cuerpo y hace que me mueva rápido, sin pensar.

Atraigo a Rebeca con mi antebrazo derecho, que apoyo en la parte baja de su espalda. Lo siguiente que sucede solo se puede describir como un *tsunami* que asciende generando un caos desde la punta de los pies hasta la cabeza. Al mismo tiempo, el *tsunami* me produce una corriente eléctrica que me despierta y me excita hasta poner todos mis músculos en tensión. Me inclino hacia Rebeca y sus labios buscan los míos. Cuando me tocan, siento que por todas partes estallan fuegos artificiales, incluso por partes que yo mismo desconocía tener.

El contacto es puro fuego, inundación, avalancha.

«¡Esto es jodidamente bueno!», pienso mientras descubro que mi lengua forma el equipo perfecto con la de ella: se pone dura en los sitios correctos, se hunde hasta el fondo y lame cada recoveco de su boca hasta que escucho a Rebeca gemir mi nombre tras un velo de respiración entrecortada.

Ella sabe a sal, a salsa china y a algo peligrosamente adictivo que me pone a cien.

Empujo a Rebeca contra el cristal del portal. Para no hacerle daño, atenúo el choque con mi brazo. Luego apoyo mi mano buena y busco la mejor posición para sentirla más adentro, más húmeda, más caliente.

Ella me responde con la misma intensidad: conduce mis caderas contra las suyas y levanta parte de mi camiseta. En vez de la tela, siento las yemas de sus dedos; están frías, pero me gusta el contraste y noto que me enciendo entre las piernas como nunca antes me ha ocurrido con otra chica. «¡Maldita sea, si continúa tocándome de este modo, puede que se lo haga todo aquí mismo!», pienso.

—Rebeca —gruño cuando veo que ladea la cabeza y me ofrece su delicado cuello.

Me echo un momento hacia atrás y recojo su preciosa cabellera con la mano izquierda, sin dejar de esparcir besos por una de las comisuras de su boca. Luego serpenteo haciendo presión con mi *piercing* hasta su mandíbula, donde me contengo hasta que me quedo satisfecho al escuchar como ella expresa su placer.

Cuando le lamo y le mordisqueo la frágil piel de su cuello, Rebeca da un pequeño saltito. Preocupado por si he sido demasiado brusco, retrocedo un poco. Entonces ella introduce las manos en los bolsillos traseros de mi pantalón y me empuja más hacia su cuerpo, manteniéndome prisionero de su calidez.

—Estoy bien —dice con un hilo de voz ronca—. Sigue —pide. Suenan atractivamente persuasiva.

El corazón me martillea en el pecho.

«La deseo demasiado», pienso, y le doy un pequeño y juguetón tirón en el pelo que hace que Rebeca hunda sus uñas en mi culo, poniéndome más caliente de lo que ya estoy.

Tengo que parar antes de que cruce la línea...

—Estos chicos de hoy en día ya no se cortan ni en público —oímos decir a alguien escandalizado a nuestras espaldas.

Salgo del trance. No me importaría prolongar más esta sensación y continuar dando un espectáculo, pero tengo que pensar en la reputación de Rebeca. Ella puede salir perjudicada si la ve alguien que pase por la calle.

Le doy un último beso, que ralentizo todo lo que puedo, y me aparto, aún sobresaltado por el cúmulo de emociones que me embargan. Dejo caer la melena de Rebeca de nuevo sobre sus hombros y trato de peinarla un poco.

—¡Pareces cansado, chico duro! —me susurra ella sobre mis labios, rozándolos con su cálido aliento. Luego deja apoyada la palma de la mano sobre mi mejilla izquierda.

Suelto una carcajada al ver su confiada sonrisa.

«¡Y tan duro!», pienso, devorándola con los ojos. Sus pupilas brillan delicadamente en la noche y la mitad de su rostro está en penumbra.

—¿Parezco cansado? Tal vez debería comenzar a usar una de esas raras mascarillas faciales que utilizáis las chicas —me burlo.

Ella sonríe.

—Yo no uso esas cosas —protesta haciéndose la ofendida.

—Claro, claro —concedo mientras me río en voz baja.

—¡Eh! Lo digo en serio —asegura.

Entonces deslizo mi dedo índice desde su entrecejo hasta la punta de su nariz y presiono con la yema. Rebeca sacude la cabeza y también se echa a reír.

De pronto nos quedamos en silencio, como al principio. Mi expresión es seria. Ha llegado el momento.

—Buenas noches, Rebeca —digo despacio.

—Buenas noches, Alex —se despide ella dándome un pequeño beso en la mejilla. La sigo hambriento con la mirada mientras cruza el umbral del portal.

—Buenas noches..., por ahora, mi musa —digo tan bajo que ella no llega a oírme.

Me doy la vuelta para regresar a la residencia, y entonces ocurre algo.

Noto que un objeto sólido me golpea por detrás y caigo de rodillas. Estoy mareado y la vista se me está enturbiando.

Apenas oigo los chillidos de Rebeca, que trata de ayudarme.

—No te acerques —le advierto con un esfuerzo sobrehumano que me deja faltar de energías.

Si algo le sucede por mi culpa, entonces yo moriré de verdad.

—¡No! Dejadlo en paz —oigo, antes de perder el conocimiento, que ella dice llorando.

Mi último pensamiento se lo dedico a Rebeca.

«Lo siento, musa.»

Capítulo 14

BECA



El corazón me late desbocado.

No he podido hacer nada para ayudarlo mientras aquellos tipos vestidos de negro se lo llevaban a la fuerza. Ni siquiera Alex ha tenido el tiempo suficiente para defenderse.

«¡Oh, Dios mío, Dios mío!», pienso mientras las lágrimas me caen por las mejillas.

Con los dedos temblorosos, marco en el móvil el número de la policía.

Al instante, me contesta una voz, y yo trato de responder a todas las preguntas que me plantea.

—Por favor, respire hondo y tranquilícese para que podamos atenderla lo mejor posible. ¿Puede repetirme ahora en qué lugar se ha dado el supuesto secuestro? —pregunta la mujer.

—No ha sido un supuesto secuestro. Ha sido muy real: aquellos hombres lo han metido en un coche negro después de dejarlo inconsciente de un golpe en la cabeza —replico, incapaz de controlar mis sentimientos.

Sé que la policía no tiene la culpa de lo ocurrido, pero ya le he dicho todo lo que sé más de tres veces. Me siento tan frustrada.

—¿Ha intentado contactar con la familia o con alguno de sus amigos? En muchas despedidas de solteros...

Me tiro del pelo con la mano libre. No me puedo creer que ahora la mujer me esté hablando de despedidas de solteros.

—Escuche bien: él es mi novio y puedo asegurarle que no vamos a casarnos por el momento.

La mujer vuelve a explicarse con un tono más suave, y yo procuro calmarme para así poder repetirle toda la información, pero es como si estuviese hablando en chino. Impaciente por la lentitud de la policía en tomar todos los datos, empiezo a pensar en el modo de contactar con la familia de Alex; entonces me acuerdo de que todavía guardo la tarjeta que me dio su tía.

En cuanto cuelgo el teléfono, marco el número de Sofía y le explico a ella lo sucedido.

—Has hecho bien en llamarme, Beca. Ahora, no te muevas de donde estás. En

unos veinte minutos estaré allí —ordena, y corta la llamada.

Tras secarme las lágrimas, subo corriendo hasta mi casa. Para no asustar a mi madre, tomo la precaución de decirle que voy a quedarme en el piso de Marta para hacer un trabajo de clase; por si acaso, le envío un mensaje a mi amiga advirtiéndoselo para que me cubra.

—Está bien, hija. Pero ¿no quieres cenar algo antes? —sugiere mi madre preocupada—. Tienes la cara hinchada.

—Ya he cenado, mamá. Tranquila, solo es el cansancio —respondo esbozando una débil sonrisa, con la que espero que no sospeche.

A continuación, me encierro en el cuarto. Por el rabillo del ojo, observo que Natalia se ha echado en mi cama.

Deprisa, vacío mi mochila y la lleno con un neceser y algo de ropa para pasar la noche, por si acaso. Luego voy a buscar mi bolso y comienzo a sacar algunas cosas que tal vez necesite. De pronto, doy un golpe sin querer a la mesa y un libro cae al suelo: es el de rimas de Bécquer que la profesora me regaló para que lo leyera. Junto a él descubro un papel con algo escrito que llama mi atención.

—¿Beca? ¿Vendrás a comer mañana? —oigo desde el pasillo decir a mi madre, lo que hace que me distraiga.

Natalia se ha despertado con el ruido, pero vuelve a cerrar los ojos; se hace la dormida y me espía cuando cree que yo no me doy cuenta.

Siento un ramalazo de remordimiento.

Guardo enseguida el papel en el bolsillo para leerlo más tarde y echo un vistazo a mi reloj tras colocar el libro en la mesa. Sofía estará aquí pronto; debo darme prisa.

Un cuarto de hora más tarde, estoy otra vez en la calle. Justo en el instante en que cierro la puerta del edificio, a mis espaldas, aparca un coche negro.

El cristal trasero del coche se desliza hacia abajo y una glamurosa mujer con unas extravagantes gafas de pasta oscura me hace gestos con la mano para que me acerque. Esa nariz aguileña y sus generosos labios pintados de un rojo radiante son inconfundibles.

—¿Eres la tía de Alex? —pregunto solo para asegurarme.

—Llámame mejor Sofía. ¡Venga, vamos! Entra rápido, Beca —ordena.

Echo un vistazo a mi alrededor: no hay nadie en la calle, excepto nosotras. La policía todavía no ha llegado.

«¿Por qué están tardando tanto?», me pregunto.

Me ajusto la mochila a la espalda y asiento, pero entonces un hombre bastante alto y de rasgos exóticos, intuyo que de origen indio, sale del lado del conductor y da rápido la vuelta al coche hasta situarse a mi lado.

Me echo hacia atrás gesticulando con las manos cuando el chófer me abre la puerta.

—¡Oh, no! No hace falta —digo de inmediato, abriendo mucho los ojos—. Puedo hacerlo yo misma —aseguro al hombre.

—¡Vamos! —insiste Sofía con prisa—. No es momento para ser quisquillosos. «Tiene razón», pienso, y entro en el vehículo.

El coche se pone en marcha enseguida, como si el conductor ya supiera cuál es la dirección que debemos tomar.

Estoy a punto de preguntar a donde vamos cuando Sofía se reclina a mi lado y me coge de las dos manos antes de que pueda evitarlo. El hecho de tener que mirarla a través de unas enormes gafas de pasta me pone más nerviosa de lo que ya estoy.

—Antes de nada, Beca, quiero agradecerte todo lo que hiciste por Elisa el otro día. Ella vive una vida... —Sofía se detiene para intentar encontrar la palabra más adecuada— complicada, y en parte es culpa mía —confiesa.

Noto como aprieta los labios, como si fuera incapaz de expresar lo mucho que ha significado mi ayuda para ella.

—¡Oh, no! No tienes por qué culparte —digo tratando de calmarla—. En realidad, fue Alex quien se encargó de todo.

Sofía se inclina de nuevo sobre su asiento, todavía con el cinturón puesto, y me abraza al notar mi expresión decaída.

Ahora mismo, en mi cabeza solo hay espacio para pensar en la seguridad de Alex.

—No tienes por qué ser tan humilde, Beca —añade, y da un largo suspiro—. Siento muchísimo lo que acaba de pasaros a ti y a mi sobrino. Debe de ser una experiencia horrible —se lamenta.

Las lágrimas se deslizan de nuevo por mis mejillas.

—No te preocupes, Beca, él estará bien —me asegura la tía de Alex.

—¡No, Sofía! ¡Dios mío! Acaban de llevárselo. ¿Cómo va a estar bien? —contesto, y me aparto un poco sintiéndome verdaderamente mal.

Ella recibe mi respuesta con una débil sonrisa.

—Confía en mis palabras, Beca. Vamos a hacer todo lo posible por encontrarlo; mientras tanto, debemos mantener la calma.

«Sofía está loca. Es mejor que te mantengas alejada de ella»: esa fue la seria advertencia que me hizo Alex después de que nos la encontrásemos en el centro comercial, junto a su padre.

«Siento mucho no poder cumplir con tu promesa, Alex. Espero que puedas comprenderlo», pienso, y fijo la vista en la ventana.

Mire por donde mire, todo está oscuro.

Capítulo 15

BECA



Trato de calmar los rebeldes latidos de mi corazón y me humedezco los labios resecos. Desde que me he subido al coche, un incómodo cosquilleo se ha instalado entre mis omoplatos.

Respiro hondo, y el aire acondicionado me pega con fuerza en la cara. Si esto sigue así, voy a coger un resfriado.

Como para confirmar mis pensamientos, me entra un ataque de estornudos.

—Vayu, baja el aire acondicionado, por favor —ordena Sofía sin desviar la atención de la pantalla de su móvil. Ha estado durante todo el camino enviando mensajes y haciendo llamadas, pero a diferencia de mí, parece bastante compuesta.

«¿De verdad ella es tía de Alex? ¿Cómo es posible que no muestre ni un atisbo de preocupación?», pienso.

Ahora se ha quitado las gafas y, tras colocárselas encima de la cabeza, toda su melena ha quedado desplazada hacia atrás. En conjunto, parece una mujer elegante, joven e inteligente, con gusto y estilo.

Entre tanto, sin hacer ningún comentario, el chófer cumple al instante la orden de Sofía de quitar el aire acondicionado.

—Gracias —murmuro sincera, pero Sofía no me responde; parece estar centrada en otras cosas.

Me muerdo la parte de dentro de una de las mejillas y decido mantenerme en silencio hasta que ella decida hablar.

Sin perder todavía la compostura, meto una mano en el bolsillo de mis vaqueros y empujo el móvil contra mi muslo.

De pronto, el teléfono de Sofía suena, y ella contesta con respuestas breves a todo. El volumen está demasiado bajo, lo que impide que pueda escuchar la conversación.

—¿Hay noticias de Alex? —pregunto en cuanto cuelga—. ¿Le ha sucedido algo? —inquiero con insistencia.

—Sí, se trataba de él. Solo ha sido un malentendido. Los hombres que has visto antes trabajan para mi hermana. No te preocupes, Rebeca —explica, sin darme más detalles.

Sus palabras son como un torbellino de emociones que logran revolverme el

estómago y dejarme todavía peor.

«¿Los hombres de su hermana? Entonces, ¿por qué lo han tratado de esa manera tan siniestra?», reflexiono horrorizada.

—¿Cómo? ¿Cómo que solo ha sido un malentendido? Le han golpeado en la cabeza y lo han metido inconsciente en el coche. No lo entiendo, Sofía —procuro averiguar qué está ocurriendo sin alterarme demasiado, aunque por dentro siento que la sangre me hierve de pies a cabeza.

—Deja de preocuparte y cálmate, Rebeca —me ordena ella impaciente.

Lo intento, pero soy incapaz. Me clavo las uñas en las rodillas y la tela vaquera se me hunde en la piel.

—Al menos cuatro hombres han salido de un coche negro con las ventanillas tintadas y se han llevado a mi novio. Llamo a la policía y ellos ni siquiera se presentan. ¿Por qué debería calmarme? Tendrás que ser más clara conmigo y explicarme por qué a Alex lo ha secuestrado su propia madre. ¿Por qué lo ha hecho?

Sofía muestra una actitud contenida, casi fría. Parece molesta por cada pregunta que hago, pero yo estoy aún más molesta por cada pregunta que ella no me responde.

—No había otro modo de convencerlo para que fuera a casa de sus padres —comenta Sofía despacio mientras se pasa un mechón castaño por detrás de la oreja. El corazón me revolotea en el pecho al escucharla, pero todavía trato de comprender lo sucedido—. Ha sido por su bien. Ha estado descuidando su salud, entre otras muchas cosas de su vida. Ahora está descansando como es debido en su casa. —Sofía se queda callada; ni siquiera me mira.

—Nos guste o no a los demás, si él no quiere ir a ver a sus padres, nadie puede obligarlo a hacerlo por la fuerza. Es su elección —replico muy enfadada.

—Alex es un Kirov. No puede rehuir su propia sangre por mucho que lo desee. Tiene obligaciones como único hijo de la familia —explica Sofía en cuanto ve mi expresión de disgusto—. No es necesario que tú lo entiendas, Beca.

La presión se me sube por las nubes.

«¿Cómo puede pensar de una manera tan fría?», medito cada vez más conmovida.

—Quiero ver a Alex —exijo—. Al menos necesito comprobar que está bien.

Sofía vuelve a quedarse callada y hace un gesto de incomodidad.

—No es buena idea. Lo mejor ahora es que regreses a tu casa.

Frustrada, me paso el dorso de la mano por una de las sienes y me echo el pelo hacia atrás. Luego tiro una y otra vez de una de las gomas que me rodean la muñeca derecha hasta que me sale por los dedos.

—Por favor —suplico.

Sofía carraspea, no muy dispuesta a concederme el deseo.

—Por favor —insisto, decidida a no rendirme con tanta facilidad.

—Está bien, Beca —concede a regañadientes—. Solo una visita breve, y después tendrás que volver a tu casa.

Estoy tan aliviada que me cuesta controlar el temblor de mi voz. Solo espero que los golpes que Alex ha recibido no hayan sido demasiado graves.

—Gracias —digo con sinceridad.

Sofía no me mira; con la frente apoyada en el cristal de la ventanilla, a su izquierda, tiene aspecto cansado.

—Aquella vez —empiezo a decir titubeante—, la vez que nos llevaste a mi amiga y a mí a aquella cafetería de aspecto victoriano... —trago saliva, no es fácil seguir hablando cuando la otra persona mide cada palabra que dices como si fuera la última — dijiste que había algo que Alex no me había contado. Creo que ahora sé qué era lo que querías decir. Tiene que ver con vuestra familia, ¿cierto?

Sofía me observa con renovado interés, sorprendida, casi con admiración. Veo la curiosidad reflejada en sus ojos y dudo si echarme atrás.

—Continúa, Rebeca —me anima ella—, tal vez esto se ponga interesante y pueda responder a alguna de tus preguntas.

Me ruborizo y siento que se me forma un nudo en la boca del estómago.

—Alex me habló de la muerte de... Eduardo —digo tan bajo el verdadero nombre de Alex que temo que haya cometido una estupidez al mencionarlo.

—De Eduardo... —dice Sofía repitiendo mis últimas palabras. Se muestra pensativa.

Sin darme cuenta, me he ido acercando a ella a medida que hablábamos. Solo que me mueva un poco más, nuestras rodillas casi podrían tocarse. Observo todas las reacciones de Sofía con absoluta atención. Sospecho que ella debe de saber algo que Alex aún no me ha dicho.

—Sí —confirmo.

—Rebeca, ¿te contó él también cuál fue la verdadera causa de que mi otro sobrino muriese?

Llevo mi mano hasta la cremallera de mi chaqueta y la bajo un poco.

—Solo me dijo que la cuerda que los sostenía se rasgó mientras escalaban — respondo eludiendo la parte de la apuesta, y desvío la mirada hacia la ventanilla. A través del cristal, todo parece estar cubierto por un manto de oscuridad.

Dentro de mí, se va extendiendo una sensación muy similar por todo el cuerpo. Me doy cuenta de que estoy haciendo algo muy arriesgado: cualquier error por mi parte, por pequeño que sea, podría revelar la verdadera identidad de Alex a su familia, y eso lo pondría en una situación difícil.

—Sí —concede Sofía muy despacio—. Rebeca —dice llamando mi atención.

Me giro y, de pronto, ella me mira directamente a los ojos. Me escudriña a través de ellos con tal profundidad que provoca que deje de respirar durante unos segundos. La sangre se me agolpa en los oídos y estos comienzan a pitarme.

La expresión de Sofía, que ha cambiado por completo, me resulta muy difícil de descifrar. Me siento como un cubito de hielo en medio de la Antártida.

Entonces, Sofía pestañea y por fin me recupero de la impresión. Tal vez solo haya

sido mi imaginación, pero por un instante casi he podido ver nubes de humo negro que me rodeaban la espalda, me recorrían las extremidades y las apretaban cada vez más fuerte.

Me froto la garganta.

Ha sido una sensación desagradable, como si me diseccionaran el cuerpo en dos.

—¿Sí? —respondo a Sofía con voz afectada.

—La muerte de Eduardo fue un trágico accidente para toda la familia. Pocos saben que, en realidad, dos años antes había habido un gran problema en la empresa que fabricaba los productos que mi cuñado y mis dos sobrinos usaron aquel día. Para ninguna de las partes era conveniente en aquellos momentos que lo supieran los medios de comunicación. —Sofía se queda callada, como si estuviera recordando algo, y después continúa—. Dmitry estaba demasiado ocupado con los negocios de su empresa, así que dejó en manos del que entonces era su secretario la tarea de comprar todo lo necesario para el viaje. A su favor, diré que aquel chico acababa de ser contratado en la oficina hacía tan solo unas semanas, y tenía poca experiencia. Sin saberlo, adquirió artículos de mala calidad por su bajo precio. Como no había gastado todo el presupuesto, el pobre secretario estaba convencido de que había conseguido una ganga por la cual lo iban a felicitar. —Sofía da un largo suspiro y se gira hacia el lado contrario donde yo estoy—. El final de esta historia ya lo conoces, ¿verdad? —dice, y baja la ventanilla. Cierra los ojos y deja que el aire fresco le revuelva el pelo alrededor de su rostro.

—Ya hemos llegado a la residencia familiar, señora.

La voz del conductor me sobresalta, pero me controlo a tiempo para no hacer ningún ruido.

—Gracias, Vayu. Ya lo veo —contesta con una triste sonrisa Sofía.

En ese mismo momento, noto un pinchazo de pánico.

Capítulo 16

BECA



«Es un edificio enorme», pienso cohibida.

En alguna ocasión en que he acompañado a Marta a hacer compras, he estado en el distrito de Salamanca, situado al este de la Castellana. Por su padre sé que esta es una de las zonas más antiguas de Madrid: se comenzó a urbanizar tras la llegada de Carlos III y, posteriormente, la clase alta y pudiente del siglo XIX no tardó en hacer sus maletas para reubicar sus hogares.

En la actualidad, esta parte de la ciudad se ha convertido en uno de los barrios más emblemáticos y comerciales de toda la capital, formada por veintiún distritos. Pero decir esto es quedarse cortos; además, repartidos por los alrededores, se alzan algunos de los institutos y colegios más exclusivos y de más prestigio del país. Así que el hecho de que los padres de Alex vivan aquí no es solo una noticia bastante inesperada, sino también muy impresionante.

—Mi hermana y mi cuñado acaban de mudarse, por lo que todavía encontrarás algunas cosas fuera de lugar —deja caer Sofía cuando estamos a punto de salir del coche, mientras el chófer mantiene la puerta abierta para nosotras.

La oigo murmurar algo incomprensible por lo bajo y después comienza a recolocarse la ropa con esmero. Lleva un conjunto compuesto por una sencilla falda de tubo en un tono claro que le llega por debajo de las rodillas, una blusa salmón y una *blazer* azul marino que cuelga atractivamente sobre sus hombros y hace juego con su bolso de marca. Por la gran importancia que está dando ahora a su aspecto, intuyo que algo le preocupa.

«¡Oh, no! Si ella ya está intranquila, yo no sé cómo voy a tomarme esto.»

Un tic nervioso se ha apoderado de mis piernas sin darme cuenta; solo cuando mis rodillas chocan, me detengo.

«Respira», me digo a mí misma.

Echo un calculador vistazo a mis ajustados vaqueros y a mi chaqueta llena de cremalleras. Luego dirijo mi atención de nuevo hacia Sofía, que acaba de terminar de anudarse a un lado el pañuelo celeste que lleva en el cuello. Sin siquiera mirar hacia atrás o esperar a que la siga, sale del vehículo y avanza hasta el hermoso portal de madera negra con un cristal incrustado en cada lado, tras una delicada verja metálica del mismo color. Sus tacones apenas hacen ruido sobre la acera de piedra: tiene pasos

de bailarina y camina con una naturalidad y una elegancia asombrosas.

Ya no queda asomo de duda o inquietud en su rostro.

«¡Bien! Ahora llega mi turno», pienso.

Igual que ha hecho ella hace tan solo un momento, comienzo a moverme sobre el asiento trasero para ir hacia fuera, pero cuando estoy a punto de salir del coche me quedo quieta en el borde del mismo durante unos segundos.

Un sentimiento de emoción me embarga al asomar la cabeza y encontrarme con la sofisticada construcción de varias plantas que tengo delante: se trata de un bonito edificio señorial de color blanco que me recuerda a las películas que pasan en otra época.

Inhalo profundo para tomar todo el coraje que puedo de mi cuerpo.

Junto los labios y los aprieto con fuerza. Casi puedo sentir la presencia de Alex dentro. Algo en mi interior está avisándome. Noto como resurge el enérgico y salvaje bombeo de sangre en mis venas y, de nuevo, acude a mí aquella liviana sensación de estar flotando por encima del suelo. «Apenas hace una hora, estábamos besándonos frente a mi portal», pienso.

Espiro un poco más alto de lo necesario e intento serenarme.

—¿Se encuentra bien, señorita? —pregunta el chófer, con el ceño fruncido, al oír mi respiración entrecortada—. ¿Quiere una botellita de agua? —me ofrece servicial.

Me fijo en su pelo repeinado para no mirar sus ojos oscurecidos por la noche. Niego con un gesto de la cabeza.

—¡Oh, no! No, gracias, de verdad —digo tan precipitadamente que no sé si él me habrá entendido. En cualquier caso, el hombre no insiste de nuevo. «Gracias a Dios», pienso.

Por fin me decido a poner un pie fuera del coche e ir hacia Sofía, pero algo o, mejor dicho, alguien me detiene.

—Señorita, yo me encargaré de guardarle la mochila mientras esté dentro —me dice el chófer, al tiempo que me pone una mano sobre la espalda con una profesional amabilidad.

Sobrecogida, doy un salto atrás y me aparto. Ni siquiera lo he visto llegar.

«¿Qué demonios es toda esta gente que siempre está alrededor de la familia de Alex? ¿Ninjas mafiosos? ¿Policías infiltrados?», me planteo, y un estremecimiento me pone el vello de punta.

—No, gracias. No hará falta, yo me ocupo de mi mochila —rechazo de inmediato su ofrecimiento otra vez.

En la mochila están todas mis cosas; no puedo permitirme perderlas.

El chófer asiente educado con la cabeza y se retira, dejándome el camino libre.

—Esto... ¿En qué piso viven los padres de Alex? —pregunto cohibida cuando llego junto a Sofía, que se ha detenido justo a la entrada y parece estar decidiendo algo relevante.

Al oírme, se gira despacio, como si no se hubiera percatado de mi presencia hasta

ahora, y me observa igual que si acabara de contar un chiste. Una leve sonrisa curva se le forma en un extremo de la boca, de modo que me recuerda un poco a Alex. Sin embargo, su sonrisa desaparece rápido.

—Todo el edificio entero pertenece a mi familia, Rebeca —me informa mientras estudia mi cara con recelo—. Aquí viven algunos de los inversores más influyentes de la empresa de mi cuñado y también los empleados que acuden a la capital por viajes de negocios o que sencillamente aún no han tenido tiempo o dinero para adquirir una propiedad cerca del trabajo. ¿No te ha comentado Alex nada al respecto? —inquire sorprendida.

Querría poder llevarle la contraria, pero es demasiado obvio que no estoy al tanto de esta otra faceta de Alex como príncipe azul heredero de un imperio empresarial.

Incómoda, me aclaro la garganta.

—Nunca se lo he preguntado —respondo concisa e intentando conservar mi orgullo. Con curiosidad, echo un vistazo a la cámara de seguridad que hay a nuestra izquierda. «Hay muchas cosas que todavía no sé de él», medito con tristeza. Giro en parte la cabeza hacia Sofía—. Antes... he visto que no entrabas. ¿Debemos esperar a que alguien venga a abrirnos o quizá tenemos que pulsar algún botón? —pregunto para cambiar de tema.

Me adelanto y empujo la puerta.

—La entrada suele estar siempre abierta. No hará fal... —empieza a decir Sofía.

De forma inesperada, una especie de pequeña bestia sale corriendo del portal como una ráfaga de viento y pasa de largo.

Cuando me giro, descubro que un perro con muchas capas de piel amontonadas como un acordeón se ha agarrado a la pierna derecha de Sofía y, excitado, frota su cuerpecito una y otra vez de arriba abajo contra ella.

Levanto la vista y observo anonadada a Sofía. Parece a punto de desmayarse: se mantiene muda, recta como un poste de la luz, y, por lo blanca que está, casi podría pasar por una bombilla e iluminar toda la calle. Preocupada, me agacho junto a ella y trato de quitarle al animal de encima, pero este se ha pegado con tanta firmeza a ella que resulta difícil apartarlo sin que me muerda.

Busco al chófer con la mirada para que venga a ayudarnos, pero no hay ni rastro de él: ha desaparecido. Sin embargo, el vehículo sigue en el mismo lugar, mal aparcado.

—¡Velázquez, pilluelo, ven aquí! —dice una voz masculina de barítono a nuestras espaldas.

Al seguir la dirección del sonido, veo un hombre corpulento con uniforme de portero que sale del edificio.

—¡Iván! —exclamo muy sorprendida.

Este me mira, pero entonces el perro se suelta de la pierna de Sofía y regresa junto a Iván, quien lo levanta y se lo coloca junto al pecho. El contacto visual se interrumpe entre nosotros.

—Lo siento, señora. Este granujilla se ha escapado otra vez. Todo el servicio lo ha estado buscando durante la tarde —reconoce con cierto pesar. Parece sentirse verdaderamente culpable.

Sofía sacude la mano en el aire para hacerlo callar. Tiene el aspecto de estar agotada.

—No pasa nada, Iván. Pero llévatelo de aquí y déjalo en algún sitio bien lejos de mi vista —ordena Sofía, como si nada hubiese ocurrido.

Ambos parecen tener ganas de alejarse el uno del otro lo antes posible.

—¿Iván? —intervengo de nuevo, y por fin este fija su atención en mí.

—¿Nos conocemos, señorita...? —pregunta Iván con un gesto de confusión en la cara que me hace dudar.

—Soy Beca. Amiga de Alex —le informo enseguida—. Iván, ¿de verdad no te acuerdas de mí? Nos hemos visto varias veces en el Florida Night —le indico.

Iván se rasca la cabeza y arruga la frente, tratando de recordar.

—Lo siento, señorita. No sé a qué lugar se refiere. Si me disculpan, todavía tengo cosas que hacer —concluye, y se reajusta la gorra sobre la cabeza rapada—. Señora, ¿quiere que avise a su hermana de su llegada?

Entrecierro los ojos, pero no digo nada más. «¿Por qué ha tenido que mentirme?», me pregunto.

—No te preocupes, Iván. Yo me encargo —responde Sofía mientras se adelanta y entra en el edificio, de nuevo sin esperarme.

Sigo con torpeza a Sofía hasta ponerme a su altura.

—Ese era Iván, el portero que trabaja en el Florida Night para Sara, ¿verdad? —digo, y agarro del antebrazo a Sofía para que también se detenga.

Una sonrisa artificial y tensa se abre paso en su cara. Luego esquiva mi mirada y centra toda su atención en mi mano, que tengo sobre su manga.

Avergonzada, la retiro.

—Lo siento, pero no sé de qué estás hablando, Beca —contesta Sofía sin darle la mayor importancia, y retoma la marcha con apuro—. ¡Vamos, chica, no te entretengas! Debemos darnos prisa —dice, y acelera el ritmo de sus pasos.

«¿Y cuándo no nos damos prisa?», pienso mientras trato de no perderme en el interior: hay varias cajas de cartón repartidas por las esquinas. Tal como Sofía me advirtió, están reformando el edificio.

Sofía me conduce hacia el ascensor, bastante más moderno de lo que me había imaginado, dado el aspecto de la fachada. En silencio, entramos dentro.

De pronto, siento un repentino pinchazo en el pecho y una sensación inquietante se posa sobre mi corazón. «Yo he vivido algo exactamente igual no hace mucho», recuerdo. Fue en la fiesta de la residencia de Alex.

Abro mucho los ojos cuando aquella escena se repite de forma muy vívida en mi cabeza:

«—Alex no tardará en subir por las escaleras —le advierto a Sofía con una

valentía que no sé de dónde saco—. ¿Por qué quieres hablar conmigo? ¿Y quién eres?

»Sofía me estudia a través de sus espesas pestañas durante un par de segundos, y asiente.

»—Quién soy yo no es importante en estos momentos —responde con una vena en tensión marcada en la sien. Se queda un instante en silencio, pensando—. Una fuente fiable me ha dicho que Alex te hizo un retrato y después te lo entregó. ¿Es eso cierto? —pregunta, abriendo los ojos y mirándome con suma atención.»

Intento contener el sentimiento de ahogo que atenaza a mi garganta. «¡Fue Elisa!», concluyo. Elisa fue quien le dijo a la tía de Alex que él me había hecho el retrato. Ella lo vio aquel día en La Abuelita, cuando lo dejé en el banco de los vestuarios. «¿Por qué esta información es tan importante para ellas?», me pregunto.

El ascensor se detiene y me veo obligada a acallar mis pensamientos. Sofía espera a que las puertas metálicas se deslicen y saca una tarjeta que introduce por una fina ranura horizontal de la puerta que tenemos delante. Se enciende una pequeña luz verde que desbloquea el cerrojo y, ya con el camino despejado, avanzamos por el lado izquierdo del pasillo.

Siento el estómago encogido al tiempo que me fijo en que todo el suelo es de mármol blanco. Sobre él se extiende una larguísima alfombra roja que no parece tener fin, mientras que en las paredes hay muchos cuadros de artistas que incluso yo reconozco.

Trago saliva. Parece una exposición privada.

—Espera un momento aquí. No te muevas oigas lo que oigas —me advierte Sofía de pronto, y me empuja hacia una esquina, donde hay una enorme enredadera que me oculta por completo a vista de los demás.

Oigo entonces unas voces que discuten sobre la salud de alguien. No reconozco ninguna, pero parece que Sofía sí que las identifica.

—¿Doctor? ¡Hola, hermana! —saluda Sofía.

—¿Qué haces aquí? —inquieta la voz de mujer antes de que el hombre pueda corresponder al saludo. Suena tensa y exasperada.

«¡Dios mío! Esa debe de ser la madre de Alex, y yo estoy aquí jugando al escondite», se me ocurre.

Me llevo las manos a la cara, contra los mofletes, maldiciendo para mis adentros.

Para ver mejor a la madre de Alex, trato de acercarme un poco más, pero desde mi posición entre las hojas resulta imposible observar su rostro sin descubrirme.

—¿No me echas de menos, hermanita? —dice Sofía en un tono adulator.

—Deberías estar durmiendo en tu casa, Sofía —responde la mujer—. Tienes suerte de tener un marido estúpido y ciego que no puede moverse de su silla de ruedas.

Incómoda, Sofía carraspea ante el comentario de su hermana, pero no pierde el ánimo.

—¡Venga, no seas tan dura, hermanita! Había quedado con mi cuñado en llevarle

unos papeles para la nueva sede que vamos a abrir, y se me pasó traerlos antes. En cuanto haya acabado, podrás olvidar que me has visto —explica Sofía sin amilanarse, manejando la situación—. Al no ser que quieras que te muestre el nuevo catálogo de ropa para esta nueva temporada. Quizá te gustaría...

—Puedes ir a exprimir la cuenta bancaria de esas tontas señoras con las que acostumbras a ir a comer, pero no la mía, Sofía —responde secamente la madre de Alex, y hace una pausa—. Doctor, por favor, acompáñeme.

—Espere, doctor. ¿Cómo se encuentra mi sobrino? —se interesa de repente Sofía. La madre de Alex y el doctor se detienen y pueden ver a una mujer menuda con el pelo oscuro peinado con esmero hacia un lado. Tiene un porte regio, y aunque no lleva muchas joyas, las pocas piezas que decoran sus finas manos y su cuello son lujosas y elegantes.

Tiene todo el aspecto de una dama de la alta sociedad y un leve acento andaluz, apenas imperceptible. El gran parecido que guarda con Sofía es indiscutible.

—Su estado de salud es estable, no se preocupe señora Federighi. Aparte de su mal aspecto, el chico solo tenía cansancio acumulado. En cuanto descanse lo suficiente, podrá seguir con su rutina habitual.

—Gracias, doctor —le agradece Sofía—. Tal vez...

—Sofía, deja de entretener al doctor. Tiene otros pacientes que atender —interrumpe la madre de Alex, y luego mira al hombre que la acompaña—. Por favor, ¿podría adelantarse? Tengo que hablar con mi hermana. En un instante estaré con usted de nuevo.

—Por supuesto, no se preocupe. Tómese todo el tiempo que necesite —responde de inmediato el hombre de cabello canoso y ojos pequeños, deseoso de marcharse de allí.

En cuanto las dos hermanas se quedan solas, noto que el ambiente se enrarece.

—¿Alex continúa llamándola? —pregunta Sofía.

Ha subido el volumen de su voz, como si quisiera que yo escuchara aquella conversación.

—Ahora mismo está sedado, y es mejor así... —dice la madre de Alex, dando el asunto por zanjado—. ¿Te has encargado ya de lo que te pedí?

—Estoy en ello, pero no creo que lo que estamos haciendo le guste a Alex. Es la primera vez que muestra tanto interés por una chica. ¿No crees que deberíamos parar nuestro plan y darles una oportunidad?

—Desde que sale con esa niña, Alex ha renunciado a sus estudios y a su brillante futuro. Incluso ha puesto en riesgo su vida en varias ocasiones por ella. ¿Quieres que también pierda al único hijo que me queda por un absurdo capricho pasajero, Sofía? —comenta furiosa la madre de Alex, que fulmina a su hermana con la mirada.

Su tono está cargado de desafío.

—Está bien, Ángela. No te enfades. Pediré al investigador que me envíe cuanto antes el informe sobre los antecedentes de su familia.

Se me hiela la sangre en las venas al escucharlas hablar de mí y mi familia con tanto interés.

—Sé discreta y no permitas que mi hijo o Dmitry se enteren. ¿De acuerdo? — exige Ángela en voz baja y cortante, pero un poco más tranquila.

Levemente oigo como las dos se despiden y me dejo caer de espaldas sobre la pared con los párpados cerrados.

—¡Vamos, Beca! —me apremia Sofía entre susurros. Nos dirigimos hacia una habitación. Cuando llegamos, agarra el pomo de la puerta y comienza a abrirla.

—¡Espera, Sofía! ¿Qué significa lo que acabo de escuchar?

Ella se gira y veo como sus ojos se achican. Ha dejado la puerta entreabierta.

—Dame tu móvil —me exige de pronto.

—¿Mi móvil? ¿Para qué lo quieres? —pregunto recelosa. Entonces caigo en la cuenta de lo que pretende insinuar—. No he grabado vuestra conversación —me defiendo.

Sofía me ignora. De pronto, sin previo aviso, se lanza sobre mí y comienza a registrarme los bolsillos del pantalón. Al sacar mi móvil, encuentra el papel que había guardado antes de salir de casa. Sin que pueda impedirselo, ella lo lee.

Su rostro se queda blanco y la mano con la que sostiene el papel comienza a temblarle de forma preocupante.

—¿Cómo es posible que tengas este número? —pregunta con voz lacónica, carente de emoción alguna.

Un extraño y sobrecogedor silencio cae con pesadez sobre nosotras. Los oscuros ojos de Sofía muestran desaprobación y algo similar al temor.

De repente, siento un intenso y fuerte sentimiento de pánico, aun sin saber la razón.

—Este papel estaba dentro de un ejemplar de rimas de Bécquer que me regalaron hace unos meses y que antes de venir se me ha caído al suelo, y yo he recogido el papel de entre las páginas del libro. Había olvidado que aún lo tenía en el bolsillo —comento despacio, tratando de averiguar qué es lo que sucede.

Mis palabras provocan algo violento en su mirada, normalmente inquebrantable. «No me cree», pienso.

—Marca el número en tu móvil —me ordena.

—Pero...

—Márcalo ahora —repite Sofía, impasible.

Hago lo que dice y me llevo el teléfono a la oreja. Al cuarto tono, cuando estoy a punto de colgar, alguien atiende a la llamada: se trata de una voz sin duda conocida para mí.

—¿Papá?

Capítulo 17

BECA



Me quedo con la boca abierta y noto que los labios se me resecan al respirar. Apenas puedo tragar saliva. Los ojos me escuecen y pestañeo para humedecerlos.

—¿Rebeca? —oigo decir al otro lado de la línea, también con sorpresa—. Rebeca, ¿eres tú, hija?

«Es mi padre, mi padre», me repito una y otra vez sin emitir ningún sonido. Él ha respondido y me ha reconocido. «¿Qué hacía su número en mi libro de poesía?», me pregunto.

Siento que un mar de frialdad alcanza mis rodillas y va creciendo mientras me encierra en una caja de cristal imaginaria. Mis pulmones dejan de funcionar y yo... yo... me estoy asfixiando.

Sofía me arrebató el teléfono y cuelga antes de que logre reaccionar, de modo que no pueda recibir ni hacer llamadas. Luego da un paso hacia mí y me toma de la barbilla. Primero la levanta a un lado y luego al otro, examinándome muy de cerca el rostro.

Ni siquiera se lo impido. Es como si mis pies hubieran echado raíces en la alfombra y el cuerpo me pesara demasiado para moverlo.

«Era mi padre», me digo de nuevo, sin podérmelo creer aún.

—¡Increíble! Eres la hija de ese tipo —murmura Sofía con desagrado, y suelta una carcajada melancólica, como si fuera a echarse a llorar—. ¡Qué destino tan caprichoso para mi sobrino! —añade. A continuación, retira bruscamente su mano de mi mentón, lo que hace que retroceda—. Si mi hermana descubre esto...

Sofía suspira y se vuelve hacia la puerta medio abierta con la cabeza en parte ladeada en mi dirección. Luego adopta una expresión contrita y carraspea antes de mascullar:

—Rebeca, será mejor que entres ahora en el cuarto si quieres ver a mi sobrino. No tendrás otra oportunidad —me advierte muy seria.

—¡Espera, Sofía! ¿Qué has querido decir antes con todo eso de mi padre y la madre de Alex?

—Pregúntaselo tú misma a tus padres. Pídeles que te cuenten lo que hicieron a nuestra familia hace dos años.

—¿Hace dos años?

«Hace dos años mi familia se desmoronó: mi padre nos abandonó y nos dejó una gran deuda —recuerdo, y comienzo a angustiarme de verdad—. ¿Qué tiene que ver él con todo lo que le ocurrió a la familia de Alex?», me pregunto inquieta.

—¿Qué tiene que ver mi padre con todo esto? —insisto revelando en voz alta mis pensamientos.

De pronto, oímos que algo pesado choca contra el suelo y empieza a rodar. Tanto Sofía como yo paramos de hablar al instante.

No sé por qué me siento tan mal de repente, como si hubiera cometido algún delito.

—¿Alex? Alex, ¿estás despierto? —pregunta Sofía, que se adelanta y entra en la habitación claramente alarmada.

Voy detrás de ella y miro desolada a Alex, que permanece tendido en una enorme cama que hay en el lado derecho de la habitación. Tiene los párpados cerrados.

Si en algún momento he imaginado cómo podría ser la versión de *La bella durmiente* protagonizada por un príncipe en lugar de una princesa, ahora no me cabe ninguna duda de que una de las escenas sería muy similar a la que tengo delante.

Un poco turbada todavía por la conmoción, me fijo en que Alex tiene los dedos de la mano izquierda algo encogidos en un puño, como si hubiera estado luchando hasta hace muy poco contra algún tipo de enemigo invisible.

—Solo ha sido un susto —comenta para sí misma Sofía, que sostiene una bola de billar azul con el número dos pintado en ella.

Coloca la bola en la mesita situada a la derecha de la cama y pasa con cariño una mano por el cabello revuelto de Alex. Al verlo de este modo, mi pulso se acelera.

De nuevo se oyen unas voces en el pasillo, lo que hace que tanto Sofía como yo volvamos a ponernos en alerta.

—Rebeca, quédate aquí dentro y no salgas, ¿entendido? Me encargaré de que nadie entre en la habitación mientras estés tú. —Sofía hace una pausa y me observa con tristeza—. Aprovecha para despedirte de él —dice antes de marcharse y cerrar la puerta tras ella.

«¿Despedirme?», pienso, y suelto una risa agotada, sin vida.

Lo intuí cuando aquellos tipos golpearon a Alex hasta dejarlo inconsciente para llevárselo y yo fui incapaz de hacer nada, e incluso lo supe mucho antes de que empezáramos a salir: el destino no es algo con lo que podamos jugar durante mucho tiempo al escondite; tampoco los sentimientos son objetos que se guarden en un cofre bajo tierra.

—Lo siento, Sofía. Aunque quisiera, ahora ya no creo que pueda alejarme de Alex —digo en voz baja, a pesar de que ella ya no está para oírme.

Durante unos segundos, clavo la vista por donde Sofía ha desaparecido, hasta que no se oyen más las voces de detrás de la puerta. Después me siento a un lado de la cama, tratando de no perturbar el sueño de Alex. No le han cambiado de ropa: sigue con la misma camisa, pero remangada hasta los codos, con lo que se ve el vendaje de

su mano derecha.

Me inclino sobre Alex y extendiendo un brazo para acariciarle la mano. Luego voy deslizando mis dedos por su brazo hasta alcanzar el hombro, y toco el sitio en el que recibió el golpe en la cabeza. Está un poco abultado, pero no lo suficiente como para parecer algo grave.

Aguanto un gemido y, en un arrebato, apoyo mi frente en el hueco curvo que hay en su cuello. Husmeo la calidez de su piel: huele un poco a medicamentos, pero su esencia sigue ahí, intacta. Tenerlo tan cerca me hace olvidarme de todo y sentirme protegida. «¿Cómo pudo existir en el pasado cualquier tipo de relación, para bien o para mal, entre nuestras familias?», me pregunto.

—Alex —murmuro por debajo de su cuello—. ¿Qué está ocurriendo?

—Rebeca.

Alex acaba de llamarme. Me incorporo de golpe, pero él parece aún dormido. No puede ser...

—¿Alex? —repito confusa, y apoyo una mano a cada lado de su rostro—. Alex, ¿acabas de llamarme?

De pronto, él abre sus penetrantes y rasgados ojos de duende. Una profunda sensación de desvanecimiento me invade y siento que todos los pensamientos de mi cabeza estallan como burbujas en el aire, uno a uno.

Extras



Carta a los lectores



Comencé a escribir desde muy joven pequeños poemas y microrrelatos en la agenda que nos daban todos los años al comenzar las clases en el colegio. Los años fueron pasando y un día Alex y Beca aparecieron en mi cabeza compartiendo un batido de chocolate. A partir de entonces empecé a empapelar con notas adhesivas el lateral de una de las estanterías de mi habitación con cada idea que me venía a la mente sobre Beca, Alex y su diminuto mundo.

Tras mucho esfuerzo y trabajo durante unos meses, ya estamos en la cuarta entrega de *Mariposas en tu estómago*. Estoy emocionada y nerviosa, tanto como si fuera mi primera publicación.

Me he dado tanta prisa en escribir esta parte como me ha sido posible, pero después de todo soy humana: algunas veces, cuando me siento cansada o sola después de haber estado horas escribiendo en silencio o frustrada con algún capítulo, también tengo mis momentos oscuros y necesito parar. Entonces leo vuestros correos y ya no me siento ni cansada, ni sola ni frustrada. Recupero las fuerzas y sigo adelante. ¿Veis todo el poder que tenéis? Cada uno de vosotros de manera muy especial (con *fanarts*, con comentarios...) me ha acompañado en esta aventura literaria y me ha animado para que no desista en este sueño. De igual modo, espero que también vosotros, si alguna vez os sentís solos, hojeéis de nuevo esta historia. Siempre que leáis alguna de mis novelas os acompañaré en cada palabra, en cada personaje y en cada capítulo hasta el final.

¡Dios mío! Durante todo este tiempo han ocurrido tantas cosas y he experimentado tantos sentimientos que me cuesta expresarlo todo en palabras...

Recientemente *Mariposas en tu estómago* ha recibido el premio Rosas de *Revista Romántica's* al mejor e-book español 2014 por votación de los lectores. No puedo estar más que agradecida y emocionada por todo vuestro apoyo, por seguirme hasta aquí y confiar en esta novela, para la que espero seguir contando con todos vosotros hasta el final. Si al menos he conseguido que sintáis algo a través de mis palabras, lo que sea: amor, odio, tristeza o alegría, quedaré satisfecha.

Nunca desistáis de vuestros propios sueños. ¡Nos vemos muy pronto, en la próxima entrega!

Un abrazo enorme y lleno de mariposas.

Natalie Convers

Twitter: @NatalieConvers

Facebook: Natalie Convers

e-mail: natalieconvers@gmail.com

Once cosas que tal vez no sepas de *Mariposas en tu estómago*



ΣΧ3 Antes de redactar el primer borrador, pensé que el protagonista masculino de la historia, Alex Kirov, iba a ser un okupa. Hice una prueba y escribí una escena de un capítulo en la que él está hablando con su tía frente a un edificio de aspecto deteriorado en cuya fachada hay muchos grafitis; este edificio es el que más tarde se ha convertido en la de la residencia de estudiantes. Beca, quien en ese momento está repartiendo publicidad por la misma zona, los ve y se esconde detrás de un arbusto. Alex menciona a su tía algo relacionado con Beca. A continuación, estos entran en el edificio y Beca decide seguirlos hacia el interior.

ΣΧ3 Elisa llama «gatito» a Alex en muchas ocasiones. Es una referencia al personaje de Boo, en *Monstruos S. A.* En mi Facebook podréis encontrar el vídeo de YouTube que incluye una de las escenas de la película.

ΣΧ3 Al principio, Marta iba a tener los ojos verdes, pero a medida que iba escribiendo sobre su personaje, más me la imaginaba con ojos marrones, y finalmente se los cambié. Como consecuencia, en uno de los capítulos podéis encontrar una escena en la que de forma errónea Marta tiene el iris de los ojos de color verde en lugar de color marrón. ¡Lo siento muchísimo! Espero que podáis perdonarme por este descuido.

ΣΧ3 El día que salió a la venta *Mariposas en tu estómago* me regalaron una antología de cuentos rusos de Pushkin, Dostoyevski, Tolstói, Gorki... Me hizo mucha ilusión, ya que, como sabéis, Alex es medio ruso. Todavía no he podido acabar de leer el libro, pero espero terminarlo pronto.

ΣΧ3 Hay una canción que siempre pongo de fondo antes de comenzar a escribir

sobre Alex: *Love Runs Out*, de OneRepublic. No me canso de escucharla. Su letra es bastante intensa: os la recomiendo, y también que veáis el videoclip.

ΣΧΣ ¿Os habéis dado cuenta de que cuando suena el tono de llamada del móvil de Beca siempre se oye una canción de Auryn? Hace unos meses vi a toda la banda de chicos cantar en un programa de televisión. Nada más terminar de escucharlos, supe que ellos debían acompañar a Beca a lo largo de toda esta historia.

ΣΧΣ Varios de los objetos que aparecen en *Mariposas en tu estómago* se encuentran en mi habitación: los peluches con forma de perrito, el llavero de vaca de Alex, las gomas de pelo que Beca se pone como pulseras en la muñeca, alguna de las sudaderas de Beca... Tengo especial cariño a una sudadera con el escudo de mi universidad; cuando llega el invierno, me la pongo mucho en casa mientras escribo.

ΣΧΣ Cuando puse punto final a la tercera entrega de *Mariposas en tu estómago*, miré el reloj y suspiré: eran las siete de la mañana. No había dormido en toda la noche, pero aún tenía que enviar el manuscrito a la editorial. Escribí un correo electrónico a mi editora: ¡Sí, aquí está! Nunca olvidaré ese momento tan especial. A pesar de que lo tenía ahí delante, en la pantalla del portátil, no podía creer que hubiera terminado de redactar el final. Al día siguiente establecí mi propio récord de Bella Durmiente.

ΣΧΣ Solo una persona lee cada entrega de *Mariposas en tu estómago* antes de que el primer borrador vaya a la editorial.

ΣΧΣ Existe una escena eliminada de la tercera entrega que estuve a punto de incluir como extra. Se trata de una nueva versión de la primera vez que Alex y Beca hacen el amor. En esta versión, la historia continúa con un pequeño incendio en el estudio causado por las velas que Alex ha colocado por el suelo haciendo un camino entre los pétalos de rosa. Por desgracia, Beca termina con toda la ropa interior quemada, el sistema contra incendios salta y una lluvia de agua cae por todas partes y los moja. Entonces, Alex y Beca se ven obligados a salir corriendo y a refugiarse en el cuarto de baño sin llevar nada de ropa puesta encima. Pero la historia no acaba ahí...

ΣΧΣ Una vez publicadas las tres primeras entregas, ¿cuál ha sido el mensaje más

emotivo de todos mis lectores? Sería difícil decidirme por uno en concreto. Me encantan todos los correos que me escriben mis fans españoles y de toda Latinoamérica (Panamá, México, Perú, Colombia, Argentina, Venezuela, Chile...). Cada uno es muy importante para mí en este camino que he iniciado como escritora. Me gusta que os identifiquéis con los personajes, ya sea con Beca, Alex o incluso Xavi, que me habléis de ellos y me contéis vuestras propias experiencias. Este es el mejor regalo que como autora de *Mariposas en tu estómago* puedo llevarme y que espero seguirme llevando a diario. ¡Muchísimas gracias por todo vuestro apoyo!



Ficha de personajes secundarios

LOS AMIGOS



AMIGOS DE BECA:

Marta: Es la mejor amiga de Beca. Asiste al mismo instituto que ella y vive cerca de su casa, lo que ha fortalecido su amistad. Le encanta el color rosa, odia el zumo de naranja y adora ser el centro de atención. No obstante, a pesar de su apariencia extravertida esconde un gran complejo de inferioridad respecto a Beca. En secreto envidia el valor y la constancia de Beca para afrontar todos los problemas de su familia. Cada vez que algún pensamiento molesto le preocupa, actúa de manera impulsiva. Su prototipo de chico ideal es alguien unos años mayor que ella, fuerte y popular entre las chicas, lo cual le ha acarreado problemas más de una vez. Comparada con Beca, Marta es mucho más alta y tiene la piel pálida.

Laura: Es la segunda mejor amiga de Beca. Su mayor sueño es seguir junto a Rebeca y Marta incluso después de asistir a la universidad y casarse. No obstante, siente celos de la conexión que hay entre Rebeca y Marta, y teme que algún día la dejen completamente de lado. Le encanta salir de fiesta y vivir el presente como si no hubiera mañana. Físicamente no es muy alta, por lo que le preocupa engordar unos kilos de más.

Xavi: Compañero de clase de Beca. Es bastante silencioso y observador, por lo que muy pocos saben cómo es su vida o su familia. Marta es su antagonista en todos los sentidos, lo que hace que esta lo deteste, aunque él no diga o haga nada. Le encanta jugar con todas las nuevas aplicaciones que salen al mercado, y es además un experto en informática. Lo que más le molesta son las preguntas y la gente excesivamente activa a su alrededor. Es casi tan alto como Alex, con el que por algún extraño motivo se lleva bien, a pesar de que no han intercambiado muchas palabras.

Óscar: Compañero de clase de Beca. Está enamorado de Miguel, por el cual ha hecho muchas cosas en secreto que han perjudicado su relación con el resto del grupo de amigos. Habitualmente viste abrigos que le dan aspecto de champiñón y que le hacen parecer más ancho de lo que es en realidad.

Miguel: Exnovio de Beca. Su madre es epiléptica y eso le avergüenza. Le encanta vestir bien y odia tener que elegir entre dos cosas diferentes. Después de que Beca lo descubriera manteniendo relaciones con Óscar en un coche, rompió con él, pero Miguel se obsesionó con ella, incapaz de aceptar su ruptura.

Héctor: Hermano de Marta. Es una persona responsable, madura y modesta. Le gusta estar en compañía y disfruta del aire libre. Es mucho más recatado y tímido que su hermana. Le apasiona pintar, pero su verdadero deseo es llegar a convertirse en un atleta profesional. En el pasado mantuvo una relación con Elisa que acabó mal debido a los injustificados celos de esta. Luego empezó a salir con Jérica, compañera de habitación de Elisa, pero esta relación también se rompió después de que Héctor descubriera que ella había estado liándose con otro chico, con Alex, a sus espaldas. Físicamente tiene los ojos marrones y grandes enmarcados por unas espesas pestañas, y lleva el pelo corto. Mide tan solo unos centímetros menos que Alex y destaca por su tez dorada de forma natural, que vuelve locas a las chicas de su facultad.

AMIGOS DE ALEX:

Carlos: Es el mejor de amigo de Alex y el novio de Marta. Alex y Carlos se compenetran muy bien y tienen un carácter similar. Carlos trabaja los fines de semana junto con Alex en el Florida Night ayudando a la propietaria en diversos negocios, a la vez que estudia en la misma facultad de Bellas Artes que Alex. Le encanta ir al gimnasio y estar en forma. Todavía es poco lo que se sabe del pasado que Carlos y Alex han compartido.

Elisa: Su relación con Alex aún no está del todo definida. Después de que sus padres muriesen, el carácter de Elisa se volvió voluble y muy emocional. Estudia en el mismo curso que Héctor. Le gusta teñirse el pelo constantemente para tener un *look* llamativo (rubio con mechass rosas). Es alta y delgada, y suele resaltar su generoso

escote con ropa ajustada o provocativa.

Jésica: Fue uno de los rollos de Alex y es la exnovia de Héctor. Le gusta diseñar complementos y siente debilidad por los chicos guapos de su facultad. Tiene muchas pecas en las mejillas y su voz es tan aguda que muchas personas la apodan «la ardillita» (entre ellas, Marta).

Otros: Es poco lo que se sabe de los otros amigos de Alex, a excepción de que es bastante popular entre las chicas de su universidad y el lugar donde trabaja como DJ.

Agradecimientos



Jamás habría llegado hasta aquí si no hubiera tenido a mi lado a esas dos increíbles mujeres que han plantado la semillita de todo, por eso mi primer agradecimiento va dirigido a ellas: a Marta Vilagut por pensar en mí (¡desde entonces todo ha sido una maravillosa locura!) y especialmente a mi editora, Adelaida Herrera, por su entusiasmo desbordante y por sus incontables correos y llamadas telefónicas. Ade, te has convertido en un fantástico apoyo en todas las fases de realización de esta novela hasta que por fin ha batido sus alas hacia el cielo. Gracias por haber confiado en mí y por haber hecho posible que venciera el miedo a las alturas.

¡Dios mío! No puedo creerme que ya esté aquí. Pero lo estoy, y no he llegado sola. En este viaje han sido muchas las personas que me han acompañado, entre ellas las del equipo editorial de Click Ediciones, de Planeta, que tanto ha trabajado para que esta novela saliera a tiempo. De él quiero destacar a Claudia Ortego, por hacer todavía más especial a *Mariposas en tu estómago* y lograr que vuele más alto con todas sus sugerencias. Y también a Begoña Berruezo, por diseñar, junto a mi editora, una cubierta que sigue conmoviéndome cada vez que la miro. Esas uñas pintadas de colorines han dado mucho que hablar.

Asimismo, no puedo dejar de mostrar mi agradecimiento a mis intrépidos amigos Rocío, Laurita, Silvia, Dani, Laura, Pablo y Bárbara. Y a muchos más que no puedo mencionar por motivos de espacio. Si no lo he dicho antes, lo diré ahora: adoro todas las conversaciones que hemos tenido sobre libros, viajes y otros muchos temas que me reservaré de nombrar aquí. Pero no penséis mal: es solo porque no creo que haya páginas suficientes para poder resumir en pocas líneas toda mi historia con cada uno de vosotros.

La redacción de esta novela se mantuvo en silencio para ellos prácticamente durante todo el proceso de creación. Para mí fue muy difícil no desvelar ningún detalle a toda la gente que me quiere y que está cerca de mí a diario. ¡Siento haberlo mantenido todo en secreto, chicos! Ahora que lo sabéis, es muy importante poder compartir mi alegría con todos vosotros.

Por último, quiero agradecer muy sincera y ardorosamente el cariño que he recibido de toda mi familia. Ellos han sufrido las consecuencias de mis desvaríos literarios y a su manera me han ayudado como solo ellos saben hacerlo: mi padre mimándome con un montón de zumos y palmeritas caseras (que sepas que gracias a ti

también se han adelantado los Reyes Magos y tendré que controlarme estas Navidades). También quiero dar las gracias a mis dos hermanas, Aída y Marta. De vosotras he tomado muchas cosas prestadas que ni siquiera sospecháis; vosotras sois las que me mantenéis con los pies en el suelo, haciéndome alcanzar las estrellas en los instantes precisos. Por vosotras, muchos de mis recuerdos más felices están ahí, convirtiéndome en la persona que soy en la actualidad.

Mamá, que te haya dejado para el final no es solo una coincidencia. ¡Sé que pagaría las consecuencias si me hubiera olvidado de ti después de todo lo que te debo! (Aclaro: esto es una broma, no me cabe duda alguna de que aun así me perdonarías.) Ahora ya en serio: no tengo palabras para expresar lo profundamente agradecida que me siento por todo el coraje y amor que me has dado a lo largo de todos estos meses para animarme cuando más lo necesitaba. Para mí eres la mejor madre del mundo y mi ángel protector. ¡Gracias por haber confiado en mi capacidad para escribir esta historia y por haberme alentado a continuar y perseguir mis sueños! ¡Te quiero! ¡Os quiero a todos!

Ahora, mis valiosos lectores, os cedo a esta mariposa. Sé que vais a cuidarla igual de bien que si hubiera nacido de vuestros propios corazones. No la dejéis escapar, vosotros sois tan insustituibles para mí como lo es ella.

Gracias por estar conmigo en esta aventura. Espero que esta sea la primera de muchas otras y que la disfrutéis tanto o más que yo. Sé que ya lo sabéis, pero igualmente quiero decirlo: que esta historia continúe depende enteramente de todos vosotros.

Un abrazo enorme y lleno de mariposas,
Natalie Convers

